
super Bianca
Novelas con corazón
Fantasmas de carne y hueso
JAYNE ANN KRENTZ

Anne Silver y Julián Aries se conocieron hace seis meses e inmediatamente se sintieron atraídos el uno por el otro… Luego Julián provocó la indignación de Anne al llevarse al hermano menor de ella en una peligrosa misión patrocinada por la CIA. Y perdió totalmente los estribos cuando, luego de traer de regreso a su hermano herido, insistió en regresar y retomar la misión. Julián había prometido regresar y retomar la pelea entre ambos en el punto donde la dejaron, pero no lo hizo. Ahora el hermano de Anne está en un hospital otra vez, víctima de un intento homicida, y Anne sale a buscar a Julián para que le ayude a desenmascarar a un montón de cazafantasmas falsos en una mansión centenaria en California.



Jayne Ann Castle Krentz

Fantasmas de carne y hueso

Súper Bianca - 5

ePub r1.0
LDS 17.01.17

Título original: *Ghost of a Chance*
Jayne Ann Castle Krentz, 1984
Traducción: Carlos Verdaguer
Publicado originalmente: Mills and Boon Temptation (MBT) - 16 / Harlequin Temptation (HT) - 34
Protagonistas: Julián Aries y Anne Silver
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

No era en absoluto fácil para una mujer comenzar una conversación con el hombre que había jurado regresar para hacerla suya. Sobre todo cuando el hombre en cuestión no había cumplido su promesa.

Los fantasmas del recuerdo acudieron a la mente de Anne Silver mientras alzaba el puño para llamar a la puerta. Los fantasmas no estaban sólo en su cabeza aquella noche, pensó. Aullaban también a su alrededor, arrastrados por los primeros vientos del invierno. El frío llegaba pronto a aquellas montañas de Colorado. Estaban a mediados de octubre. En Indiana, de donde venía, la gente disfrutaba aún de un otoño agradable y fresco. Pero allí, en las montañas, aquellos vientos fríos presagiaban nieve. Con su suerte, pensó Anne, probablemente la tormenta llegaría aquella misma noche.

Perfecto. Sencillamente perfecto. Así no tendría, que combatir únicamente contra el fantasma de un amor que nunca había tenido la ocasión de nacer, sino también contra el blanco espectro de la nieve. La vida no siempre era justa. La única forma de afrontar la tarea de aquella noche sería considerarla estrictamente como una cuestión profesional.

Pero en cuanto llamó a la puerta, se dio cuenta de lo totalmente imposible que le iba a resultar aquello. No había forma humana para ella de tratar a Julián Aries de un modo estrictamente profesional. Tan sólo la idea de volverle a ver hacía arder sus entrañas en un torbellino de emociones caóticas.

No se oyó movimiento alguno al otro lado de la pesada puerta de madera de la cabaña, pero de pronto se abrió de par en par. Anne experimentó un deseo irracional e infantil de salir corriendo al encontrarse ante el hombre que se erguía en el umbral. Pero sus treinta y un años y una fuerte determinación acudieron en su ayuda.

—Buenas noches, Julián. ¿Puedo entrar? Hace frío aquí afuera.

—Anne.

Ella no habría podido decir si había pronunciado su nombre como una constatación o como una maldición. Lo había dicho con aquel gruñido ronco y suave que tan bien recordaba, pero había algo en su tono que le produjo un escalofrío. Mantuvo la barbilla alta y la mirada fija mientras los ojos de Julián recorrían su cuerpo.

Recordaba su mirada oscura y dorada tan claramente como su voz, pero también en ella había algo diferente aquella noche. Incluso a la débil luz del porche se daba cuenta de que sus ojos brillaban de una forma no habitual. Era su imaginación, se dijo Anne. Hacía seis meses desde la última vez que le había visto y estaba reaccionando de forma exagerada a su presencia. Un golpe de viento helado le ofreció una excusa para quebrar el tenso instante.

—¿Julián? Me estoy helando aquí afuera.

Él retrocedió hacia la habitación iluminada por el fuego.

—Perdona. Me has cogido por sorpresa. Tienes que darte cuenta de que eres la última persona en el mundo a la que esperaba encontrar a la puerta de mi casa esta noche.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el sillón que había junto al fuego. Anne contempló asombrada la cojera que alteraba el paso desenvuelto, casi felino, que recordaba en él.

—¿Julián, qué te ha pasado?

—Siéntate, Anne. Te serviré un poco de coñac. Estoy seguro de que te vendrá bien. Y no sólo por el frío.

Sin decir palabra, ella se sentó delante de él. Con una avidez que no quería reconocer, estudió sus rasgos rudos iluminados por el fuego. Aquella nariz que parecía haberse roto alguna vez, los contornos claramente delineados de sus labios, los pómulos que le daban aquel aspecto leonino y las espesas cejas negras que enmarcaban sus ojos dorados. Todo en él era igual, y sin embargo,

de alguna forma, diferente. Anne sintió otro escalofrío.

Entonces él se inclinó hacia adelante para servirle el coñac de una botella que tenía junto a su sillón. Durante un instante, el fuego iluminó su rostro desde otro ángulo, y ella pudo ver la cicatriz que le atravesaba el borde de la mandíbula.

—Julián, algo te ha ocurrido —susurró—. ¿Cómo te has hecho esa herida?

—Me ha ocurrido más o menos lo que tú me habías pronosticado —replicó él, tendiéndola la copa.

Las sombras ocultaron de nuevo su cicatriz cuando se recostó en el sillón y la miró con ojos brillantes.

—No logro asimilar el hecho de que estés aquí. La última vez que nos vimos estabas gritándome algo así como que no querías volver a verme en la vida.

«Y tú estabas jurando que volverías a buscarme porque teníamos asuntos pendientes», replicó ella en silencio.

—¿Te estaba gritando? —consiguió preguntar ella casi calmadamente, dispuesta a mantener el dominio de sí misma a toda costa—. Lo que sí recuerdo es que intentaba hacerte comprender algo en particular con mucha vehemencia.

Él sonrió, ofreciéndole una sonrisa inesperadamente salvaje. Aquella noche aparentaba realmente su edad, pensó Anne. Ella sabía que en algún momento del año pasado había cumplido los cuarenta. ¿Qué le había sucedido durante aquellos seis meses?

Y era lo bastante diferente como para hacerla sentirse recelosa y extrañamente asustada. Si al menos no la estuviera contemplando con tanta intensidad, como si fuera su presa.

—Dejaste las cosas muy claras hace seis meses, Anne. Querías que me alejara de ti para siempre.

—Estaba muy furiosa en aquel momento —dijo Anne cautelosamente.

—Estabas histérica —la corrigió él bruscamente.

Parte de la furia que había experimentado durante aquellos últimos meses volvió a encenderse fugazmente.

—No estaba histérica. Estaba muy furiosa. Hay una clara diferencia.

Él se sirvió más coñac, sin dejar de mirarla.

—De acuerdo, estabas muy furiosa. En aquel momento resultaba

difícil distinguir entre la furia y la histeria.

Anne apretó los puños sobre el regazo, tratando con todas sus fuerzas de no perder la calma.

—Tenía derecho a comportarme como lo hice. ¿Qué esperabas de mí después de lo que habías hecho? Te había rogado que no te llevaras a Michael a aquella última misión. Dos semanas más tarde, le trajiste a casa con una bala en el pecho. Ni siquiera te quedaste el tiempo suficiente para saber si sobreviviría.

—Ah, sí. Tu querido Michael. ¿Cómo está tu hermano, Anne?

—Otra vez en el hospital —replicó escuetamente.

Se produjo una breve pausa durante la cual Julián asimiló la noticia.

—¿Problemas derivados de aquella herida de hace seis meses?

—No. Problemas derivados de haber sido atropellado por un coche en el centro de Boston. Esta vez sí que ha estado a punto de morir.

Algo agitó las profundidades de sus ojos, quizás algo parecido a la compasión.

—Lo siento, Anne. No lo sabía. Al parecer lleva una vida muy aventurera, ¿no?

—Casi tan aventurera como la tuya. Desgraciadamente, no tiene tanta suerte como, al parecer, tienes tú.

—¿Vivirá?

—Sí, vivirá.

—¿Y cómo es que, en lugar de hacer el papel de amante hermana junto a su lecho, estás deambulando por estas montañas a las diez de la noche en mi busca? ¿Has venido para chillarme nuevas acusaciones? ¿Vas a encontrar alguna forma de demostrar que yo soy el responsable de que un coche haya atropellado a tu hermano igual que lo fui de que le dispararan hace seis meses?

Anne sacudió la cabeza, tratando de encontrar las palabras.

—No fue culpa tuya.

Su mirada se endureció.

—¡Qué generosidad por tu parte!

—Julián, por favor, no he venido aquí a discutir.

—¿Entonces a qué has venido? Tengo que reconocer que siento una cierta curiosidad. De hecho, me vienen a la mente una serie de preguntas. ¿Por qué no empezamos por el principio? ¿Cómo me has

encontrado?

—Michael tenía tu última carta archivada. La que le enviaste desde Denver diciéndole que ibas a tomarte una temporada de descanso en tu cabaña de las montañas. Le invitabas a que viniera a pescar por aquí. Y había un pequeño mapa detrás de la carta.

—En aquel momento me sentía un poco solo —observó secamente Julián—. Pero ya me he recuperado desde entonces.

—¿De la soledad? ¿O de tu «accidente»? —preguntó Anne suavemente—. ¿Julián, que te pasó?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. En cualquier caso, era yo quien estaba preguntando. Así que me descubriste gracias a esa carta que escribí en un momento de debilidad. Eso no me dice qué estás haciendo aquí. Ni por qué no estás junto a la cama de tu hermano.

—La novia de Michael está con él —le dijo Anne envaradamente.

—Afortunado Michael. Al parecer nunca le faltan ángeles de la guarda que le refresquen la frente sudorosa.

Anne ignoró la inflexión cínica de su voz y frunció el ceño cuando lo vio dar otro gran trago de coñac.

—Lucy y Michael se conocieron hace unos tres meses. Están pensando en casarse para el día de Acción de Gracias. —Anne dudó un momento y luego preguntó con ansia—: Julián, ¿no crees que ya has tomado demasiado coñac?

Él se la quedó mirando y Anne lamentó inmediatamente sus impulsivas palabras. Había algo en su expresión burlona que le resultaba extraño, desconocido. Julián había cambiado. ¿O era simplemente que ella no había tenido nunca ocasión de conocerle bien hacía seis meses? Se agitó nerviosamente en el sillón. Sin saber qué hacer con las manos, jugueteó con los botones de su cazadora roja, que había dejado sobre el brazo del sillón.

—Demasiado coñac —repitió él—. ¿Crees que es posible tomar demasiado?

Lo dijo como si estuviera planteando un interesante problema filosófico.

—Sí, es posible —replicó ella con firmeza—. Muy probable, en tu caso, diría yo. Julián, estás actuando de una forma muy extraña esta noche. Creo que, probablemente, es debido a que has bebido

demasiado.

—Estás equivocada. No es por culpa del coñac por lo que parezco un poco… esto… desorientado. Es porque he abierto la puerta hace unos minutos y te he encontrado a ti allí. Una fuerte conmoción para el organismo, te lo aseguro.

—Tú siempre has sido muy aficionado a tratar con lo inesperado.

—Tal vez estoy perdiéndole el gusto con la edad. Ya tengo cuarenta, ¿lo sabías?

—Lo recordaba. Hace seis meses me dijiste que los cuarenta era una buena edad para pensar en un cambio de profesión.

—Tal vez haya calculado mal —se sirvió más coñac.

A Anne le pareció que la mano le temblaba ligeramente y que dejaba la botella con excesivo cuidado. ¿Estaba borracho o había cambiado en aquel aspecto? Ella había imaginado que la confrontación de aquella noche sería difícil, pero no había esperado encontrarse frente a un hombre que la miraba con ojos ardientes y diabólicos.

—¿Tanto te ha molestado que apareciera así? —le preguntó Anne en voz baja.

—¿Cómo te sentirías si alguien a quien has estado viendo demasiado en sueños apareciera de pronto ante ti?

Anne apenas logró contener el impulso de decirle que sabía exactamente lo que sentía. Él había sido el protagonista de sus sueños durante los últimos seis meses. La posibilidad de haber sido ella también la de los suyos encendió una débil llama de esperanza en su corazón.

—¿Has soñado conmigo, Julián?

—Sueños. Pesadillas. Es difícil saber la diferencia.

—¡Pesadillas! —exclamó ella, consternada.

—¿Cómo crees que te puedo recordar? ¿Cómo una mujer cariñosa y comprensiva? No creo. ¿Qué fue lo que me dijiste la noche que te pedí que te acostaras conmigo? Algo así como que «ni aunque fueras el último hombre en la tierra», creo. No, no has formado parte de mis sueños como un recuerdo cálido y tierno, Anne. Cada vez que te he visto, despierto o dormido, me decías exactamente lo que pensabas de mí. No era muy agradable.

—Tienes mucha desfachatez mostrando tanta amargura, Julián

Aries. ¡Soy yo quien tiene derecho a sentir resentimiento!

—Resentimiento. Qué palabra más suave. Adelante, Anne, eres libre de sentirlo.

Julián se inclinó hacia delante.

—¿Quieres saber lo que he sentido yo durante estos últimos meses? He sentido ganas de ir a buscarte y llevarte conmigo hasta algún lugar apartado. Un lugar como esta cabaña, por ejemplo. He sentido ganas de desnudarte y de tumbarte en la alfombra delante de ese fuego. He sentido ganas de aplastarte bajo mi cuerpo hasta que no tuvieras más remedio que envolverme con tus brazos. He sentido ganas de poseerte una y otra vez hasta que no pudieras hacer otra cosa más que responder, hasta que ya no pudieras seguir acusándome ni recriminándome, hasta que ya no pudieras ni pensar, hasta que solamente pudieras suplicarme que parase y luego suplicarme que lo hiciera otra vez. ¿Y sabes lo que iba a hacer yo entonces?

Anne estaba temblando; era una débil, casi imperceptible reacción física muy semejante a una conmoción. No había amor, ni siquiera auténtico deseo físico en sus palabras. Cada frase estaba recubierta de una capa de hielo. Anne sabía exactamente cómo acabaría aquella fantasía.

—Cuando hubieras conseguido tenerme destrozada y suplicante bajo tu cuerpo, te reirías de mí y me recordarías cómo una vez te había dicho que nunca te dejaría hacerme el amor y te largarías. Tengo una imaginación muy vivida, Julián. No necesitas contármelo todo. No me había dado cuenta de lo mucho que me odiabas.

Recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos en un gesto de cansancio.

—El venir aquí esta noche ha sido un error.

—¿Por qué estás aquí, Anne?

—No importa. No tenía que haber aparecido por aquí de esta forma.

Iba a ser un largo trayecto de vuelta hasta el siguiente pueblo de montaña con hotel. Un trayecto muy largo. Y estaba muy cansada. Llevaba casi cuarenta y ocho horas en pie. Sólo había podido dormitar un rato durante el vuelo a Denver. La idea de tener una excusa para volver a ver Julián, así como la urgencia de su tarea le habían dado fuerzas. Pero aquel desconocido de ojos dorados estaba

matando su frágil fantasía y toda la esperanza con que la había alimentado.

—¿Por qué estás aquí, maldita sea? Contéstame.

Anne abrió los ojos e instintivamente trató de hundirse más en el sillón. La odiaba, en aquel momento se daba cuenta. Aquél no era el mismo hombre totalmente controlado que la había dejado seis meses antes. Las llamas que se reflejaban en su cabello negro surcado de gris e iluminaban su rostro no mostraban en él el menor asomo de dulzura o piedad.

—Me iré —dijo Anne, agitada.

Trató de ponerse en pie, pero él se lo impidió con una sola mano. Incluso a través del grueso jersey, podía sentir el tremendo calor que irradiaba. Y también su fuerza.

—No vas a ningún sitio —dijo con voz ronca y baja—. Fue decisión tuya meterte en la guarida del león y ahora vas a tener que afrontar las consecuencias.

Los ojos de Anne se dilataron mientras permanecía paralizada bajo su mano.

—¿Qué quieres decir?

—Si no ha quedado claro, pronto lo quedará. Necesitas cadenas para volver a bajar la montaña… en caso de que yo estuviera dispuesto a dejar que lo hicieras, cosa que no ocurre.

—Julián, sé que todo esto ha sido una equivocación…

—No es la primera que cometes. Pero tal vez sea la primera por la que vas a pagar realmente. ¿Por qué has venido, Anne?

Ella contuvo el aliento.

—Para pedirte ayuda.

—¡Ayuda! —exclamó, perplejo.

La soltó y se volvió a recostar en el sillón.

—¿Has venido hasta aquí para pedirme ayuda?

Parecía no creerlo.

Anne se quedó sentada muy quieta, temiendo provocar otra demostración de fuerza física, contra la que se sentía indefensa. Su única esperanza estaba en dominar la tensa situación que había creado.

—No conozco a mucha gente con tu preparación, Julián. Cuando Michael estuvo a punto de ser asesinado, Lucy y yo decidimos que teníamos que hacer algo. Encontré sus notas y sus planes cuando

revisé su escritorio. Decidí seguir su plan, pero necesitaré ayuda.

—Intenta explicarte mejor.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa.

—Siempre te produzco ese efecto, ¿no? Hace seis meses también te ponía nerviosa —sonrió amargamente—. Tal vez, si me pusiera a ello, conseguiría aterrorizarte.

—Basta ya, Julián —le soltó Anne bruscamente—. ¿Por qué estás actuando así? ¿Porque rechacé tu oferta de una noche de amor hace seis meses? Trata de superarlo.

—Tienes que perdonarme. Quizás ya no soy tan paciente como antes. Han sido unos meses muy duros, amiga. Pero vamos a saltarnos las recriminaciones y vamos al grano.

Anne asintió cautelosamente.

—Necesito tu ayuda, Julián.

—¿Hasta dónde? —inquirió él, enarcando una ceja.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. Ya llegaremos a eso más tarde. ¿Por qué necesitas mi ayuda?

—Por mi hermano.

—¿Michael está en apuros?

—Ellos han estado a punto de matarle, Julián.

—¿Quiénes son «ellos»?

—La gente que le atropelló. El coche se dio inmediatamente a la fuga. No hay ninguna descripción del vehículo. Ningún testigo. Michael solo recuerda vagamente que el vehículo era azul oscuro.

—Yo creía que, como periodista profesional, estaría habituado a conseguir datos más precisos —dijo Julián secamente.

—Estuvo a punto de morir. Bajo esas circunstancias, es difícil hacer observaciones más precisas.

—Hizo un buen trabajo cuando le llevé conmigo en aquella última misión. Incluso con una bala en el cuerpo estuvo tomando notas hasta que se desmayó.

Anne apartó la mirada, concentrándose en el fuego.

—Es un profesional. Es algo que yo no acabé de comprender hace seis meses. Ahora sí. Es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir una historia.

—¿Qué es esto? —dijo Julián burlonamente—. ¿Me estás diciendo que fue decisión suya acompañarme en aquella misión a la

isla? ¿Quiere esto decir que ya no soy el lobo grande y malo que le sedujo para arriesgar su vida y luego hizo que le dispararan?

Anne giró bruscamente hacia él la cabeza.

—Fuiste tú quien se puso en contacto con él. Le necesitabas como tapadera, ¿recuerdas? Tú ibas a hacer de fotógrafo y se suponía que él iba a encargarse de redactar la historia. Sus credenciales eran auténticas. Como fotógrafo suyo, tú quedabas a cubierto.

—¡Ah! O sea, que no he sido milagrosamente disculpado. Sigo siendo el agente de lengua rápida que le convenció de que le acompañara para conseguir una historia y así poder usarle de tapadera.

«Agente de lengua rápida», repitió Anne silenciosamente. Sí, Julián era rápido hablando y persuadiendo. Y también era rápido moviéndose y mortalmente veloz en todo lo que hacía. La había deseado desde el momento mismo de conocerla y no había ocultado su deseo. Durante la tumultuosa semana de planificación y preparativos que había precedido a la misión, Julián había empleado hasta el menor momento libre para intentar quebrar sus defensas. Anne sabía que no había podido ocultarle el deseo que despertaba en ella, pero había conseguido no rendirse totalmente a él.

—Ya te he dicho que no he venido aquí para reavivar esa vieja discusión. Aquello terminó hace seis meses.

—No, para mí no terminó. Yo tuve que regresar a aquella isla. Con el recuerdo de tu imagen en el pasillo del hospital gritándome que no querías volver a verme y culpándome de que Michael tuviera una bala incrustada en el pecho. ¿Recuerdas la escenita, Anne? Está firmemente grabada en mi mente. He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Todo tan dramático… tú abofeteándome de aquella forma delante de todo el mundo, la jefe de planta y las enfermeras…

—Tú te condujiste con tu habitual dominio de ti mismo. Ni siquiera me devolviste la bofetada.

Anne recordaba muy bien aquella escena. Porque además de culparle de la herida de su hermano, había deseado suplicarle que no volviera a la isla a concluir la misión. Se hubiera puesto de rodillas para rogárselo, pero sabía que habría sido inútil. Nada de lo

que ella hubiera podido hacer o decir habría alterado su decisión de completar el trabajo. La indeterminada agencia gubernamental para la que trabajaba le había encargado que consiguiera información sobre una organización terrorista que tenía su base en una remota isla del Caribe. Era un profesional. Anne se había dado cuenta de que no podía hacer nada para impedir que volviera a arriesgar su vida.

—Más tarde pensé que tenía que haberlo hecho —musitó Julián.

—¿Abofetearme? Ése nunca fue tu estilo, Julián. Tú eres un tipo frío, viril, controlado, ¿recuerdas? Me dejaste hecha un sollozante mar de lágrimas en aquel pasillo y te largaste.

«Prometiendo que volverías», concluyó silenciosamente. «Sólo que nunca regresaste para buscarme, Julián».

—No sabía que había dejado una impresión tan indeleble en ti —dijo él entre dientes mientras se servía otra copa de coñac—. Cada vez hace más calor aquí —añadió con brusca irritación.

Se abrió el cuello de la camisa de franela negra que llevaba.

—Tendría que apagar ese fuego.

—Tal vez has tomado demasiado coñac.

—Si es el coñac lo que me da tanto calor, tendré que aguantarme. Necesito el alcohol, por mucho que necesite también que baje la temperatura —bajó la mirada, ocultando el ardor de sus ojos—. Veamos si conseguimos llevar esta conversación de un modo coherente. Tú estás aquí. Presumiblemente porque necesitas algo, no porque sintieras curiosidad por saber si había vuelto o no de aquella maldita isla. Vuelve a contarme lo del coche que atropelló a tu hermano.

—Michael estaba trabajando en un proyecto cuando le atropellaron. Estaba investigando a una extraña banda de ladrones que operaba de una forma singular. La gente de esa banda se hace pasar por… investigadores de fenómenos parapsicológicos.

—¿Qué?

—Cazafantasmas.

—Una profesión muy honorable —observó irónicamente Julián —. ¿Por qué se molestaba Michael en desenmascarar a unos cuantos videntes falsos?

—Ya te lo dije, es una banda de ladrones. Esa gente se hace pasar por investigadores parapsicológicos para conseguir el acceso a

casas antiguas, usualmente llenas de valiosas antigüedades y obras de arte, aparte de dinero contante y sonante. Se aprovechan de la ingenuidad de viejas damas que creen realmente que sus casonas están encantadas, y de la de algunos esnobs que creen que resulta muy elegante tener un fantasma en la residencia familiar. Las prácticas de los cazafantasmas suponen un entretenimiento inusual para los fines de semana del propietario y sus amigos, supongo. Una vez dentro de la casa, los ladrones llevan a cabo sus pequeños rituales, para exorcizar al supuesto fantasma. Sesiones de espiritismo, concentración, toda esa parafernalia.

—¿Y mientras tanto registran la casa? ¿Hacen copias en cera de las llaves? ¿Investigan los sistemas de seguridad que protegen las obras de arte?

—Exactamente. Michael estaba fascinado. Siempre ha sentido un gran interés por todo lo relacionado con los fantasmas y los fenómenos parapsicológicos. Había escrito algunos artículos sobre el tema en el pasado. Por pura diversión, imagino. En cualquier caso, hizo muchos contactos durante el año que estuvo investigando el asunto. Hace unos pocos meses comenzó a oír rumores sobre una banda de cazafantasmas especialmente afortunada y su antigua curiosidad se despertó de nuevo.

—Si todo el mundo sabe que los cazafantasmas están robando realmente en las casas se supone que están… esto… «desenfantasmando», ¿por qué no se encarga la policía de ellos?

Julián se movió nerviosamente y se desabrochó otro botón de la camisa. Su mirada se dirigió al fuego. En el exterior, el viento comenzó a aullar con más fuerza.

La inquietud de Anne aumentó. Las cosas ya resultaban lo bastante difíciles tal como estaban como para tener que soportar los inconvenientes y la tensión de una tormenta de nieve.

—Nadie sabe que los cazafantasmas sean los responsables de los robos —explicó ella—. Es una teoría de Michael, basada en el hecho de que en todas las casas donde han actuado estos sujetos se han notificado posteriormente robos de joyas y otros objetos muy valiosos. En algunos casos, los robos no se han descubierto hasta varios meses después, porque las piezas originales habían sido sustituidas por falsificaciones. Michael no había hablado con nadie de su teoría porque quería tirar él personalmente de la manta.

—Y ahora está en el hospital. ¿Estás segura de que hay alguna conexión?

—¿Entre las investigaciones de Michael y su accidente? Sí, lo estoy.

—Maldita sea, qué calor hace aquí.

Levantándose bruscamente se dirigió hacia la puerta. Ella contempló, perpleja, cómo la abría de par en par.

Inmediatamente, el ruidoso vendaval penetró en la habitación, arrastrando los primeros copos de nieve y el gélido aire del exterior.

—¿Julián, qué pasa?

Él cerró de un portazo después de respirar con fuerza un par de veces.

—Ya te lo he dicho, hace mucho calor aquí dentro —se volvió a sentar en el sillón y la miró, ceñudo.

—¿Sabe Michael que estás aquí?

—No.

—¿Pero su novia sí?

—Sí. Lucy y yo decidimos que había que hacer algo. Es evidente que la policía no va a investigar el accidente. No tiene ninguna prueba ni descripción de la que partir. Michael tenía un plan. Yo voy a llevarlo a cabo.

—¿Que vas a llevarlo a cabo? —dijo él con sorna.

—Con tu ayuda —añadió ella con firmeza.

—Mi ayuda —repitió él, mientras sacudía la cabeza, asombrado —. ¿Y qué te hace pensar que voy a ayudarte?

—Ya sé que de ti no saldría nunca ayudarme. Espero que lo hagas por Michael.

Él la miró, impasible, y luego una expresión de nueva fiereza transformó su rostro.

—No.

Anne se encogió. Usar el nombre de Michael había sido su última esperanza.

—¿No quieres siquiera escuchar el plan? Tal vez… tal vez te interese.

Anne miró a su alrededor en un gesto inconsciente, preguntándose cuánto tiempo llevaría el encerrado allí. Tal vez le vendría bien algo que le sacara de aquellas montañas. Fuera lo que fuera lo que le había sucedido en aquellos meses le había cambiado

y no precisamente para bien.

—Hay pocas cosas que me interesen últimamente, Anne —dijo él con frialdad.

—¿Ni siquiera la idea de salir de esta cabaña? —inquirió ella.

La agitación de Julián parecía estar afectándola a ella también. No sentía la atmósfera sobrecalentada de la habitación tal como aparentemente él la experimentaba, pero era consciente de otro tipo de tensión. Todo contribuía a su nerviosismo: la ansiedad de sus esperanzas frustradas, la determinación de seguir adelante con el plan de su hermano, aun sin la ayuda de Julián, y la constatación de que estaba atrapada en aquel lugar con un hombre que parecía tan diferente del Julián que recordaba.

—Me gusta esta cabaña —dijo secamente Julián—. Es lo más parecido a una casa que tengo. Lo siento si a ti te deprime, pero nadie te ha invitado a venir.

Anne volvió a sentir ira. Bueno, lo había intentado. No podía hacer más. Tras dejar la copa sobre la mesa con un golpe seco, se puso en pie y cogió su cazadora del brazo del sillón.

—Tienes razón. Este lugar me deprime. Tú me deprimes. Creo que voy a intentar bajar estas montañas antes de que la nieve haga imposible conducir.

Él se puso en pie antes de que ella pudiera darse la vuelta y su mano poderosa se cerró sobre su hombro. Anne se quedó muy quieta, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

—Para ti, la salida ya es imposible. No tenías que haber venido nunca.

—Ahora lo sé.

Su voz era un mero susurro. Se dio cuenta de que estaba temblando bajo su mano. ¡Qué estúpida había sido!

La hizo dar la vuelta y mirarle a los ojos.

—Una vez te pedí que pasaras la noche conmigo —dijo con voz ronca y baja—. La noche antes de que Mike y yo tuviéramos que marcharnos a aquella isla.

—Lo recuerdo.

Y así era. Demasiado claramente. Su mente y su cuerpo habían mantenido una dura batalla aquella noche. Había sabido que no le haría ningún bien… había sabido que no había esperanza ninguna de construir una relación permanente con un hombre que llevaba

una vida como la de Julián Aries. Su mente había ganado la batalla. Se había aferrado a la ira que sentía contra aquel hombre que arrastraba a su hermano a una situación potencialmente peligrosa.

—Aquella noche te dejé marchar. Sería una estupidez que te dejara marchar otra vez, ¿no te parece? Sobre todo cuando has estado obsesionándome durante seis meses.

El calor que irradiaba parecía envolverla. Una nueva clase de miedo se apoderó de ella. Había algo que no funcionaba pero no podía determinar qué era.

—Julián, ¿te encuentras bien? —le preguntó otra vez, sin saber cómo hacerle la verdadera pregunta.

—No, no me encuentro bien. Has convertido mi mente en un torbellino, Anne Silver. Has estado deambulando por mi cabeza como un fantasma, apareciendo siempre que te necesitaba, pero manteniéndote siempre fuera de mi alcance. Quería atraparte y encadenarte. Quería poseerte… hacer que te fuera imposible huir.

—Querías hacerme daño, castigarme —protestó ella—. Pero, Julián, yo no merezco tu ira. No me odiabas cuando te fuiste aquella noche después de traer a Michael. Dijiste que teníamos asuntos pendientes, pero yo creía que no me odiabas. ¿Qué sucede? ¿Qué ha sucedido?

—Cállate, para mí tú eres también como un fantasma. Voy a exorcizarte. Te voy a sacar de mi cabeza de una vez por todas.

Sus fuertes manos se cerraron detrás de su cabeza y sus pulgares recorrieron la línea de su garganta, de forma que se vio obligada a alzar el rostro para recibir su beso. Sus ojos se encontraron y en aquel instante Anne supo que su premonición había sido correcta. Estaba tratando con un Julián que era muy diferente del hombre que se había marchado hacía seis meses.

Capítulo 2

Julián hundió los dedos en su pelo, liberándolo de la pequeña peineta que lo mantenía sujeto. ¡Cómo había deseado disfrutar de aquel rico color castaño en medio de aquella infinita jungla verde…!

Julián no había acabado de comprender nunca completamente por qué le fascinaba tanto Anne Silver. El asunto que se traía entre manos con Michael le había llevado a conocerla accidentalmente. En cuanto había descubierto por qué pasaba tanto tiempo con su hermano, Anne Silver había empezado a luchar contra él. Le veía como una amenaza y, finalmente, había tenido razón. Una semana había sido poco tiempo para superar sus miedos.

Pero él se había dado cuenta de que Anne también se sentía muy atraída por él. Julián había tratado de jugar con aquella innegable atracción, había tratado de utilizarla para romper las barreras que ella había erigido entre ellos. No lo había conseguido. Anne se le había resistido, respaldada por el fiero deseo de proteger a su hermano y por sus instintivos recelos hacia él.

Sólo en su mente había podido acariciarla de aquella forma, hundiendo sus dedos en su rico cabello castaño. Sus ojos, de un verde azulado, le habían mirado muy a menudo en sus sueños, unas veces acusadoramente; otras, llenos de deseo. Fue al ver que, en aquel instante, aquellos ojos estaban llenos de deseo cuando Julián se convenció de que estaba delirando. Aquellas veces eran las más peligrosas. De alguna forma había aprendido a interpretar aquella fantasía de deseo como una señal de que estaba perdiendo otra vez

el contacto con la realidad. En la vida real, Anne no le miraría nunca de aquella forma.

Aquella constatación le había puesto furioso, pero también le había salvado la vida más de una ocasión. Le había obligado a pensar con la suficiente lógica como para salvar el cuello antes de sumergirse totalmente en el torbellino de su mente enfebrecida.

—Si no me hubiera pasado fuera de mí la mitad del tiempo, habrías hecho que me volviera loco —gruñó contra su boca.

—Julián, espera…

Él apagó la protesta con un beso y aquel gesto fue como la llave que liberó todo el ansia contenida, toda la rabiosa frustración y la ira que habían estado ardiendo en su interior.

Su sabor era tal como lo había soñado. Cálido, húmedo, invitante. El resto de coñac en su boca contribuía a aumentar su abrumadora sensualidad. Era mejor que lo que había soñado, se dijo Julián salvajemente. Mucho mejor.

Mientras bebía de su boca, tratando de satisfacer una sed que no hacía sino aumentar, Julián se permitió el lujo de una caricia. El problema que tenían las alucinaciones y los sueños era que no se podía disfrutar del exquisito sentido del tacto. Sus dedos se deslizaron a lo largo de la forma delicada de su oreja y luego trazaron la línea de su mejilla.

No era una gran belleza, se dijo por enésima vez. Las líneas de su rostro no eran clásicas. Eran demasiado redondeadas, muy suaves. Tal como las líneas de su cuerpo. Nada más mirarla, se comprendía que era toda una mujer, capaz de dulzura y de pasión. Si algo no podía ser Anne, era distante y fría. Aquello le dio fuerzas.

—Te he deseado durante mucho tiempo —gruñó, mientras liberaba su boca para explorar la línea de su garganta—. Mucho tiempo… no tenías que haber venido aquí esta noche. Tenías que haber sido sensata y haberte mantenido alejada de mi guarida.

—Julián, tenemos que hablar…

Sus palabras quedaron ahogadas contra el hombro de Julián. Sus fantasías habían sido exactamente así. Ella murmuraba palabras de protesta porque sabía que racionalmente le tenía miedo. Pero su cuerpo siempre temblaba bajo sus caricias, tal como estaba haciendo aquella noche, y podía sentir el deseo en ella en aquel instante.

—No vas a ninguna parte esta noche —le dijo con voz áspera—, así que más vale que me des lo que necesito. Abrázame, Anne. Abrázame como si no quisieras dejarme nunca.

La sangre latió salvajemente en sus venas cuando ella hizo lo que le pedía. Como embriagado, Julián se agachó para alzarla en vilo. La llevaría al dormitorio, pensó. Lejos del calor del maldito fuego.

—Julián, no eres tú el único que ha tenido sueños.

Aquella pequeña confesión le paralizó durante un instante. Se detuvo delante de la cama y bajó la mirada hacia su rostro.

—Si he formado parte de tus sueños, sólo ha podido ser como un diablo. Así es como siempre me has visto, ¿no?

—No se puede decir que te haya visto mucho. Unas pocas veces antes de que te fueras a aquella isla con Michael, y luego aquella noche que le trajiste a casa.

—Esta noche vas a descubrir si tus peores sospechas eran ciertas, ¿no? —la dejó caer en la cama y luego se tumbó pesadamente junto a ella—. Al menos ahora soy fiel a mi papel, ¿verdad? —inquirió mientras ella alzaba la mano para acariciarle la cicatriz de la mandíbula.

—Por favor, dime qué sucedió —le rogó.

Julián estudió las profundidades de sus ojos.

—Lo último que deseo de ti esta noche es compasión. Guárdala para cualquier otro hombre que se conforme con ese tipo de respuesta. Yo deseo el fuego y la suavidad.

Pero Julián sabía que, en lo más hondo, no quería ser testigo de las reacciones de Anne ante sus cicatrices. Su mano se alargó para apagar la lamparilla mientras su boca descendía sobre la de ella. No era sólo que no deseara la luz. También le molestaba el calor que despedía la lámpara. Seguía teniendo demasiado calor allí, aunque estuviera alejado del fuego.

La súbita oscuridad pareció quebrar el lánguido hechizo que hasta el momento había gobernado los gestos de Anne desde que la había besado por primera vez en la sala de estar. Cuando su mano se deslizó ávidamente hasta la curva de su pecho, ella gimió. Él sintió su súbita resistencia.

—Anne, no. No luches contra mí. He esperado demasiado tiempo. Te necesitaba desesperadamente. Has venido a buscarme

esta noche y tendrás que tomar lo que has encontrado.

Después de tantas noches de desear salvajemente su presencia, había creído que estaba delirando cuando la había visto en su puerta aquella noche. Había temido que de pronto volviera a desvanecerse en el aire como un fantasma. Pero luego, ella se había quejado del frío y le había pedido que la dejara entrar. Julián no creía que los fantasmas pudieran sentir frío.

Julián se dio cuenta de que los dedos le temblaban un poco mientras la despojaba de su jersey, y aquello le irritó. No se dejaría arrastrar por las debilidades de su cuerpo. Y mucho menos aquella noche, cuando estaba dispuesto a exorcizar su muy particular fantasma.

—No pareces un fantasma —musitó mientras comprobaba que no llevaba sujetador. Aquello le agradó. Un obstáculo menos.

—Soy real, Julián. Por favor, trátame como a un ser real —susurró ella—. No me castigues por tus pesadillas. Nunca he pretendido torturar tus sueños.

Los dedos de Anne le acariciaron la nuca, como si deseara tranquilizarle. Julián se dijo a sí mismo que no deseaba que le tranquilizase ni que le mimase. Deliberadamente, contuvo el impulso de quedarse quieto y entregarse simplemente al suave placer de sus caricias. En sus sueños, aquélla había sido una de las más peligrosas tretas de sus fantasmas.

Pero aquella vez, Anne era real, se recordó a sí mismo. Con un gesto de asombro, tomó su pezón entre las yemas de los dedos. Al sentirlo crecer y endurecerse, gimió de placer.

Deslizó la mano sobre su estómago hasta sentir su trémula respuesta. Ella sabía que iba a explorar más lejos y todo su cuerpo reaccionó con irresistible expectación. Aquello hizo que la sensación de poder de Julián se disparase. Por una vez, su mujer fantasma estaba bajo su dominio.

Una palpitante urgencia dominaba su cuerpo. Las fuerzas que guiaban sus gestos aquella noche eran demasiado primitivas como para permitirse el lujo de un acto de amor meticuloso y reposado, Julián forcejeó impacientemente en la oscuridad con el cierre de los vaqueros de Anne.

—¡Oh, Julián!

No podía estar seguro de si era un grito de protesta, de

resignación o de deseo. Sólo sabía que le gustaba el sonido de su nombre en sus labios. Con un gesto rápido y firme, deslizó sus vaqueros por debajo de su redondeadas caderas, sin hacer caso de las manos de Anne, que intentaban detenerle.

Él había encontrado el lugar secreto y cálido entre sus piernas y ella se estremeció al sentir el contacto. Julián podía sentir ya cómo se humedecía bajo sus caricias. Le deseaba. Dijera lo que dijera aquella noche, no podía negar que le deseaba.

—Dímelo, mujer fantasma. Déjame oír que me necesitas esta noche tanto como yo a ti.

Ella le rodeó convulsivamente con las manos y sus uñas añadieron nuevas marcas a las cicatrices que cruzaban su espalda.

—Ya te lo he dicho. Tú no eres el único que ha tenido sueños, Julián. Te he esperado ansiosamente. Me prometiste que volverías pero no lo hiciste. Lo habías prometido.

Él percibió la acusación y el dolor en su voz y no pudo entender ninguna de las dos cosas. Sólo era consciente de la forma sensual en que su cuerpo se estaba retorciendo bajo el suyo. Su mujer fantasma estaba cada vez más viva bajo su mano.

Cuando se apartó rápidamente para quitarse las ropas, Anne murmuró una protesta. Una vez se hubo desvestido totalmente, volvió a tumbarse sobre ella.

—Ha habido veces en que hubiera vendido mi alma con tal de tenerte como te tengo ahora —dijo entre dientes—. No te voy a dejar escapar, ahora que te tengo entre mis manos.

La vio entreabrir los labios como si fuera a contradecirle, pero se los selló con un beso mientras se introducía entre sus piernas. La suavidad de sus muslos era mayor de lo que nunca había soñado. Por un instante, se contuvo.

—Más cerca, Anne —le ordenó con voz ronca—. Aférrate a mí para que sepa que eres real.

Julián sintió su rendición y, con la cabeza dándole vueltas de satisfacción al saber que por fin se estaba entregando a él, murmuró su nombre y penetró en su ardiente y aterciopelada suavidad.

Se esforzó frenéticamente por encontrar el ritmo que le permitiera a Anne permanecer con él hasta alcanzar la prometida satisfacción. Quería que fuera algo maravilloso para ella también, tal como lo había sido en sus sueños, esperando que la gratificación

sexual fuera un aliciente para que se quedara con él.

—Julián, ámame. Por favor, por favor, ámame.

Julián percibió una nueva tensión en ella, sintió el suave estremecimiento que recorría su cuerpo y dejó que le arrastrara a él también.

—¡Anne!

El grito salió de lo más profundo de su cuerpo mientras todo estallaba dentro de él. Una resplandeciente satisfacción sacudió su cuerpo y se aferró a la mujer que tenía entre los brazos con más fuerza de lo que nunca se había aferrado a nada en su vida.

Y luego vino el silencio. Nada más que demasiado calor y demasiado silencio. Tenía que haber apagado el fuego, pensó Julián mientras cerraba los ojos. Hacía demasiado calor.

Anne se dio cuenta poco a poco de que la fuerte tensión de los brazos de Julián que la había mantenido aprisionada iba disminuyendo. Abrió los ojos, sin saber muy bien qué iba a encontrar. Después del intenso final, no había habido palabras, ni caricias tranquilizadoras, ni suaves murmullos. Sólo silencio. Al parecer, no iba a sufrir la humillación de tener que reconocer su rendición ante el hombre que tanto había insistido en conseguirla.

Alargó la mano para apartarle un mechón de la cara y sintió el tremendo calor de su piel.

—¿Julián?

No hubo respuesta. Estaba profundamente dormido. Con cuidado, Anne comenzó a apartar las piernas, entrelazadas con las de él. Al tocarle la espalda, notó las marcas de las cicatrices que la cubrían. Recordó que ya las había notado durante los momentos de pasión.

Santo Dios, Julián había sufrido heridas muy graves. La ira se apoderó de ella mientras comprobaba la longitud de la cicatriz. Sintió un odio profundo por quienquiera que se las hubiera infligido. Recordó su cojera y volvió a fruncir el ceño. Tal vez no se lo había hecho nadie deliberadamente. Podía haberse tratado de un accidente. ¿Qué era lo que le había dicho? Algo acerca de seis meses muy duros.

Mientras se libraba del peso de su cuerpo, Anne se dio cuenta del frío que hacía. Se acercó a Julián y comprobó que estaba muy caliente. Tal vez tuviera fiebre, pensó.

Anne comenzó a vestirse con torpeza y luego se dio cuenta de que lo que necesitaba era una ducha caliente. Encontró el cuarto de baño, abrió la ducha y se quedó mirando los escasos artículos de aseo masculinos. Julián tenía solamente lo imprescindible. Ni siquiera se permitía el lujo de una loción para después del afeitado. Sintiéndose culpable por su descarado fisgoneo, se dispuso a cerrar el armarito. Entonces se fijó en un pequeño frasco de píldoras. Aspirinas, pensó. Si Julián tenía realmente un poco de fiebre podía darle una más tarde. Cerró rápidamente el armarito y se metió en la ducha.

Mientras el agua caliente comenzaba a hacerla reaccionar, Anne iba tomando consciencia de la situación. En todas las fantasías que se había permitido respecto a volver a ver a Julián Aries, los acontecimientos se habían desarrollado de forma muy diferente. Había soñado largas y profundas conversaciones tras las cuales llegaban a conocerse mejor mutuamente. Ella le habría explicado que ya no creía que él hubiera «seducido» a su hermano para embarcarle en una aventura peligrosa. Michael Silver tenía instinto de auténtico periodista y no habría rechazado en ningún caso la oportunidad de conseguir una buena historia.

Anne había pensado presentarle a Julián sus disculpas y comprobar si seguía existiendo la eléctrica atracción que habían experimentado en un primer momento. Se había preparado para aceptar las limitaciones a su relación impuestas por la carrera de Julián. O al menos se había convencido a sí misma de que estaba preparada.

A cambio, había deseado algunas respuestas. Él había prometido volver a buscarla y no lo había hecho. Durante seis meses, Anne había estado esperando a que él hiciera el primer movimiento.

Finalmente se había visto obligada a ir ella a buscarle. El resultado había sido explosivo, pero de ninguna forma revelador. En lo más hondo, siempre había sabido que acabaría rindiéndose físicamente a él, lo había sabido desde un primer instante.

El problema era que aquella unión sensual, apasionada, no podía ofrecer soluciones reales. Sólo servía para solidificar las cadenas que le unían a Julián. Y no tenía forma de saber qué había sentido él.

Él había afirmado que deseaba exorcizarla de su mente. Tal vez

aquello había sido lo único que había buscado aquella noche.

Anne volvió a ponerse los calcetines, los vaqueros y el jersey y regresó a la sala. Julián seguía tumbado sobre la cama. La luz del cuarto del baño iluminaba sus duros rasgos y revelaba una larga cicatriz entre los hombros y otra en el muslo. Anne sintió que se le encogía el corazón al pensar en el dolor que debían haberle causado aquellas heridas.

Mientras ella luchaba contra aquella reacción instintiva, Julián se dio la vuelta en la cama. La extraña brusquedad de sus movimientos la alarmó. Julián balbuceó algo y hundió la cabeza en el almohadón.

—¿Julián, qué te sucede?

Se acercó a él corriendo y le puso la mano en la frente.

—¡Santo Dios, estás ardiendo!

En los pocos minutos que había permanecido en la ducha, el calor que había percibido antes en su cuerpo se había convertido en un auténtico incendio. Alarmada, trató de hacerle meterse entre las sábanas.

—Demasiado calor —musitó él, empujándola—. Demasiado calor. Apaga el fuego.

—Chisst, Julián. No te preocupes. Yo cuidaré de ti.

Con los ojos cerrados, él volvió la cabeza en la dirección de su voz.

—Mujer fantasma, ¿por qué estás aquí? Es peligroso…

—Estoy aquí para cuidarte, Julián. Por favor, déjame.

Consiguió cubrirle con la sábana, aunque sus movimientos eran cada vez más agitados. El problema era su fuerza. Incluso consumido por la fiebre, seguía conservando la potencia de sus manos. Cuando se quitó la sábana, no pudo volver a cubrirle con ella.

—Julián, intenta estarte quieto. Voy a buscar algo que te refresque.

Estaba demasiado caliente. Cuando la fiebre llegaba a tal punto, había que hacerla bajar como fuera. Anne dejó de luchar con la sábana y fue corriendo al cuarto de baño. Abrió el armarito y sacó el tarro de tabletas que había visto antes. No eran aspirinas. Frunciendo el ceño, leyó el extraño nombre químico de la etiqueta y las indicaciones.

—Dos pastillas al iniciarse los síntomas. Una cada cuatro horas a partir de entonces —leyó, preguntándose si la fiebre sería uno de los síntomas a los que se refería la receta.

Volvió a su lado y trató de conseguir la atención del enfebrecido Julián.

—¿Julián, estas pastillas son para la fiebre?

—Malditas pastillas. No quiero tomarlas más. Estoy harto de ser un enfermo. Lárgate, mujer fantasma. Llévate las pastillas contigo. No quiero que me veas así.

Tenía que hacer algo. Anne fue a llenar un vaso de agua al cuarto de baño y regresó corriendo. Le pasó un brazo por los hombros a Julián y se lo acercó a los labios.

—Tienes sed, Julián. Tienes que tener sed. Pon la boca aquí y bébete el agua.

Para asombro suyo, él obedeció, tragándose la pastilla y casi todo el agua. Cuando intentó quitar el brazo, protestó airadamente.

—No te vayas. Ahora no. Ya es demasiado tarde.

—Enseguida vuelvo, Julián —dijo ella para tranquilizarle—. Voy a buscar algo para refrescarte un poco.

—¿Volverás?

—Sí.

—No puedo confiar en ti. Siempre te desvaneces.

—Esta vez no, Julián. Esta vez no.

Desesperada por hacerle bajar la fiebre y sabiendo que no podría arrastrarle hasta la ducha, Anne cogió la sábana y se la llevó al cuarto de baño. Allí la empapó de agua fría. Julián gruñó cuando le cubrió con la sábana helada, y Anne se preguntó si estaría haciendo bien.

Cuando el calor de su cuerpo hizo subir otra vez la temperatura de la sábana, fue corriendo a mojarla de nuevo y se la volvió a aplicar. Julián no protestó aquella vez, pero empezó a agitarse violentamente en la cama, musitando palabras cada vez más difíciles de comprender.

—Duele, mujer fantasma. Duele. No puedo decírselo a nadie. No debería decírtelo ni siquiera a ti.

—¿Dónde te duele, Julián? —susurró Anne, preguntándose si debía darle otra pastilla. Si al menos estuviera absolutamente segura de que se las habían recetado para aquella fiebre…

—La pierna. Está sangrando. Si no consigo pararlo…

—Julián, te ha dejado de sangrar.

—No.

—Sí, querido. Yo lo he parado. Vas a ponerte bien. Por favor, créeme, querido. Vas a ponerte bien.

Aparte de las sábanas mojadas, siguió ofreciéndole aquellos murmullos tranquilizadores durante la siguiente hora y luego, cuando estaba pensando en arriesgarse a darle otra de las extrañas pastillas, observó que Julián estaba cada vez más tranquilo. Al cabo de otra hora ya estaba segura de que la fiebre había parado. Estaba totalmente empapado y no era sólo por el efecto de las sábanas.

El sudor que cubría su cuerpo era la secuela de la fiebre. Anne se lo secó cuidadosamente y luego se dio cuenta de que iba a tener que cambiarle toda la ropa de la cama. Julián iba a necesitar calor.

Volver a hacer la cama fue una tarea bastante dificultosa, porque Julián se había quedado profundamente dormido. Tuvo que emplear todas sus fuerzas para hacerle rodar hacia un lado y luego hacia el otro.

La habitación estaba bastante fría. Probablemente se había apagado el fuego de la sala de estar. Anne buscó alguna estufa y finalmente se dio cuenta de que había calefacción bajo el suelo en todas las habitaciones. La encendió, pero pasó mucho tiempo antes de que su calor fuera efectivo.

Anne se pasó el resto de la noche vigilando el sueño del enfermo. En un momento dado le dio la impresión de que su temperatura había aumentado otra vez y consiguió despertarle lo suficiente para hacerle tragar otra de las pastillas. Luego comenzó a quejarse de frío.

A las tres de la madrugada, su cuerpo empezó a temblar con el frío matutino y se agarró al cuerpo de Anne cuando se acercó. Sus ojos se abrieron fugazmente. Su expresión era suplicante.

—Hace mucho frío —gruñó—. Dame calor, mujer fantasma. Necesito calor. Mucho frío.

—Oh, Julián —susurró ella, acurrucándose junto a él y abrazándole hasta que su cuerpo dejó de temblar.

Volvió a quedarse dormido. Cuando estuvo segura de que estaba descansando tranquilamente, se levantó y fue a sentarse otra vez en la silla.

Durante las primeras horas de la mañana, hubo momentos en que se quedó medio dormida, pero cualquier cambio de posición de Julián, cualquier gesto brusco la hacían despertar inmediatamente. Al amanecer decidió abandonar todo intento de descansar y, tras comprobar el estado de Julián, se fue a la cocina para prepararse un café.

El manto de nieve que cubría el paisaje la dejó perpleja. Había estado tan ocupada atendiendo a Julián que se había olvidado totalmente de la tormenta. Y, tal como había dicho Julián, estaba atrapada allí hasta que no despejaran las carreteras, pues no tenía cadenas en el coche que había alquilado en Denver.

—De todas formas, tampoco podría abandonarle en estas condiciones —musitó resignadamente, mientras ponía la tetera al fuego—. Oh, Julián, ¿qué te han hecho?

Ni siquiera sabía quiénes habían sido los responsables. Pero sabía que tendría un gran placer en vengarse de quienes hubieran hecho daño a su amante de una sola noche.

Una noche. Sacudió la cabeza en un gesto escéptico, preguntándose si Julián tan siquiera recordaría la pasión que habían compartido la noche anterior. La fiebre le había subido tan rápidamente que era posible que no tuviera ningún recuerdo claro de lo que había ocurrido poco antes.

Ella había estado tan sumida en su ansiedad y su expectación que no había sabido leer ninguno de los signos de enfermedad de Julián, sus ojos excesivamente brillantes, el calor que irradiaba, hasta después de haber hecho el amor con él. Al darse cuenta, experimentó una cierta sensación de culpabilidad. De todas maneras, ¿qué podía haber hecho para detener el poderoso empuje amoroso que había iniciado Julián? Nada de lo que ella hubiera podido decir o hacer le hubiera puesto fin.

Se llevó la tetera y una taza al dormitorio y se sentó en la silla. Julián no hizo ningún movimiento mientras ella se tomaba el té pensativamente.

La espesa capa de nieve del exterior brindaba a las montañas una apariencia engañosamente serena aquella mañana. Los pinos y abetos cubiertos de blanco contribuían a la imagen de postal navideña. Anne se preguntó dónde habría pensado pasar las vacaciones Julián. Nunca le había oído mencionar familia ni amigos

íntimos. Pero realmente sabía muy poco sobre él. No había habido tiempo de que llegaran a conocerse antes de que Michael y él salieran para la isla. Lo que había sabido sobre él y su vida no dejaba ninguna esperanza real de que pudiera mantener con él una relación estable, aún en el caso de que desapareciera la hostilidad que existía entre ellos.

Deseó que hubiera teléfono en la cabaña. Podría haber llamado a la farmacia en la que Julián había comprado las pastillas y haberse asegurado de que las estaba aplicando correctamente. Como no estaba segura y la fiebre había disminuido, decidió no darle más hasta que él no recuperase la lucidez lo suficiente para decírselo.

Julián siguió durmiendo y Anne pensó que el descanso era más beneficioso que despertarle para darle de desayunar. En cuanto se despertase, intentaría darle algo, aunque fuera líquido.

Sin embargo, el estómago de Anne comenzó a protestar a eso de las nueve. Fue la cocina a buscar algo de comer y, cuando estaba cortando unas rebanadas de pan para tostarlo, un débil ruido la hizo darse la vuelta.

—¡Julián! No tenías que haberte levantado —exclamó, sorprendida.

Estaba en el umbral, mirándola fijamente. La fiebre había dado a su rostro un aspecto macilento y se balanceaba ligeramente, pero la intensidad de su mirada indicaba con claridad que era muy consciente de lo que le rodeaba.

—Creía que lo había soñado todo —susurró con voz ronca.

—Julián, por favor, vuelve a la cama. —Anne dejó el cuchillo y se acercó a él, intentando no pensar en el hecho de que estaba totalmente desnudo—. Vas a coger frío otra vez.

—¿Estás segura de que no eres un fantasma?

—Totalmente segura.

Quizás no se acordaba de nada de la noche anterior. Las cosas serían mucho más fáciles si no recordara que habían hecho el amor, pensó Anne mientras le tomaba suavemente del brazo y le conducía de nuevo a la cama. Más fáciles para ella.

Él se soltó y siguió mirándola, fascinado.

—No deberías estar aquí. Se supone que no tendrías que estar ni siquiera cerca de aquí. Deberías estar en Indiana, realizando

investigaciones con ese viejo profesor que te tiene contratada.

—Por aquí, Julián; te prepararé algo de desayunar, si te apetece.

Aquella vez él se dejó conducir hasta la deshecha cama. Ella la arregló rápidamente y le urgió a meterse de nuevo entre las sábanas. Para su sorpresa, él no opuso resistencia; pero no apartó ni por un momento los ojos de ella.

—Julián, esas tabletas del cuarto de baño, ¿son para esto? Ya te he dado dos, pero en la etiqueta pone que tendrías que tomar más.

—¿Dos? —Frunció el ceño mientras se metía en la cama—. ¿Sólo dos?

—¿Crees que tendrías que tomarte otra?

—No, a menos que vuelva la fiebre. Nunca se me había ido tan rápidamente, ni siquiera tomando la dosis completa. Tal vez… tal vez me esté recuperando… —Su voz se fue apagando mientras ella le seguía arreglando las sábanas—. ¿Anne?

—¿Sí, Julián?

Él alzó la mano y la posó en el pecho de Anne. Ella se quedó helada y su mirada descendió hacia su rostro ansioso.

—Ayer noche. No lo soñé, ¿verdad? Te traje aquí y te hice el amor.

Anne se dio cuenta enseguida de que, tal como había deseado, él no se acordaba con claridad de los acontecimientos de la noche anterior.

—Estabas muy enfermo ayer noche —dijo suavemente, poniéndose fuera del alcance de su mano—. De hecho, había momentos en que delirabas, creo.

—Probablemente —convino él con brusquedad—. Suele sucederme. Pero esa escena entre tú y yo no la soñé, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo ella, acariciándole el pelo. Consiguió ofrecerle una sonrisa muy de enfermera—. Ya estabas enfermo cuando llegué y poco tiempo después ya estabas en la cama.

—Contigo.

—Bueno, yo estaba aquí —reconoció ella tranquilamente—. Pero no precisamente en una situación muy romántica. Me pasé la noche mojando sábanas para tratar de que te bajara la fiebre.

—Anne, nunca hubiera imaginado que fueses tan mentirosa —cerró los ojos con gesto cansado—. La próxima vez que me despierte me vas a tener que explicar por qué.

Se quedó dormido antes de que a ella se le ocurriera una respuesta. Pero mientras contemplaba las orgullosas líneas de su rostro dormido, Anne decidió seguir ateniéndose a su historia. Había estado realmente delirando la noche anterior, y nunca podría estar del todo seguro de si aquel episodio no había sido producto de su imaginación o no.

Se había equivocado al utilizar la situación de su hermano como excusa para buscar a Julián, se dio cuenta Anne. Era cierto que necesitaba desesperadamente su ayuda, pero no había dejado de ser un pretexto para volver a ver al hombre que la tenía obsesionada desde hacía seis meses.

Julián Aries era como un animal herido que arremetiese contra todo aquel que quisiera acercársele. Necesitaba tiempo para curar sus heridas antes de que ninguna mujer se atreviese a ofrecerle ningún tipo de relación. Y aun entonces, podría descubrir que era incapaz de comprometerse emocionalmente de ninguna manera, y aún menos de amar.

Todo lo que se había dicho siempre a sí misma acerca de Julián seguía siendo cierto. Era un solitario, un hombre que buscaba a una mujer solamente para satisfacer una necesidad, pero que nunca pediría ni desearía que esa mujer le ofreciera cuidados o consuelo.

Y sí había necesitado alguna prueba de aquello, Anne la tenía en aquel momento. Julián se había retirado a su guarida, herido y enfermo, para lamerse sólo las heridas.

No quería engañarse a sí misma. Anne sabía muy bien que no le iba a agradecer sus desvelos de enfermera. Cuando se recuperase, iba a ser peligroso. Estaría resentido contra ella por el hecho de haber sido testigo de su debilidad.

Capítulo 3

Las primeras protestas fueron a la hora de la comida, cuando Anne entró en su habitación con una sopa de pollo y un pequeño *sandwich*. La mirada sombría de Julián se clavó en ella nada más atravesar la puerta, y Anne supo que había estado esperando impacientemente.

—Odio la sopa de pollo con fideos.

—¿Entonces por qué tienes seis latas en la despensa?

Con una sonrisa brillante, Anne le colocó la bandeja sobre las piernas. Él se recostó en los almohadones, sin dejar de mirar con furia la sopa.

—No me apetecía hacer mucha compra de camino aquí, así que cogí lo primero que se me ocurrió en el supermercado de la ciudad.

—Pues así aprenderás a comprar con más cuidado en el futuro —observó Anne alegremente mientras se sentaba en la silla para vigilar que se lo comía todo.

Julián le lanzó una mirada de soslayo. Había amenaza en sus ojos de gato, pero también había dolor, y Anne tuvo que hacer un esfuerzo para no acercarse a él y acariciarle.

—Ir de compras —declaró él— no ha sido nunca uno de mis entretenimientos favoritos.

—¿Cuáles son tus entretenimientos favoritos, Julián? —le preguntó Anne—. Muchas veces me he preguntado si tenías alguno. Nos conocemos tan poco…

—Descubriste uno de mis preferidos anoche —se acercó lentamente la cuchara a la boca—. Cuando vienen a mi casa

mujeres a las que no he invitado, me las llevó a la cama.

Para su propia sorpresa, Anne permaneció impávida.

—Me temo que me he perdido algo, entonces. Llevabas un buen rato delirando cuando te traje al dormitorio. ¿No te acuerdas de cómo te quejabas del calor?

—Me acuerdo de lo caliente que estabas tú —replicó él bruscamente—. Comparado contigo, el fuego de la chimenea era un iceberg.

—Ciertamente tu imaginación funciona a marchas forzadas cuando estás bajo el efecto de la fiebre —observó Anne sin perder la calma—. ¿Qué es, por cierto? ¿Malaria?

—Algo parecido.

—¿Tienes muchos ataques? Las pastillas de tu botiquín…

—Lo cogí en esa maldita isla. Me sucede de vez en cuando.

—¿Pero cuántas veces te ha pasado? —insistió ella.

—Tres o cuatro.

—¿Y qué dicen los médicos? ¿Durante cuánto tiempo seguirás así?

—No lo saben. Con suerte, los ataques irán siendo menos graves hasta desaparecer del todo. Pero últimamente no he tenido mucha suerte —añadió con sarcasmo—. A menos que incluya lo de ayer noche, naturalmente. Todavía no te he dado las gracias, ¿verdad? Soy consciente de que, dadas las circunstancias, no estuve en mi mejor momento, pero tampoco es que me avisaras con mucha antelación. Dame un par de días para recuperarme y lo intentaremos de nuevo. Es decir, si sigues atrapada aquí por la nieve.

—Puedes picarme todo lo que quieras, Julián, pero los dos sabemos que yo soy la única que realmente recuerda de forma clara lo que ocurrió anoche.

—¿Quieres apostar? A ver qué te parece: apareciste anoche en la puerta de mi casa para pedirme que te ayudara a llevar a cabo un plan demencial de Michael. Me contaste que a Michael le había atropellado un coche, que estaba en el hospital y que estabas pensando en atrapar a la gente que había intentado matarle. Una banda de cazafantasmas, dijiste —la lanzó una mirada desafiante, retándola a negar que sus recuerdos no eran claros.

—Fue poco después de que te contara todo eso cuando te

desmayaste —le aseguró ella tranquilamente.

—Y un cuerno. Pero vamos a dejar ese asunto por un instante y cuéntame más cosas sobre ese loco plan. ¿Estás seriamente dispuesta a llevarlo adelante?

—Sí.

—¿En qué consiste?

—Mike ya lo ha preparado todo. Incluso aunque estuvieran tras él, no creo que tengan forma de tener el menor conocimiento de su plan. Ha hablado con una conocida suya muy rica, una vieja dama, para que contrate a los cazafantasmas. Quiere que le limpien de fantasmas una vieja mansión que acaba de heredar en California. Al menos, ésa es la excusa. Ella les va a jurar que no piensa acercarse por la casa hasta que no quede ni un fantasma. Yo voy a hacerme pasar por su sobrina —la hija de su hermana pequeña—, quien se ha ofrecido para tratar con los cazafantasmas mientras su «tía» está fuera. La mansión está llena de valiosas antigüedades, de joyas y de cuadros, así que resultará bastante tentadora para la banda de ladrones.

—¿Y qué pasa después de que hayan acabado su trabajo y se marchen de la casa?

—Ahí es donde voy a necesitar un poco de ayuda —confesó Anne—. Necesito alguien que sepa vigilar una casa y que pueda elaborar algún plan para atrapar a los ladrones cuando decidan robar.

—Esa parte del plan parece un poco vaga —comentó él secamente.

—Lo es. En este momento creo que será mejor contratar a un detective privado.

—Podrías arruinarte pagando varios meses de vigilancia. No hay forma de saber cuándo podrían aparecer tus cazafantasmas a llevarse lo elegido. Al fin y al cabo, si tienen llaves e información completa sobre el sistema de seguridad de la casa, pueden volver en cualquier momento que les venga bien. Presumiblemente, mucho tiempo después de haber estado en la casa para que no se les pueda relacionar.

Anne respiró hondo.

—Se supone que, durante su primera visita, en algún momento voy a dejar caer que mi tía tiene la intención de instalar un nuevo

sistema de seguridad electrónico dentro de unas pocas semanas, esperando que eso contribuya a que los ladrones se decidan a ponerse en acción lo antes posible.

—Entiendo.

Anne esperó algún otro comentario. Aunque no estuviera interesado en comprometerse en aquel plan, probablemente tendría alguna opinión sobre el mismo. Pero Julián no dijo nada. Se limitó a seguir masticando lentamente el *sandwich*.

—¿Julián? ¿Qué piensas del plan de Mike? No te estoy pidiendo que me ayudes pero no tengo a nadie más con quien poder hablar del asunto, y cuyos consejos puedan serme útiles. Reconozco que estoy un poco fuera de mi campo.

—Ya.

Anne experimentó una punzada de resentimiento.

—¡Bueno, puestos a pensarlo, tampoco creo que tú tengas mucha experiencia en atrapar a cazafantasmas falsos!

—Cierto. Pero he visto fracasar muchos planes cuidadosamente preparados, y éste ni siquiera me parece muy bien elaborado. Y si eres tú quien lo lleva a cabo, probablemente será un completo desastre.

Anne se puso de pie, hecha una furia.

—Si has acabado de comer ese *sandwich*, me llevaré la bandeja.

Se la cogió antes de que pudiera protestar y salió rápidamente de la habitación. Estaba temblando de ira contenida. Lo que menos quería en aquel momento era discutir con Julián y aquello era evidentemente lo que él estaba intentando conseguir. Primero había intentado picarla recordándole la pasión de la noche anterior, y luego estaba haciendo todo lo posible por que su plan pareciera estúpido e irrealizable.

Pero mientras fregaba el cuenco de la sopa, tuvo que reconocer que había sido ella la que le había pedido su consejo y su ayuda. Ella sola no podía llevar a cabo el plan de Michael y lo sabía. Tal vez Julián no pudiera ayudarla físicamente teniendo en cuenta su estado, pero ella había esperado al menos algún consejo constructivo. La verdad era que todo aquello la asustaba. Las personas a las que pretendía atrapar ya se habían demostrado capaces de llegar al asesinato.

En el dormitorio, Julián se hundió más entre los almohadones,

cerrando los ojos con una mezcla de cansancio y disgusto. La fiebre siempre le dejaba débil como un pollito, y aquello le ponía furioso.

Ya era bastante desagradable tener que hacer frente a su debilidad él solo, pero el que Anne fuera testigo de la misma ya era la gota que colmaba el vaso. Apretó los puños en un gesto de rabia impotente.

¿Por qué había tenido que aparecer por allí? Siempre que había imaginado su reencuentro, las cosas se habían desarrollado de forma muy diferente. En ninguna de sus fantasías tenían lugar sus ataques de fiebre. Ni tampoco cojeaba. Y sus cicatrices habían desaparecido mágicamente.

Estaba en lo cierto cuando le había dicho a Anne que había visto fracasar muchos planes cuidadosamente elaborados. El que había imaginado él para volver a encontrarse con Anne era un brillante ejemplo.

Todo le ponía furioso aquella mañana: su propia debilidad física, el hecho de que Anne se hubiera visto obligada a hacer de enfermera suya y la constatación de que ella estaba totalmente dispuesta a llevar adelante el estúpido plan de su hermano.

Pero lo más irritante de todo era que ella negase la pasión que habían compartido la noche anterior.

Él sabía que no había soñado que hacían el amor. Dijera ella lo que dijera, él recordaba muy bien cómo había respondido la noche anterior. Con un gesto furioso, Julián apartó las ropas de la cama y se sentó en el reborde. Le costó un gran esfuerzo llegar al cuarto de baño.

Apoyándose en el lavabo, se volvió para verse los hombros en el espejo. Se fijó en los dos rasguños que la noche anterior apenas había notado. Eran pequeños, sólo tenían unas horas y sin duda desaparecerían casi completamente al acabar el día. Pero eran una prueba.

Julián se volvió, sintiendo una gran satisfacción, y emprendió el lento regreso a la cama. Así que no había estado delirando cuando ella le había hecho aquellas marcas con las uñas.

Pero Anne estaba actuando como si nada hubiera ocurrido entre ellos. No lograba entender por qué.

Quizás estuviera enfadada por la forma en que la había prácticamente obligado a acostarse con él y a responderle. Julián

sabía que siempre le había tenido un poco de miedo, y su forma de tratarla la noche anterior no habría contribuido a mitigar aquel miedo. Su rendición a él había sido completa y tal vez por eso había decidido negarla. Su fiebre la había ofrecido la oportunidad perfecta para recuperar el dominio de la situación.

Y el hecho de cuidarle también tenía como objeto recobrar el dominio de la situación. Negando lo ocurrido la noche anterior y tratándole como un niño indefenso pensaba restablecer su orgullo ante un hombre que siempre la había amenazado.

Julián se frotó la cabeza dolorida, sombríamente satisfecho de su análisis de la situación. Si seguía teniéndole un poco de miedo y estaba dispuesta a negar su respuesta pasional, tal vez era que sus heridas y su debilidad no lo habían echado todo a perder. Tal vez no fuera compasión lo que sentía por él.

Aquello era lo único que Julián había temido: su compasión. Era lo último que deseaba y el motivo que le había mantenido oculto en aquellas montañas. Había pensado ir a buscarla cuando se curara. Había soñado con regresar a ella como el hombre fuerte y seguro de sí mismo que ella había conocido, no como un alfeñique lleno de cicatrices y a merced de una enfermedad que aparecía y desaparecía sin previo aviso.

El dolor de cabeza se hizo más fuerte y Julián pensó en tomarse otra pastilla, pero decidió no hacerlo. Al parecer, hasta el momento le había bastado con dos pastillas. Sería una auténtica victoria si conseguía superar aquel ataque con aquella pequeña dosis.

Quince minutos más tarde, Anne había acabado de fregar los pocos platos sucios y estaba contemplando, ceñuda, la capa de polvo que cubría el mobiliario de la sala de estar. Por alguna oscura razón, le molestaba.

—¡Anne!

—¿Qué pasa, Julián? ¿Por qué estás levantado?

—Deja de mirarme con esa cara de enfado —estaba de pie en el umbral del cuarto de baño—. ¿No hay ninguna aspirina en esta casa?

Anne se dirigió tranquilamente a la cama y se puso a hacerla.

—No lo sé. Soy nueva aquí, por si no te acuerdas.

Julián lanzó una maldición en voz baja y se dirigió de nuevo hacia la cama.

—Supongo que ya me las he tomado todas.

—¿Quieres otra de esas pastillas? —le preguntó ella, apartando la mirada de su cuerpo totalmente desnudo.

—No —gruñó él, volviendo a meterse entre las sábanas—. Sólo quiero una aspirina. Siempre tengo estos malditos dolores de cabeza después de la fiebre.

—Pensaba salir a buscar mi maleta al coche. A lo mejor tengo alguna aspirina. Pero, Julián, ¿estás seguro de que no te conviene más tomar una de esas pastillas?

—Tráeme la aspirina —le ordenó él rudamente, cerrando los ojos.

—Debes de sentirte mejor, porque ya vuelves a soltar órdenes con tu habitual desparpajo.

—Nos llevaremos mejor si las obedeces —pero el tono cansado de su voz echó a perder el efecto autoritario.

La expresión de Anne se suavizó al darse cuenta de lo duramente que estaba luchando Julián por contener el dolor y superar su sensación de debilidad.

—Vuelvo en unos minutos —le prometió.

En el exterior soplaba un aire frío y el cielo empezaba a despejarse. El coche de alquiler estaba aparcado junto al vehículo todo terreno de Julián. Mientras abría el maletero, Anne pensó en usar el otro coche para intentar bajar la montaña. Tal vez Julián se lo prestara si, en un par de días las carreteras no quedaban despejadas.

No había prisa, pensó. Para empezar, no podía dejar a Julián hasta que no estuviera segura de que no se hubiera recuperado lo suficiente como para cuidarse a sí mismo. Además, todavía tenía algo de tiempo antes de poner en práctica el plan de su hermano. Mientras cerraba el maletero, Anne se dio cuenta de lo mucho que se alegraba de tener una excusa para seguir con su malhumorado paciente.

Él se la quedó mirando mientras metía su maleta de cuero rojo en la habitación. Tenía los ojos abiertos, pero su rostro parecía tenso por el dolor.

—¿Estás seguro de que te va a bastar con un par de aspirinas? —le preguntó Anne mientras rebuscaba en la maleta. Encontró el tubo en un pequeño bolsillo de cremallera.

—Más vale, porque es lo único que pienso tomar.

—Bueno, quizás si lo combinamos con algunas otras medidas, funcione mejor.

—¿Qué medidas? —preguntó él suspicazmente, mientras se tomaba las aspirinas.

Anne le ofreció una brillante sonrisa de enfermera.

—Date la vuelta y te daré un masaje en la cabeza y los hombros.

Gruñendo, Julián hizo lo que le pedía.

—Le solía hacer esto a Michael de vez en cuando —le explicó Anne mientras se sentaba a su lado y comenzaba a mover sus dedos expertos sobre los tensos músculos del cuello y los hombros de Julián.

—¿Quién te enseñó a hacer esto?

—Un amigo que está en el departamento de educación física de la universidad donde trabajo.

—¿Algún antiguo héroe del fútbol?

Anne ocultó un leve estremecimiento de sorpresa ante la nota de desafío de su voz.

—No creo que Allen jugara nunca al fútbol. Es el terapeuta físico del equipo y sabe mucho sobre este tipo de cosas.

—Seguro. ¿Le dejas que practique contigo?

—¿Qué es esto? —preguntó ella desenfadadamente—. ¿Un interrogatorio?

—Sólo estoy tratando de seguirte la conversación —replicó él con brusquedad—. ¿Salís muy a menudo, tú y ese tal Allen?

—A veces —replicó ella sinceramente—. No mucho.

Se produjo un silencio de varios minutos y luego Julián preguntó:

—¿Con quien más sales?

—No creo que te interese seriamente la lista de personas con las que salgo, Julián.

—Me lo he estado preguntando al menos una vez al día durante estos seis meses —dijo él con voz ronca.

—¿Ah, sí?

—Contesta de una vez —replicó Julián, suspirando.

—Bueno, de vez en cuando salgo con un profesor de historia al que conozco desde hace tiempo. Luego está Allen. Muy de vez en cuando, salgo con Eric, del departamento de inglés…

—Ya basta —la interrumpió malhumoradamente Julián—. Tenía que habérmelo pensado mejor antes de pedirte una lista. Para ser una tranquila ayudante de investigación, te mueves bastante, ¿no?

A ella no le importó el tono con que dijo aquello.

—Soy consciente de que mi estilo de vida carece de la emoción del tuyo, Julián, pero a mi modo, por convencional que sea, trato de inyectar un poco de diversión en mi vida.

—Eso parece —se produjo otra breve pausa—. ¿Por qué no te has casado, Anne? Mike me dijo que habías estado comprometida una vez.

—Esto se está convirtiendo realmente en el juego de las veinte preguntas, ¿no te parece?

—¿Por qué no te has casado? —insistió él.

Ella se encogió levemente de hombros y le dijo la verdad.

—Nunca llegó a funcionar completamente. Mi compromiso terminó cuando mi novio me dijo que necesitaba estar libre para «encontrarse a sí mismo». Estaba en el departamento de filosofía —añadió a modo de explicación—. Los filósofos están muy preocupados por encontrarse a ellos mismos, según descubrí.

—Mejor para todo el mundo si siguen perdidos —musitó Julián—. El mundo ya tiene bastantes filosofías en conflicto. ¿Y lo consiguió tu antiguo novio?

—¿Encontrarse a sí mismo? No lo sé. Lo que sí encontró, sin embargo, fue a una encantadora estudiante de una de sus clases que estaba dispuesta a ayudarle en su búsqueda.

—Ya veo. No pareces especialmente disgustada por el asunto.

—No lo estoy. Todo aquello sucedió hace tres años y fue mejor así.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces todas mis relaciones han sido muy superficiales —reconoció.

«Excepto contigo», añadió silenciosamente. «Y tú ya has dejado muy claro que no estás hecho para nada permanente».

—No entiendo cómo alguien puede tener una relación superficial contigo —dijo Julián pensativamente—. Debes ser tú la que mantienes a tus acompañantes a distancia. ¿Sigues lamentando no haber conseguido hacer eso conmigo ayer noche?

Anne titubeó un momento ante aquella deliberada referencia a

la pasión que estaba esforzándose en negar.

—Pobre Julián. Debe haber sido una alucinación muy interesante la que tuviste ayer noche. ¿Cómo está tu cabeza? —añadió crispadamente.

—Increíblemente mejor —reconoció él.

—Le comunicaré tu apreciación a Allen la próxima vez que le vea —no pudo resistir decir mientras se ponía en pie.

—Hazlo —replicó Julián, volviéndose cautelosamente y mirándola con ojos amenazadores—. Después de decirle cómo pasaste la noche conmigo.

—Allen será el primero en comprender que alguien tenía que hacer de enfermera tuya ayer noche.

El brillo de amenaza de sus ojos se hizo más intenso.

—Ve a prepararme un té caliente antes de que decida reavivar mi dolor de cabeza con un poco de ejercicio físico —le sugirió.

Anne volvió hacia la cocina, sin saber muy bien si alegrarse de que empezara a recuperarse o enfadarse por sus bruscos modales. El recuerdo de su rostro, contraído por la fiebre y el dolor la hizo llegar a una conclusión. Se alegraba profundamente de su recuperación.

Pero aquella actitud altruista duró sólo hasta la siguiente provocación de Julián. Le había despertado para darle de cenar, y se alegró de ver que tenía mucho mejor color que al mediodía. Se sentó en la cama y contempló el estofado con curry y el pedazo de pan que le había puesto Anne delante. Parecía tener apetito.

—¿Has hecho tú esto? —le preguntó.

—Bueno, no ha salido de una lata —replicó ella, sentándose en una silla para comer con él—. He estado rebuscando en tu nevera y he encontrado unas cuantas cosas. Me he limitado a mezclarlas y cocinarlas un poco.

—No está mal —comentó él de mala gana—. Si sigues preparando comidas así, tal vez te deje quedarte una temporada.

—Hombre, gracias —dijo ella mientras probaba el estofado.

Él se la quedó mirando intensamente durante un instante.

—¿Cuándo tienes que volver al trabajo?

—Tengo un mes de excedencia.

—¿Por Mike?

—Sí.

—Pero él va a recuperarse, ¿no? —preguntó Julián preocupado.

—Los médicos dicen que sí, pero que va a ser un proceso largo. Afortunadamente tiene a Lucy.

—Su novia, me dijiste.

—Eso es —dijo ella.

—¿Entonces no tienes que volver corriendo a la cabecera de su cama?

—No.

—Así que puedes quedarte una temporada aquí —observó él finalmente.

—Sólo un par de días más como mucho. Tengo que estar en California este fin de semana para poner a punto el plan de Mike —le explicó Anne.

—No seas ridícula. No vas a meterte en ese lío.

Ella alzó la mirada, sobresaltada más por el absoluto tono de certeza de su voz que por las palabras mismas.

—Julián, ya te he dicho que voy a llevarlo a cabo hasta el final.

—La respuesta es «no».

Ella parpadeó.

—No recuerdo haberte pedido permiso. Consejo, tal vez, pero no permiso.

Él le lanzó una mirada gélida.

—Si crees que voy a permitir que lleves a cabo ese plan absurdo por tu cuenta, es que estás loca.

—Siento tener que decirte esto, Julián, pero realmente no tienes nada que decir en este asunto.

—Será mejor que alguien tenga algo que decir —dijo él con ira contenida—. Al parecer, Mike no está en condiciones. Así que sólo quedo yo.

—¡Ya te he dicho que he venido a pedirte ayuda, no permiso para poner en práctica el plan! Es evidente que no estás en condiciones de ayudarme, pero no pienso anularlo todo por eso. Ya encontraré la forma de que funcione.

Julián dejó el cuenco del estofado sobre la mesilla con un golpe seco. Un instante después, estaba sentado en el borde de la cama. Alargó hacia ella una poderosa mano y la cogió de la barbilla.

—Tal vez no me encuentre en el máximo de mi potencia física, pero si piensas que no puedo manejarte, querida amiga, estás muy

equivocada. Lo de anoche tenía que haberte servido de lección.

Ella hizo una mueca.

—¡Creo que ya estás lo bastante bien como para pensar en ponerte una bata delante de los invitados!

—¿Por qué voy a cubrir lo que ya has visto?

—Julián, deja de actuar como si tuvieras algún derecho sobre mí —se puso en pie bruscamente y él apartó la mano—. Estoy decidida a llevar a cabo el plan de Mike y no voy a permitir que me lo impidas.

Él se puso en pie también.

—¿Cuando se supone que tienen que aparecer esos cazafantasmas en esa mansión de California? —le preguntó demasiado suavemente.

—A principios de la semana que viene.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar?

—Normalmente tardan tres o cuatro días —replicó ella ciudadosamente.

—Entonces vas a quedarte aquí, donde yo pueda vigilarte, hasta finales de la semana próxima por lo menos. Hasta que sea demasiado tarde para que puedas llevar a cabo ese plan demencial.

—Voy a llevarlo a cabo hasta el final, Julián.

—No.

Aquella fría negativa la puso furiosa.

—¿De dónde te sacas que puedes decirme que no haga lo que me da la maldita gana hacer? No tienes ninguna autoridad sobre mí, Julián Aries. Ni el menor derecho. Soy tan libre como tú. Tal vez recuerdes que nada de lo que yo dije o hice te disuadió de llevarte a Michael a aquella isla, y luego dejaste muy claro la noche que regresaste que nada podría impedirte volver a terminar tu trabajo. Bueno, pues ahora soy yo la que tiene que hacer un trabajo y nada de lo que tú digas o hagas podrá detenerme.

Julián dio un paso hacia ella.

—¡No se puede comparar esta absurda situación con las exigencias de mi trabajo de hace seis meses!

—Oh, claro que se puede —replicó ella, retrocediendo hacia la puerta—. Estoy tan comprometida con la realización de este plan como tú puedas estarlo con tu carrera de agente al servicio del gobierno. Michael estuvo a punto de ser asesinado por esa gente y

no estoy dispuesta a dejarles sin su merecido.

—Anne, no tienes ni idea de lo que estás haciendo —dijo él con rabia.

—Por eso he venido aquí —le espetó ella—. Para conseguir un poco de ayuda y consejo. Pero, dado que no voy a conseguir ninguna de las dos cosas, intentaré arreglármelas como sea por mi cuenta.

—¡No voy a permitirlo!

—No tienes nada que decir en esto.

Él avanzó otro paso y Anne se dio cuenta del esfuerzo que le costaba.

—Vuelve a la cama, Julián —le dijo con súbita urgencia—. Por favor, deja de actuar así. Has estado muy enfermo y no tiene sentido que montes una escena.

Él no hizo el menor caso; se limitó a agarrarla por la nuca.

—Voy a montar todas las escenas que me dé la gana —dijo entre dientes—. Y, por muy débil que esté, tú no eres lo bastante grande ni fuerte como para detenerme, ¿entendido?

—Entendido, Julián.

—Bien —la soltó y volvió a la cama, tambaleándose. Se metió dentro de nuevo con un suspiro—. Ya seguiremos discutiendo esto por la mañana —anunció en un tono tenso—. Voy a ver si consigo dormir.

—Sí, Julián —convino Anne, sabiendo que probablemente la cabeza le estaba doliendo otra vez.

Deseaba poder reconfortarle. Fue corriendo al cuarto de baño y regresó con un vaso de agua y el tubo de aspirinas.

Julián se tomó las pastillas de mala gana. Luego, se dio la vuelta y enterró el rostro en la almohada.

Sin decir palabra, Anne se sentó en el borde de la cama y comenzó a masajearle otra vez la cabeza y los hombros. Al cabo de un rato, notó que comenzaba a relajarse bajo sus dedos.

Pobre león, pensó Anne con una leve sonrisa. No sabía cómo pedir un poco de cariño y atención, aunque lo estuviese deseando con todas sus fuerzas.

Julián Aries necesitaba una esposa y una casa. Anne ya se había dado cuenta de aquello hacía seis meses. Pero su negativa a reconocer sus propias necesidades despertaba en ella todo tipo de

recelos.

Capítulo 4

—¿Vas a seguir adelante?, ¿no?

Dos días más tarde, sentado en el sofá de la sala de estar con una manta sobre las piernas, Julián reconocía lo inevitable. No era buen perdedor, pensó Anne. Había sido una batalla dura y Julián había utilizado todos los trucos, menos uno.

Él había intentado intimidarla, había aducido que él tenía la obligación para con su hermano de protegerla, le había informado de que el plan no era muy brillante y finalmente había recurrido a la discusión calmada y racional en un último intento de disuadirla. El único argumento que no había empleado era que no podía llevar a cabo su plan porque él necesitaba que le cuidase.

Naturalmente, pensó Anne, aquélla sería una táctica que Julián nunca utilizaría. Julián no podía reconocer que necesitara a nadie, y mucho menos a ella. Aquello la llenaba de una sensación de desconsuelo en lo referente a sus relaciones. No era él el único que tenía que afrontar la realidad aquella mañana, pensó Anne mientras acababa de fregar los platos.

—Voy a llevarlo a cabo, Julián. Te lo dije hace dos días.

—¿Incluso aunque te lo haya prohibido terminantemente? —dijo él entre dientes.

—Creía que habías renunciado ya a intimidarme —observó ella —. Estábamos recurriendo a la lógica y al razonamiento la última vez, si mal no recuerdo.

—He renunciado a las dos tácticas cuando me he dado cuenta de que no iban a producir ningún efecto. No entiendo por qué estás tan

empeñada en seguir con ese estúpido plan. Cuando tu hermano salga del hospital, ya pondré a punto cualquier otro plan para atrapar a esos cazafantasmas.

—Voy a seguir con ello porque tengo muchas posibilidades de conseguir que funcione. En este momento están pendientes de Michael. No creo que tenga forma de volver a acercarse a ellos. Pero no pueden saber nada de mí. Y, por lo que sé de ellos, no creo que puedan resistir la tentación que supone la mansión de la señorita Creswell. Es un montaje perfecto.

—No existen los montajes perfectos y si tuvieras la menor experiencia en llevar a cabo planes «impecables», sabrías lo que quiero decir.

—Estoy segura de que un poco de experiencia no me vendría mal, pero no tengo tiempo para adquirirla.

—Así que has buscado un atajo y has acudido a mí para conseguir mi ayuda y mi experiencia.

Ella fijó la mirada en el exterior. Las carreteras habían sido despejadas aquella mañana, pero el paisaje nevado seguía pareciendo una tarjeta postal.

—Ésa era la idea original.

—El mejor consejo que puedo darte es que te mantengas alejada del asunto.

—Ése es el único consejo que no estoy dispuesta a seguir. Igual que tú y Michael no seguisteis mi consejo de no ir a aquel horrible lugar hace seis meses.

Se produjo una tensa pausa. Luego Julián declaró:

—Mi trabajo consistía en ir. Y el de Michael, en venir conmigo.

—Eso lo sé ahora —dijo Anne simplemente—. Ya he aceptado el hecho de que los dos sentías la obligación de ir. No os lo he reprochado durante mucho tiempo.

—¿Es eso verdad, Anne?

—Sí.

—¿Estás segura de que, de alguna forma, no me sigues odiando por lo que le sucedió a tu hermano?

—Michael tomó una decisión propia. Ahora lo veo claro —dijo ella tranquilamente—. Me dijo también que le habías salvado la vida la noche que le dispararon. Después de que el francotirador le hiriera, tú arriesgaste el pellejo para salir a buscarle y arrastrarle

hasta lugar seguro.

—Él hubiera hecho lo mismo por mí. Michael y yo estábamos juntos en aquel fregado. Teníamos un trabajo que hacer.

—Igual que yo ahora.

—¡Y un cuerno! Esto no es un encargo que tengas que cumplir. Esto lo estás haciendo exclusivamente para vengar a Mike.

—Es lo mismo —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Anne, esto es ridículo. Mike puede cuidarse de sí mismo. Podrá hacer frente a lo que sea cuando se recupere.

—Puede pasar mucho tiempo. Está bastante grave, Julián.

—¡Muy bien! —rugió Julián—. Si no estás dispuesta a ser razonable en esto, no puedo hacer nada…

—No.

—Excepto ir contigo —concluyó él bruscamente.

Anne alzó la cabeza, sobresaltada.

—¿Venir conmigo? Pero, Julián, eso es imposible. Todavía te falta mucho para recuperarte. Lo único que te estoy pidiendo es algún consejo. O tal vez conozcas a alguien que pueda ayudarme. Tienes que tener contactos.

—Nos iremos mañana.

—¡Imposible! Tú no vienes conmigo —exclamó Anne, arrojando el trapo de cocina sobre la mesa y plantándose delante de él con las manos en las caderas—. Has estado muy enfermo, Julián. Necesitas descansar.

—Estamos en tablas, amiga —dijo él cansadamente—. Yo no puedo impedir que vayas y tú no puedes impedir que yo vaya contigo. Los dos debemos haber recibido una sobredosis de tozudez en algún momento de nuestras vidas.

—Ahora eres tú el ridículo, Julián. No voy a permitir que vengas conmigo en tu estado actual.

Él le lanzó una mirada de soslayo llena de burla y amenaza.

—¿Qué vas a hacer? ¿Atarme a la cama?

—¡Si es necesario, sí!

Julián se levantó bruscamente del sofá. El albornoz que se había puesto antes a instancias de Anne se abrió descuidadamente mientras atravesaba la habitación. La alcanzó en tres zancadas y la cogió por los hombros.

—La única forma en que vas a conseguir que me quede en la

cama es quedándote conmigo dentro —dijo con furia—. Cuando quieras que repitamos lo de la primera noche que estuviste aquí, avísame.

—Ya te he dicho que no sucedió nada —dijo Anne valientemente, sabiendo que no podía hacer el menor movimiento, atrapada como estaba entre sus manos.

—Deja de decir tonterías. Ya he sufrido demasiadas alucinaciones como para saber distinguir entre la realidad y los sueños, Anne. ¿Por qué insistes en negar lo que sucedió aquella noche?

Anne perdió la calma.

—¡Porque no sucedió nada! No vine hasta aquí para acostarme contigo. Quería hablar contigo, contarte lo de Michael. Quería disculparme por cómo me había portado contigo la noche que le llevaste a casa. Quería ver si podíamos retomar nuestra relación. Quería muchas cosas, pero no quería acostarme contigo.

—Tienes miedo de mí, ¿verdad? —preguntó él.

El brillo de masculina satisfacción que vio en sus ojos la hizo desear golpearle.

—Tal vez en algún sentido. Es natural tener un poco de cautela ante un hombre que no reconoce que es humano, que tiene necesidades como todo el mundo…

—Oh, estoy muy dispuesto a reconocer mis necesidades, cariño… —susurró él, atrayéndola hacia su pecho desnudo.

—Julián, estate quieto. No es esto lo que quería decir y lo sabes.

Pero él no le hizo caso y la aplastó contra la superficie de vello rizado que cubría su amplio pecho. Sus labios descendieron sobre los de ella, acallando de forma efectiva cualquier discusión. Anne sintió que la furia se apoderaba de ella, aunque no podía dejar de reconocer la excitación que le estaba produciendo.

Él siguió intentando que respondiera a su agresivo beso y hasta que ella no arqueó el cuerpo contra él, Julián no alzó la cabeza. Sus ojos leonados se suavizaron al posarse en su rostro desafiante.

—Y ahora, ¿por qué sigues insistiendo en que nada sucedió entre tú y yo la otra noche?

—Tú te dejas llevar por tus fantasías, yo me dejo llevar por las mías.

—Cobarde.

Lentamente, aquella vez a modo de invitación, hizo descender su boca sobre la de Anne. Su mano se deslizó sobre sus caderas, y la acarició posesivamente hasta que ella gimió. Luego, le plantó las manos en los glúteos con firmeza y la alzó hacia sus duros muslos.

—Julián.

Anne suspiró y se acurrucó contra él de una forma totalmente instintiva.

Era muy difícil luchar contra aquel hombre. Sus dedos se aferraron por debajo del albornoz a su musculosa espalda y experimentó un estremecimiento de anhelo mientras él la hacía darse cuenta de la intensidad de su deseo.

—Podría tomarte tan fácilmente, hacer que me desearas…

—Julián, por favor, no…

—Si tienes miedo de mí, aunque esté en estas condiciones, ¿cómo te las vas a arreglar con algo realmente terrorífico como esa red de ladrones que pretendes capturar?

Le acarició la nuca con la boca.

—Me las arreglaré —boqueó ella, intensamente consciente de la dureza del cuerpo de Julián.

La insistente presión de su excitada virilidad era al mismo tiempo una tentación y un reto antiguos como el tiempo. Pero Anne sabía que tenía que resistirse. Y él tenía que notarlo.

Con resignación, Julián dejó caer las manos y se acercó de nuevo al sofá. Su cojera era más pronunciada en aquel instante y ella sabía que estaba intentando dominarla.

—Cuando me hagas el equipaje esta noche, no olvides meter la maquinilla ni la crema de afeitar.

Apoyó la cabeza en la almohada y se quedó dormido.

Anne permaneció de pie ante él, preguntándose cómo iba a hacer frente a todos los fantasmas, reales e imaginarios, que parecían haber invadido su vida. El principal de todos ellos era el fantasma de un sueño en el que había creído durante los últimos seis meses: el sueño de construir una relación duradera con Julián Aries. Había sido una estúpida al creer que aquel hombre llegaría siquiera a reconocer que la necesitaba a ella para algo que no fuera el sexo. El león llevaba demasiado tiempo sobreviviendo por su cuenta. No iba a arriesgarse a las debilidades del amor.

Lentamente, Anne se dirigió al dormitorio para hacer el equipaje

de Julián. Le conocía lo bastante bien como para saber que al día siguiente él la acompañaría.

* * *

A la mañana siguiente al amanecer, Anne se estiró en el sofá que había estado usando como cama. La sensación de una presencia en la habitación la hizo abrir los ojos y vio, asombrada, que Julián estaba ya totalmente vestido y preparando café en la cocina.

—Santo cielo —se quejó ella, bostezando, mientras apartaba las mantas—. Sé que te levantas temprano…

Él le lanzó una mirada rápida y siguió con sus preparativos.

—Por lo que me has contado, nos espera un largo viaje y mucho que hacer antes de llegar a la costa.

—Bueno, sí, pero no dije que tuviéramos que levantarnos nada más salir el sol.

—Cuando no me estoy recuperando de un maldito ataque de fiebre, suelo levantarme al amanecer —dijo él, encogiéndose de hombros—. Y a veces más temprano.

—¿Es parte de la ética del agente secreto? —Gruñó ella, poniéndose de pie. Su largo camisón de franela se agitó en torno a sus tobillos—. Para atrapar al villano hay que levantarse temprano.

—No está mal, teniendo en cuenta lo temprano que es. ¿Eres siempre tan ingeniosa a estas horas?

—No, ha sido una fugaz inspiración —dijo ella, bostezando otra vez.

De pronto, se dio cuenta del aspecto poco seductor que debía tener, con aquel camisón de franela y toda despeinada. Tampoco era que quisiera seducir a Julián, se recordó severamente.

—De hecho, tú sí que tienes buen aspecto esta mañana. Debes sentirte mejor.

Él se quedó pensativo un momento.

—Sí, la verdad es que mucho mejor que desde hace tiempo.

Aquello parecía sorprenderle.

Tenía realmente buen aspecto aquella mañana, pensó Anne mientras se metía en el cuarto de baño. Llevaba un jersey gris, unos pantalones vaqueros y botas. Se movía con algo parecido a su

anterior gracia felina, a pesar de su cojera. Parecía haber recuperado fuerzas.

Anne estaba considerando seriamente si creerse o no su aparente brusca mejoría, cuando se dio cuenta de cuál podría ser la verdad. Julián estaba mejor aquella mañana, no gracias a sus cuidados y desvelos, sino porque por primera vez en meses, estaba a punto de comenzar un nuevo trabajo. Tal vez un estímulo fuera precisamente lo que necesitaba para recuperarse del todo.

Pero en su interior, Anne se daba cuenta de que aquel pensamiento no le resultaba tan reconfortante como debiera. La verdad era que había estado alimentando la secreta esperanza de haber sido ella el motor de aquella recuperación. Había deseado que él la necesitara. ¿Cuándo iba a dejar de hacerse falsas ilusiones?, se preguntó Anne.

Julián la iba a acompañar al oeste por una serie de motivos, pero ninguno de ellos era el amor. Probablemente sentía la obligación de ayudar a la hermana de Mike, ya que no había sido capaz de disuadirla de sus planes. Y tal vez sentía un secreto entusiasmo por aquel reto inesperado. Pero, desde luego, no iba con ella porque hubiera descubierto de pronto que estaba locamente enamorado.

* * *

—Hay unas pocas reglas básicas que será mejor que queden claras antes de que subamos al avión —anunció Julián un par de horas más tarde mientras cerraba con llave la cabaña y extendía la mano para que Anne le diera las llaves del coche alquilado.

—¿Como cuáles? —Anne ignoró su mano y abrió la puerta del asiento del conductor.

—Como que yo estoy al mando de este loco proyecto —con un hábil gesto le quitó las llaves a Anne—. Ponte en el otro asiento, Anne. Yo conduciré.

—El coche está alquilado a mi nombre. Soy la única autorizada para conducirlo —protestó ella, enojada por el tono autoritario de Julián.

—La carretera va a estar resbaladiza. Habrá placas de hielo en

algunos sitios. Algo me dice que tú no tienes mucha experiencia en conducir por carreteras de montaña después de una tormenta de nieve.

—¡Las carreteras han sido despejadas!

—Siguen siendo muy peligrosas. Ponte al otro lado, Anne.

Gruñendo, Anne hizo lo que le decía.

—Realmente tienes ganas de pelea esta mañana. Claro que siempre fuiste muy dado a impartir órdenes.

—Sí —puso en marcha el coche y enfiló diestramente hacia la carretera—. A mí me gusta dar órdenes, no recibirlas. Yo soy así, cariño. Ése es uno de los motivos por los que suelo trabajar solo o con un único socio.

—Bueno, pues piensa en mí como una socia —replicó ella.

—Hasta cuando trabajo con socio, soy yo el que mando. Lo digo en serio, Anne. Estás muy fuera de tu terreno en este asunto y lo sabes. Para que este plan grotesco tenga la menor posibilidad de éxito vas a tener que entender y seguir todas mis órdenes. ¿Entendido?

—Si hubiera sabido que eras tan autoritario, me lo habría pensado dos veces antes de pedirte ayuda.

—¿Conoces a alguna otra persona que pueda ayudarte en esto? —replicó él tranquilamente—. ¿A tu buen colega Allen, el fisioterapeuta, quizás? ¿O al tipo del departamento de inglés? Algo me dice que no anduviste llamando a sus puertas antes de acudir a la mía, ¿verdad, Anne?

—Estoy segura de que, si lo hubiera hecho, habrían sido más amables —musitó ella.

—No necesitas amabilidad, sino efectividad —su boca se endureció en una sonrisa gélida—. A mí se me suele considerar efectivo.

Anne sintió un escalofrío por su forma de decirlo.

—Hablas como si fueras un instrumento o una herramienta que alguien usa.

—Eso es aproximadamente lo que yo era para la gente para quien trabajaba, supongo —dijo con una naturalidad que alarmó a Anne.

—Y así era como tú te veías a ti mismo también, ¿no? —Antes de que pudiera responder, ella añadió rápidamente—. ¿Por qué has

empleado el pasado? ¿Ya no trabajas oficialmente para ellos?

—No.

—No sabía que habías dejado tu trabajo.

—Fue una decisión mutua —dijo él fríamente—. Tanto yo como mis jefes nos dimos cuenta de que yo ya no era tan eficaz. Los agentes de cuarenta años que ya no son tan rápidos como antes y que están sujetos a imprevisibles ataques de fiebres ya no son tan buenas herramientas.

Anne percibió el disgusto en su voz y le respondió con súbita vehemencia:

—Bueno, pues a mí me parece que tu carrera ha avanzado notablemente. Es horrible que te consideraras como una herramienta para uso de los demás.

—Es lo más normal —dijo él—. ¿No es por eso por lo que apareciste en mi puerta hace unos días? ¿No necesitabas acaso un instrumento apropiado que te ayudara a llevar a cabo tu plan?

Anne se puso pálida, conmocionada por su acusador sarcasmo.

—Yo no quiero usarte, Julián —susurró.

—¿Ah, no? —Le dirigió una sonrisa irónica—. ¿Entonces podemos considerar este asunto como un trato? Yo haré todo lo posible por ayudarte a llevar a cabo el plan de Mike, y tú a cambio…

Ella le lanzó una mirada de soslayo.

—¿A cambio?

—¿Qué te parece si tú me ofreces algunas más de esas interesantes alucinaciones como la que tuve la noche que llegaste? —le sugirió él.

Las pálidas mejillas de Anne se pusieron súbitamente rojas.

—No necesito pagarte con fantasías. Tú ya has demostrado que sabes soñar por tu cuenta.

—Anne…

Ella le interrumpió.

—Si me acostase contigo, Julián, y es una posibilidad muy remota, puedes estar seguro de que no sería como pago a tu «efectividad». Y creo que tú lo sabes.

—¿Ah, sí?

—¡Puedes estar seguro de que hasta que no tengas claro eso, no vas a tener la menor posibilidad de compartir mi cama! No pienso

hacer el amor con un hombre que piensa que le estoy pagando los servicios prestados.

—¿Entonces qué tengo que pensar la próxima vez que te entregues a mí? —inquirió él suavemente.

—Creo —dijo ella con seriedad— que será mejor que te concentres en la carretera. Tenías razón. Es muy traicionera.

El pareció satisfecho ante aquella pequeña señal de retirada. La irritación de Anne aumentó. Lo único positivo en todo aquello era que Julián parecía definitivamente estar mucho mejor. Al parecer las secuelas de la fiebre no duraban mucho.

—Cuéntame algo del fantasma —dijo él una vez hubieron bajado de las montañas y tomaron la carretera a Denver—. Yo creía que todos los auténticos fantasmas del país estaban en el este. ¿Desde cuándo hay fantasmas en California?

—La historia de California es tan interesante como la de la Costa Este. Los españoles la colonizaron en mil setecientos y a lo largo de los años se han desarrollado muchas leyendas. Necesitábamos una casa que estuviera asociada a una leyenda porque es algo que los cazafantasmas comprueban siempre. Nuestra fantasma es hispana. Se trata de una joven que, al parecer, tenía ideas propias. Era un problema para las mujeres de su época. Y le produjo muchos sinsabores, según cuenta la leyenda.

—Así que el fantasma es una chica.

—Investigué la historia antes de venir a verte. Aunque no es más que una leyenda, quería asegurarme de los detalles. Thomas Craven y sus amigos harán lo mismo.

—¿Craven?

—Es quien está al frente de estos sujetos. Según las notas de mi hermano trabaja con una mujer llamada Sara y un hombre llamado Dan Hargraves. Sara es la «vidente» del grupo.

—¿Se supone que es ella la encargada de ponerse en contacto con el fantasma?

—Exacto. Ella hace el contacto y averigua qué es necesario para liberar al fantasma de sus cadenas mortales para que pueda irse a dondequiera que vayan los fantasmas. Thomas Craven y el hombre llamado Hargraves son los encargados de los rituales. Según tengo entendido organizan auténticos espectáculos —concluyó sardónicamente.

—¿Han trabajado en California antes?

—Según las notas de Michael, no. Como tú decías, la mayoría de los fantasmas interesantes tienden a estar en la Costa Este. La mayor parte de las investigaciones parapsicológicas de Craven han tenido lugar allí.

—¿Cómo consiguió tu hermano atraer a Craven hacia el oeste?

—Michael consiguió que una antigua conocida suya le ayudara. Era alguien a quien había conocido mientras investigaba fenómenos parapsicológicos. Le ayudó a preparar la trampa. La señorita Creswell tenía una hermana que fue estrella de cine en los años treinta. La hermana era la propietaria de la mansión de Santa Bárbara adonde vamos. Murió hace un par de años y le dejó la casa a la señorita Creswell. Esta última se ha prestado a dar a conocer que va a mudarse allí dentro de unos meses y que quiere limpiar de fantasmas totalmente la casa. Y ella ha sido realmente quien ha contratado a Craven y a su cuadrilla. Y les ha informado de que su sobrina va a ser su anfitriona. Ella no se acercará por el lugar hasta que no esté debidamente exorcizado. Al menos ésa es la historia que mi hermano consiguió que contara. De hecho, ella está muy interesada en los fenómenos paranormales. No soporta a los embaucadores.

—¿Y por eso aceptó ayudar a tu hermano a preparar la trampa? —Julián sacudió la cabeza—. Es un plan absurdo. ¿Quién se suponía en un principio que iba a hacer de sobrina?

—Lucy Melton. La novia de mi hermano.

—Y tú te apresuraste a sustituirla para que pudiera quedarse con Mike mientras se recupera, me imagino.

—Eso es. ¿Por qué te muestras tan susceptible respecto a esto? —le preguntó, disgustada.

—¿No se te ha ocurrido pensar que si Craven y los suyos ya han intentado eliminar a tu hermano probablemente estén al corriente de sus planes para atraparles?

—No anularon la cita. La señorita Creswell tuvo noticias suyas poco antes de que yo partiera para Colorado. Craven le comunicó la fecha de su llegada. Además, no hay forma de que puedan relacionar a mi hermano con la señorita Creswell. Michael tuvo mucho cuidado de mantenerse al margen.

—¿Entonces por qué le atropellaron? —preguntó Julián

amablemente.

—Puede que porque decidieron que se estaba aproximando demasiado a la verdad. Le contó a Craven que estaba escribiendo un artículo sobre los investigadores parapsicológicos y Craven dejó que acompañara a su gente en algunas de sus investigaciones. Todas tuvieron lugar en el este. Craven debió sospechar de los auténticos intereses de Michael. Pero no hay ninguna razón para que ellos supongan que el contrato de California ha sido idea de mi hermano.

—Tal vez sí, tal vez no. Mike es bueno, de eso estoy seguro. Es posible que haya logrado mantener en secreto su conexión con Creswell y que Craven acuda inocentemente a la trampa. Pero este asunto me parece muy peligroso y la única razón por la que ha aceptado acompañarte es porque has dejado muy claro que vas a seguir adelante con el plan pase lo que pase. Lo que te he dicho antes iba en serio, Anne. Vas a seguir mis órdenes y vas a hacer exactamente lo que yo te diga sin pedir explicaciones. ¿De acuerdo?

—Aprecio tu ayuda en este asunto y me esforzaré en cooperar contigo en vista de tus superiores conocimientos —murmuró sarcásticamente Anne.

Él le lanzó una mirada divertida.

—Te pones encantadora cuando tratas de ser arrogante.

—Pues tú no.

—La verdad es que no recuerdo que nadie me haya dicho nunca que soy «encantador».

—Mira, Julián, estoy dispuesta a ser razonable en esto y respeto tus… hmmm… singulares cualidades en determinadas áreas. Estoy dispuesta, por ejemplo, a reconocer que tal vez tú sepas mucho mejor cómo hacer frente a unos tipos tan poco recomendables como Craven y su banda…

—Gracias, siempre es agradable que se reconozcan tus talentos.

—Sin embargo —prosiguió ella, imperturbable—. Quiero que tengas muy presente que este plan es mío y que tengo tanto o más que decir respecto a cómo llevarlo a cabo que tú.

—No.

—¿Qué quieres decir con que «no»? —dijo ella, desafiante.

—Es una palabra bastante simple. Tu problema es que probablemente no la has oído usar muy frecuentemente. ¿Siempre te sales con la tuya, Anne? Mike me dijo que siempre fuiste más

bien mandona.

—Los hermanos pequeños siempre dicen eso de sus hermanas mayores.

—Sí, pero en tu caso era cierto, ¿no? Tenía que serlo, por lo que dijo Mike. Tú te encontraste con una gran responsabilidad cuando tus padres se separaron. Tu padre desapareció totalmente del mapa y el nuevo marido de tu madre estaba demasiado inmerso en su club de campo como para preocuparse mucho de un par de adolescentes que vagaban por la casa. Mike me dijo que te fuiste de casa a los dieciocho años y que él se fue a vivir contigo. Tenía solamente quince por entonces, ¿no?

—Al parecer mi hermano y tú habéis tenido largas conversaciones —dijo Anne, sin apartar la mirada de la carretera.

—Le hiciste pasar a Mike unos años bastante duros —siguió Julián reflexivamente—. Te aseguraste de que fuera a la universidad. Evitaste que se metiera en líos. Habías invertido mucho emocionalmente en él. No me extraña que me odiaras cuando le pedí que viniera conmigo en aquella última misión.

—¿Podríamos volver a la discusión original? —Anne se removió en el asiento—. No tiene mucho sentido hablar de lo que ya ha sucedido. Ya te he dicho que ahora entiendo que nada habría podido impedir que Michael fuera contigo. Disfruta de la emoción de cada una de sus historias. Lo lleva en la sangre.

—Creo que lo entiendes racionalmente. Pero, ¿y emocionalmente? ¿Estás segura de que no sigues culpándome por lo que le sucedió en aquella isla?

—No, Julián —le dijo Anne con paciencia—. No sigo culpándote.

Estaba secretamente sorprendida de que aquello le preocupase. Él sabía que no era responsable de lo que le había sucedido a Mike hacía seis meses. Así que, ¿por qué se preocupaba de su reacción?

—Muy bien. Volvamos al anterior tema —dijo Julián—. En realidad no hay mucho más que decir respecto al asunto. Seré yo quien dé las órdenes.

—¿Tengo al menos voz y voto? —inquirió ella con sarcasmo.

—No.

—Muy bien, Julián, al parecer no tengo alternativa. Tú das las órdenes.

Para su asombro, él sonrió.

—Tenerte a mis órdenes puede resultar interesante.

El fugaz brillo de humor de sus ojos se desvaneció cuando volvió a centrar su atención en la carretera.

No conversaron mucho más durante el resto del viaje. Julián estaba sumido en sus pensamientos y Anne mantuvo un respetuoso silencio. Sabía que estaba repasando mentalmente la información que le había ofrecido, detectando los problemas y tratando de modificar los puntos débiles del plan.

Una vez hubieron devuelto el coche y comprado los billetes de avión, Anne se dio cuenta de que Julián estaba empezando a acusar el cansancio. Pero no podía decirle ni hacer nada. A él no le gustaría que mencionase su debilidad, y Anne lo sabía.

Julián no se relajó hasta que no estuvo sentado en el avión con el cinturón de seguridad abrochado. Anne no dijo nada, pero observó con el rabillo del ojo cómo apoyaba la cabeza en el respaldo y cerraba los párpados. Pensó que tal vez debiera pedir a la azafata un café para él. O tal vez fuese mejor que durmiera. Estaba mordiéndose ansiosamente el labio inferior, preguntándose qué hacer, cuando Julián habló, sin molestarse en abrir los ojos.

—Otra cosa, Anne…

—¿Sí?

—¿Cómo has pensado explicar mi presencia?

—¿A Craven?

—Eso es. Él espera a la sobrina de la señorita Creswell, pero no a mí. Cuando la novia de Mike, Lucy, iba a hacer el papel, ¿se había pensado que hubiera alguien más en la casa?

—No, excepto la asistenta que viene todos los días. Michael no pensaba que hubiera ningún peligro para Lucy. Craven sólo está interesado en estudiar el plano de la casa y valorar los objetos de arte. Mike pensaba estar en un hotel de Santa Bárbara. Lucy habría podido llamarle si se ponía nerviosa.

—Así que Craven va a llegar y se va a encontrar a la sobrina de la señorita Creswell acompañada de un desconocido del que no había oído hablar. Necesitamos una historia para explicar mi presencia en la casa.

Anne torció la boca mientras se le ocurría una idea malévola.

—Bueno, realmente, tengo una idea bastante brillante. ¿Qué te

parece si te ponemos un uniforme y decimos que eres el mayordomo?

Julián abrió mucho los ojos y se la quedó mirando.

—¡El mayordomo! ¿Lo dices en serio?

—¿No te gusta?

—¿Crees realmente que podría pasar por un mayordomo? —inquirió él con un gruñido.

—¿No os entrenan a los agentes para adaptaros a todo?

—Exagente —la corrigió él—. Y no, no me entrenaron para adaptarme a todo.

—Lástima. Habría sido bastante divertido verte de uniforme sirviéndome un jerez.

—Tendrás que encontrar otra forma de divertirte, me temo —dijo él secamente.

—Bueno, podrías hacerte pasar por el sobrino demente de la señorita Creswell que llevaba años oculto en el sótano de la mansión.

—Tu imaginación me está dejando sin aliento —volvió a cerrar los ojos—. ¿Alguna otra idea brillante?

Las ganas de tomarle el pelo se le quitaron a Anne al notar su cansancio. Era evidente que le había costado un gran esfuerzo la bajada en coche de la montaña.

—Habría otra…, posibilidad —empezó a decir, titubeante—. No tan brillante ni original como las dos primeras, pero…

—Dímela.

—Se me ha ocurrido que podrías hacerte pasar por mi prometido o amante o amigo, o como quieras llamarle —dijo atropelladamente—. Eso justificaría el que estuvieras conmigo. Craven pensaría simplemente que estábamos aprovechando para pasar unos días juntos mientras le hacíamos un favor a mi tía. Vamos, que estábamos tomando unas breves vacaciones con la excusa del trabajo.

Las oscuras pestañas de Julián se agitaron levemente, pero no abrió los ojos.

—Tu prometido —repitió en voz baja—. Sí. Me gusta. Haremos eso.

Se quedó dormido antes de que Anne pudiera empezar a enumerar la larga serie de motivos por los que no le parecía que

fuese tan buena idea.

Capítulo 5

La mansión está construida sobre las ruinas de una antigua hacienda de adobe —le explicó Anne a Julián aquella noche mientras llegaban a la finca Creswell; situada en las afueras de Santa Bárbara—. A los propietarios originales les fueron concedidas por la corona española unas tierras que se extendían desde la costa hasta un punto situado a varios kilómetros en el interior. La hacienda fue destruida por un terremoto en algún momento del siglo diecinueve, y la presente mansión fue construida a principios de este siglo. Según le contó a Lucy la señorita Creswell, posteriormente fue profusamente redecorada al estilo hollywoodiense sin escatimar el dinero. Al parecer, le dieron vía libre al decorador.

—Estoy deseando verla.

Julián estaba atento a la autopista costera y a las indicaciones que le iba dando Anne.

—¿Así que nuestra fantasma es un residuo de los tiempos en que la hacienda aún estaba en pie? —inquirió Julián mientras tomaba una desviación que se encaramaba por un enorme acantilado, desde el que se dominaba el océano.

—Sí, según mis investigaciones la pobre Carlota fue víctima de un matrimonio de conveniencia. Sus padres la enviaron a la salvaje California a casarse con un rico hacendado varios años mayor que ella y viudo. No sólo adquirió un marido, sino sus tres hijos pequeños y la responsabilidad de llevar la enorme hacienda. Por entonces era tan sólo una adolescente.

—Eso promete infinidad de problemas —gruñó Julián—. Una joven esposa no soporta estar atada a su viejo marido y a sus tres hijos. Añoraría las brillantes luces de dondequiera que proviniese.

—Méjico. La suya era una familia mejicana, muy acomodada. Y, si hemos de creer la leyenda, no eran sólo las luces lo que añoraba. Al parecer también echaba de menos a algunos de los muchos admiradores que había dejado atrás. Según todos los indicios, Carlota era una joven encantadora y estaba acostumbrada a la constante atención masculina.

—Déjame adivinar. Encontró a alguien aquí en California que le ayudó a superar la añoranza, ¿no?

—¿Cómo lo sabías?

—Lo veía venir.

—No sabía que fueras tan ducho en psicología femenina —observó Anne con interés.

—No lo soy. Pero supuse que, si su vida ha dado lugar a una historia de fantasmas, sería porque, de alguna forma, lo suyo acabó en desastre, ¿no?

—Exacto.

—Dados los otros ingredientes de la historia que conozco hasta el momento, creo que no es muy aventurado suponer que el desastre en que acabó lo suyo es de los producidos por las relaciones hombre-mujer. En otras palabras, se hartó de estar a cargo de la hacienda y comenzó a tontear por ahí.

—Nada de tontear —dijo Anne con un respingo, sintiéndose obligada por alguna razón a defender a la otra mujer—. Se entregó a una aventura amorosa apasionada y desesperada con el guapo hijo del propietario del rancho de al lado.

—Entonces ya sé lo que sucedió después. Carlota y su amante fueron sorprendidos en una situación más o menos comprometedora por el marido y…

—Y el marido la mató. La estranguló con sus propias manos —concluyó Anne sombríamente.

—¿Qué le sucedió a su amante?

—Huyó. Y su familia, al parecer, le embarcó para España lo más rápidamente posible. Es típico que sólo la mujer del triángulo resulte castigada.

—Tenía que haber sabido el riesgo que estaba corriendo. Los

maridos no suelen sobresalir por su tolerancia en ese aspecto. Ni siquiera hoy en día.

—¿También eres experto en eso? —inquirió Anne.

—Digamos simplemente que tengo una imaginación muy vivida, ¿de acuerdo? No me cuesta imaginarme cómo actuaría yo en una situación similar.

—Tienes cuarenta años y no has estado casado nunca. ¿Cómo puedes saber cómo actuarías si fueras un marido engañado?

Julián se encogió de hombros.

—Lo sé, simplemente.

—¿Habrías estrangulado a la pobre Carlota? —De pronto Anne se sintió inexplicablemente irritada.

—Bueno, no sé si habría llegado tan lejos —reconoció tranquilamente Julián—. Pero puedes estar segura de que te habría dado una paliza de muerte.

—¡A mí! —Anne se le quedó mirando, consternada—. No estamos hablando de mí. Estamos hablando de una pobre mujer que vivió hace un siglo.

—Oh. Tal vez mi nuevo papel de prometido me hace ver las cosas demasiado cerca. Puede que me esté sobrepasando en mi asunción del papel.

—Eso me parece a mí —le espetó secamente Anne—. Ahora, acabemos la historia. La razón por la que Carlota aparece de vez en cuando por la mansión, según la leyenda, es que está buscando algo.

—¿Qué?

—Nadie lo sabe. Sin embargo, supongo que el señor Craven y su banda estarán encantados de decírnoslo.

—Y como la leyenda no dice exactamente lo que está buscando, Craven puede inventarse cualquier historia, ¿no?

—Eso es. Será interesante ver qué aspectos creativos le aporta a la historia. Mira, ahí está el sitio.

Anne se inclinó hacia adelante para contemplar la enorme mansión.

—Tenías razón respecto al toque hollywoodiense. Parece sacada directamente del almacén de decorados de un estudio de cine —comentó Julián mientras aparcaba en la gran explanada circular.

Las líneas de la mansión eran vagamente clásicas, pero el

arquitecto no había podido resistir la tentación de añadir algunas originalidades. El efecto global era el de una casa de película de época, compuesta de elementos sacados de diferentes períodos arquitectónicos.

—Estoy segura de que la casa original de adobe sería mucho más bonita. Me preguntó cómo le sentará a Carlota ver este trasto construido sobre las ruinas de su casa. —Anne abrió su puerta mientras Julián paraba el motor—. No parece que esté la guardesa. No veo ninguna luz.

Rebuscó en el bolso la llave que le había dado Lucy.

Julián esperó pacientemente con el equipaje mientras Anne golpeaba la puerta con el enorme llamador de latón. Al no recibir respuesta, usó la llave y abrió la puerta. Una vez dentro, tardó un momento en encontrar el interruptor de la luz. Julián y ella permanecieron en silencio mientras contemplaban lo que les rodeaba.

—Creo que prefiero mi cabaña —comentó finalmente Julián mientras observaba el suelo de madera, el enorme candelabro y la recargada escalera.

—Personalmente me reservo el juicio hasta ver los dormitorios. —Anne se dirigió con determinación hacia la escalera—. Espera, ya cojo yo mis maletas —le dijo a Julián.

A él no debió gustarle la expresión de preocupación de sus ojos porque ignoró su mano extendida.

—Ya me las arreglo —gruñó—. Puede que no sea capaz de subirte a ti por estas escaleras, pero aún puedo con un par de maletas.

Anne hizo un esfuerzo por no decir nada más que pudiera molestarle. Debía de estar cansado y era mejor no provocarle.

Aunque no estuviera allí la guardesa, era evidente que había estado hacía poco tiempo. La media docena de dormitorios estaban todos inmaculados y totalmente preparados. Se veía inmediatamente de dónde había sacado su inspiración el decorador.

—¡Santo Dios! Cada dormitorio parece sacado de una película diferente —dijo Anne, mientras iba abriendo una a una las puertas.

—Sí. En éste se podría haber rodado una escena de amor —convino Julián lacónicamente, mientras contemplaba lo que podría haber sido el decorado del dormitorio de Cleopatra.

Él que estaba al final del pasillo parecía sacado directamente de un musical de los años treinta. Unas escaleras blancas y negras conducían hasta una cama de baldaquino también blanca y negra.

—¿Cuál quieres?

—Éste, me parece —dijo Anne, tomando una brusca decisión al abrir la última puerta a la derecha—. Definitivamente, éste.

Julián se acercó a ver.

—Vaya, nunca me habría imaginado que te iban los harenes.

—Ah, pero esto no es un decorado de harén. Es la tienda del jeque de una de las películas de Rodolfo Valentino —dijo Anne mientras penetraba cautelosamente en la esplendorosa habitación —. ¿No es increíble?

El techo y las paredes estaban cubiertas de tejidos con intrincados diseños orientales. La cama redonda estaba tan cubierta de almohadones y cojines que no se sabía dónde terminaba, y estaba rodeada de velos y gasas que pendían del techo. Una lujosa alfombra persa completaba el opulento decorado.

—¿Estás segura de que ésta es la habitación que quieres? — preguntó Julián dubitativamente.

—¿Lo preguntas en serio? Probablemente no volveré a tener jamás la oportunidad de dormir en un lugar como éste —dijo Anne, entusiasmada—. Y tú, ¿qué habitación vas a usar? —le preguntó a Julián mientras sacaba un cepillo de dientes y el camisón de la maleta.

Un instante más tarde, al ver que no contestaba, alzó la vista hacia él y vio que la miraba con curiosidad.

—¿Y bien? —insistió.

—Habíamos decidido que me haría pasar por tu prometido, ¿recuerdas?

—¿Y?

—Pues que voy a dormir aquí. Si estás realmente segura de que ésta es la habitación que quieres —añadió Julián, resignado.

Anne respiró profundamente y se dispuso a tomarse las cosas con calma.

—Julián, tú vas a hacer el papel de mi prometido. No es que te vayas a casar realmente conmigo, por si no te acuerdas —le dijo secamente—. Nuestro compromiso es tan ficticio como todo lo que contiene esta habitación.

Él avanzó hacia ella, y su mirada se oscureció.

—¿Y qué hay de malo en fantasear un poco, amiga mía? ¿Acaso no disfrutaste del sueño que compartimos aquella primera noche en la cabaña?

—Julián… —Anne retrocedió precipitadamente mientras él alzaba una mano para acariciarle la mejilla—. Ve a buscar una habitación para ti. No te vas a quedar aquí.

Su expresión se ensombreció.

—A Craven le parecerá sospechoso que no durmamos juntos.

—No, a Craven no le parecerá sospechoso. ¿Por qué se lo iba a parecer? Muchas parejas tratan de mantener una imagen de decoro durante su compromiso —dijo ella.

—Tú y yo —declaró él firmemente— seríamos de los que dormiríamos juntos. Y a mí no me importaría quién lo supiera. De hecho, querría que todo el mundo lo supiera.

—Craven no tiene por qué enterarse de que le das tanta importancia al asunto —le recordó ella con cierta aspereza—. Te advierto que como te extralimites en tu papel de prometido, tendremos que recurrir al plan B.

—¿Qué plan B?

—Es aquél en el que te toca hacer del sobrino deficiente que ha permanecido oculto durante cuarenta años en el sótano. ¡De hecho, siempre me ha gustado más el plan B!

La expresión de Julián se endureció; apartó la mano de su mejilla y se la puso sobre el hombro.

—¿Por qué te comportas así? Sabes que me deseas.

—¿Ah, sí? —dijo ella en tono desafiante, apartándose de él para seguir deshaciendo el equipaje.

Un leve estremecimiento de anticipación o temor recorrió su cuerpo cuando él volvió a cubrir la distancia que les separaba. Se negó a alzar la mirada hacia él.

—Aunque no quieras reconocer que me deseas, todavía me queda una baza —dijo él gravemente.

—¿Cuál?

—Está el pequeño asunto del pago por mis servicios…

No pudo acabar la frase, Anne ni siquiera se paró a pensar su respuesta. Giró rápidamente sobre sí misma y le estampó violentamente la palma de la mano en la mejilla.

—¡No se te ocurra ni siquiera insinuar que yo te pueda pagar tus servicios de esa forma! Tal vez tú estés dispuesto a vender barata tu experiencia, pero yo no estoy dispuesta a pagar tal precio. Yo sólo me acostaría contigo por un motivo, Julián Aries. Si vuelves a mencionar esa posibilidad una vez más, te juro que… ¡que te empujaré por el acantilado!

El lejano sonido del oleaje contra el acantilado pareció subrayar su furiosa amenaza.

—No vendría mal que de vez en cuando —sugirió él brutalmente — recordases que fuiste tú la que viniste a buscarme. Si no te ha gustado lo que has encontrado, no es culpa mía. Buenas noches, Anne. Avísame si aparece el jeque.

Anne contempló, paralizada, cómo se daba la vuelta y se dirigía a una de las puertas que había abierto antes. Su cojera era muy pronunciada y sabía que debía estar doliéndole la pierna. Había estado demasiado tiempo sentado en el coche y en el avión. Pero mantenía la espalda orgullosamente recta y nada en su porte inspiraba compasión.

Al otro lado de la pared, Julián encendió la luz y estudió la habitación contigua a la fantasiosa tienda árabe de Anne. Al menos aquella habitación correspondía a un estilo más sencillo. No era que le gustase mucho aquel decorado de película del Oeste, pero al menos no tenía la cama rodeada de velos y cortinajes.

Claro que no habría tenido inconveniente en soportar los velos y demás si hubiese podido compartir la cama con Anne. Estaba dispuesto a hacer alguna concesión.

Con un gesto de disgusto, dejó la maleta en el suelo y se sentó en la cama para quitarse las botas. La pierna le dolía cada vez más. Rebuscando en su maleta, descubrió que Anne había metido dentro el tubo de aspirinas al hacer el equipaje. Se quedó un instante mirando el pequeño tubo, dándose cuenta del detalle de atención que significaba. Luego, abrió la tapa y se tomó tres pastillas.

Se dio cuenta de que el cuarto de baño era común con el de la habitación del jeque. Las paredes y el techo estaban recubiertos de espejos. Tres escalones subían hasta una enorme bañera roja. El resto de los accesorios eran también rojos y el suelo estaba cubierto por una espesa moqueta blanca. Las grandes toallas estaban adornadas con motivos orientales.

A Anne le iba a encantar, pensó irritadamente Julián. Encontró un vaso, lo llenó de agua y se acabó de tragar las aspirinas. Podía oír a Anne moviéndose por su habitación al otro lado de la pared. Todavía no se había dado cuenta de que iban a compartir el cuarto de baño. Tal vez podría aparecer «accidentalmente» cuando ella estuviera en el baño o la ducha. La estaría bien empleado. Además, a él le encantaría sorprenderla con una capa de burbujas como único atavío.

El disgusto de Julián fue creciendo mientras se desvestía y se metía en la enorme cama. Después de apagar la luz de la mesilla de noche, dobló los brazos detrás de la cabeza y se puso a pensar en Anne.

La forma en que le estaba tratando, como si fuera un toro al que llevase atado de un sitio a otro, le sacaba de quicio. ¿Quién se creía que era?, se preguntó violentamente.

Julián recordó las sombrías noches en que se había preguntado si alguna vez se recuperaría lo suficiente para ir en busca de Anne Silver. Pero ella lo había alterado todo apareciendo de improviso en su cabaña antes de que estuviera preparado para recibirla.

Se había enfurecido con ella porque le había visto en aquel estado de debilidad. Pero ella había aguantado sus arrebatos de furia y su mal genio. Y seguía negándose a reconocer que había pasado aquella primera noche entre sus brazos.

Tal vez fuera muy importante para ella su ayuda en aquel estúpido proyecto, trató de racionalizar Julián. Tal vez le aguantaba solamente porque no conocía a nadie más que pudiera ayudarla.

Pero Anne no se había limitado a aguantar su enfermedad. Le había ofrecido consuelo, compasión y ternura, algo que él nunca antes había experimentado. Imágenes fugaces de cómo le había cuidado durante el ataque acudieron a su mente. No podía recordar detalles, sólo tenía vagos recuerdos de haber estado continuamente acompañado de sus palabras y caricias tranquilizadoras.

Julián se puso de costado y se acarició el muslo dolorido. No comprendía por qué le había tratado con tanta dulzura, ni por qué no había encontrado repugnantes su debilidad y sus cicatrices, pero estaba seguro de que no había actuado por compasión. Y también estaba instintivamente seguro de que la ponía nerviosa el poder sensual que él ejercía sobre ella. Por otra parte, necesitaba de su

ayuda y protección para llevar a cabo el plan de Mike.

Quizás se estaba recuperando más de lo que pensaba, porque cada vez se daba más cuenta del hecho de que no estaba dispuesto a dejar que Anne volviera a desaparecer de su vida otra vez. Aquel pensamiento le sentó bien. Por primera vez en mucho tiempo, consiguió conciliar el sueño sin verse acosado por una mujer fantasma.

Anne no tuvo tanta suerte.

Una vez se hubo ido Julián, exploró la habitación. Al descubrir el cuarto de baño rojo y blanco, tomó mentalmente nota de apuntar todos los detalles para Lucy. A la novia de su hermano le había hecho mucha ilusión la perspectiva de conocer la «decadencia hollywoodiense» y, cuando había decidido que Anne la sustituyera en el papel de sobrina de la señorita Creswell, la había hecho prometer que le contaría minuciosamente cómo era aquella mansión.

Pero Anne se dio cuenta de que no estaba disfrutando mucho de la exploración. Su última confrontación con Julián la había hecho perder el humor. Aquella noche había conseguido sacarla de quicio. Casi había esperado que le devolviera la bofetada, pero él se había limitado a salir de la habitación. No había podido leer la expresión de sus ojos, pero se había dado cuenta del esfuerzo que había hecho por dominarse.

Anne trató de apartar de su mente la desagradable escena mientras se metía entre los velos de la cama.

—Debería coger la cámara y hacerme una foto inmersa en este decorado —musitó mientras apagaba la lamparilla—. Así, cuando fuera viejecita, podría sacarla y enseñársela a mis amigos del asilo. Les contaría que así había sido mi juventud.

De pronto, se le ocurrió pensar que, como no hiciese más progresos con Julián, aquella cama de fantasía árabe iba a ser lo más excitante que iba a poder contar sobre su vida. Aquel pensamiento la deprimió.

* * *

Nunca supo realmente lo que la había despertado. Anne

experimentó una súbita sensación de frío mientras se agitaba entre sueños varias horas más tarde.

No había ningún motivo por el que debiera hacer tanto frío, pensó.

Tal vez hubiera un termostato en la pared. Aquel lugar tenía de todo, así que a lo mejor tenía calefacción central. Anne se agitó entre las sábanas revueltas; no le apetecía nada salir de la cama, pero sabía que seguiría experimentando aquella desagradable sensación de frío a menos que encontrase la calefacción.

Si en su habitación hacía tanto frío, probablemente pasaría lo mismo en la de Julián. Aquel pensamiento la hizo incorporarse rápidamente. Lo último que necesitaba Julián en su estado era coger frío. Anne abrió los ojos y apartó el velo transparente de la cama.

Entonces fue cuando vio a la figura.

Los dedos de Anne se agarrotaron sobre el delicado velo. El corazón comenzó a latirle de puro miedo y se preguntó si no estaría soñando. No había otra explicación.

Los sueños de aquel tipo se desvanecían, pensó frenéticamente. Lo único que tenía que hacer era abrir los ojos. Pero sus ojos ya estaban abiertos. Estaba despierta. Podía sentir el velo en su mano, era consciente del frío de la habitación, sentía el peso de las mantas sobre las piernas. ¡Dios santo, estaba despierta!

Paralizada de horror, trató de concentrar toda su energía en conseguir gritar. Julián estaba en la habitación de al lado. La oiría. No le cabía duda en la mente de que si lograba chillar, Julián la salvaría.

Como si percibiera que estaba a punto de pedir ayuda, la mujer que permanecía al pie de su cama, porque se trataba de una mujer, aunque estuviera vestida con un traje de jinete masculino, sacudió la cabeza. Sus pálidos rasgos mostraban una expresión suplicante. Anne se dio cuenta de que podía ver la pared a través de la aparición.

Podía ver a través de aquella figura femenina.

La conmoción liberó finalmente sus cuerdas vocales.

—¡Julián!

La fantasmal figura alzó una mano. Anne no estaba segura de si era un gesto de orden o de súplica. Pero la mujer fantasma ya se

estaba desvaneciendo. Una décima de segundo más tarde, en el preciso instante en que Julián irrumpió violentamente en la habitación, la aparición se disolvió del todo.

—¿Anne, qué diablos…?

Ella luchó frenéticamente para salir de entre los velos de la cama.

—¡Julián, oh, Julián, nunca había visto nada así! Tenía que estar soñando, pero estaba despierta. Julián, yo… yo…

No podía hablar coherentemente y el estúpido cortinaje parecía estar impidiéndole adrede la salida.

—Tranquila, Anne —le dijo Julián tranquilizadoramente mientras se acercaba a ella y apartaba el velo—. ¿Qué sucede? ¿Por qué has gritado?

Ella se arrojó a sus brazos y le abrazó con fuerza. Una parte de ella se dio cuenta de que sólo llevaba unos pantalones cortos de deporte, pero no estaba en condiciones de preocuparse por el atuendo o falta de atuendo de Julián.

—Julián, había una mujer. Podía ver a través de su cuerpo. Estaba al pie de la cama y… y…

—Tranquila, cariño, tranquila.

Le acarició el pelo mientras ella enterraba el rostro en su hombro desnudo.

—Era increíble, Julián —susurró Anne—. Nunca… nunca había tenido un sueño tan real.

—Eso era, Anne, únicamente un sueño. —Julián la estrechó más contra su cálido cuerpo—. Nada más que un sueño. Créeme, soy un experto en mujeres fantasmas que atormentan tus sueños.

—Pero, Julián, estaba allí. Alargaba la mano hacia mí como si deseara mi ayuda. Creo que llevaba ropas de montar. Antiguas, de estilo español. Pero parecía un traje de hombre. Como esos de las películas, con pantalones negros, camisa blanca y una chaqueta ajustada…

—Sí, ya sé, he visto cientos de esos trajes en las películas y por eso probablemente tú has soñado que tu visitante llevaba uno de ellos. Te lo habrás sacado de cualquier película de época.

—Pero la figura era una mujer. ¿No crees que hubiera sido más lógico que la soñara con uno de esos preciosos camisones de encaje del siglo pasado? ¿Tal vez con una mantilla o algo así? Quiero

decir, ¿por qué iba a verla vestida de hombre?

Julián se rió entre dientes.

—Debe de haber alguna razón psicológica extremadamente complicada para eso —señaló con tranquilidad—. Tal vez la has vestido de hombre porque en tu subconsciente deseabas que tuviera la libertad de un hombre.

—Ya. ¿Algo así como que mi subconsciente se la imagina con ropas masculinas porque hasta en sueños me niego a aceptar las limitaciones que se imponían a las mujeres en la época de Carlota? No está mal el análisis. ¿Dónde has aprendido esas técnicas de análisis de sueños, Julián?

Julián torció la boca en una sonrisa irónica al percibir el tono cáustico de su voz. Era mejor que el pánico de unos momentos antes.

—Ya te lo he dicho, cariño. Tengo mucha experiencia en el tema. Ha habido ocasiones en que me has parecido tan real en mis sueños que creía que podía tomarte entre mis brazos.

Ella se agitó contra su pecho.

—¿En serio? ¿Y qué pensabas hacer cuando me tuvieras entre tus brazos?

Julián bajó la mirada y estudió su expresión inesperadamente vulnerable.

—Bueno, había veces en que te habría golpeado.

—¡Hombre, muchas gracias!

—Ah, es que te lo merecías —le aseguró él en voz baja, y no lo decía totalmente en broma—. Aparecías siempre cuando más te necesitaba, pero siempre te quedabas fuera de mi alcance. No te puedes imaginar lo frustrante que era. Creía que me ibas a volver loco. Pero luego, al cabo de un tiempo, me di cuenta de que eras un indicador de mi estado de salud mental. Siempre que te veía, sabía que estaba delirando. Cuando lo único que veía era el bosque, sabía que estaba viendo la realidad.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le miró muy seriamente.

—Julián, ¿qué sucedió cuando volviste a la isla? Por favor, cuéntamelo.

—Esta noche no, Anne. Ya has tenido bastantes pesadillas para una noche. ¿Crees que podrás dormir ahora?

—¿Me lo vas a contar alguna vez?

—¿Lo que sucedió en aquella isla? Lo dudo —dijo secamente. Anne sintió cómo se ponía rígido—. Aquello es agua pasada, Anne. Lo mejor que se puede hacer con las pesadillas es olvidarlas.

—Pero tú no has olvidado. Tú lo recuerdas cada vez que te duele la pierna o cada vez que te viene la fiebre. De hecho, probablemente recuerdas la pesadilla cada vez que me miras —le dijo ella, dándose cuenta de pronto—. Oh, Julián, yo no quiero que pienses en el dolor cada vez que estás a mi lado. No tenía que haber ido a buscarte.

—Es demasiado tarde para lamentarlo —le dijo él en voz baja—. El caso es que viniste y ahora los dos tenemos que hacer frente a este asunto.

—¿Quieres decir que he sacado al león de su guarida y que no puedo culpar a nadie más que a mí misma si los acontecimientos se me escapan de las manos?

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Parecía asombrado—. ¿Que soy una fiera?

—Tengo una imaginación muy viva —le explicó ella a modo de disculpa—. ¡De todas formas, hasta esta noche no me había dado cuenta de lo viva que podía llegar a ser!

—Ese sueño te ha conmocionado bastante, ¿no?

Le acarició tranquilizadoramente la nuca. Le gustaba aquella parte de su cuerpo. Era vulnerable. Suave y vulnerable. Y ella parecía responder cuando la acariciaba así.

—Nunca había tenido una pesadilla tan real, Julián —volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

Julián se asombraba de lo que estaba sintiendo. Teniendo en cuenta la desesperación con que había deseado hacer el amor con ella unas cuantas horas antes, le resultaba sorprendente sentirse tan a gusto simplemente acariciándola y tranquilizándola.

Ella era realmente muy vulnerable en aquel momento. No le costaría nada hacerla tumbarse e ir transformando sus caricias gradualmente en algo mucho más sensual. Le sería tan fácil hacerla admitir en aquel instante la pasión que habían compartido la otra noche… Si la trataba con cuidado, podría pasar la noche haciendo el amor con ella. Y a la mañana siguiente, no podría seguir negando su poder sobre ella.

Pero, mientras pensaba aquello, Julián se daba cuenta de que

nunca lo iba a hacer. Otro deseo estaba tomando forma en él… un deseo aún más fuerte. Deseaba ofrecerle tranquilidad y seguridad, deseaba que respondiera a su dulzura y no a su pasión.

Era una extraña necesidad, muy diferente del deseo claro, directo, sin compromiso, que había experimentado en el pasado hacia Anne. Seis meses antes aquel deseo había sido el dominante. La había deseado físicamente desde el momento mismo de verla y se había prometido que haría que le deseara a él de igual forma, cuando las circunstancias fueran apropiadas. El hecho de haber conseguido seducirla aún estando al borde de la fiebre, había restablecido en gran parte su seguridad en sí mismo, al menos en el aspecto físico.

Tenía que haber seguido afianzando su seguridad en aquel sentido. Y, sin embargo, allí se encontraba en aquel instante, sintiendo un extraño placer en el hecho mismo de ser una fuente de tranquilidad para ella. Julián no recordaba haberle ofrecido nunca nada parecido a ninguna mujer. Ni tampoco ninguna se lo había pedido. Claro que sus relaciones con las mujeres siempre habían sido muy superficiales.

Tal vez por aquel motivo no podía alejar a Anne de su mente. Algo en ella le pedía más que simple pasión y él no estaba seguro de querer ofrecérselo. O, más bien, no estaba seguro de tener nada dentro que ofrecerle a Anne.

Pero aquella noche, estaba empezando a preguntarse si no se habría subestimado a sí mismo. Porque, de hecho, estaba descubriendo que sí tenía otras cosas que ofrecer.

Y, a juzgar por la forma en que se estaba quedando dormida entre sus brazos, Julián no podía dejar de pensar que ella necesitaba lo que estaba tratando de ofrecerle. Aquélla era una contestación curiosamente gratificante.

Capítulo 6

Anne se despertó a la mañana siguiente y poco a poco se fue dando cuenta de que no estaba sola en aquella teatral cama. Julián tenían el brazo sobre sus pechos y su pesada pierna la mantenía clavada sobre la cama. Se permitió saborear por un rato la reconfortante calidez de su cuerpo antes de abrir los ojos y volver hacia él la cabeza.

Al hacerlo, se encontró, sobresaltada, con su mirada leonina fija en ella. Algo confundida, apretó la suya.

—Ya era hora de que te despertaras —le dijo Julián afablemente —. Tenemos compañía.

—¡Compañía!

—Ajá. Probablemente la guardesa. He oído un coche hace unos minutos. Alguien entró en la casa y se dirigió a la cocina. Creo que deberíamos bajar a presentarnos.

—El agente siempre alerta —gruñó Anne, tratando de librarse del peso del cuerpo de Julián—. Yo no he oído nada.

Muy cuidadosamente, procuró evitar su mirada.

—¿Qué estás haciendo en mi cama? —prosiguió, titubeante—. Lo último que recuerdo es que me estabas acariciando y diciéndome que no tuviera miedo de los fantasmas.

Él parpadeó con felino interés.

—¿Eso es lo último que recuerdas?

—Bueno, sí. Tuve aquella horrible pesadilla y tú viniste corriendo…

—Cuando tú gritaste mi nombre como una posesa —puntualizó

él.

Anne hizo una mueca.

—Supongo que eso hice. Es que me asustó un poco apareciendo de aquella forma al pie de mi cama.

—¿No creerás en serio que viste a Carlota?

—No pongas esa cara de preocupación por mi salud mental —musitó Anne—. Sé que era una pesadilla. No se trata de eso. De lo que se trata es de saber qué estás haciendo aquí en mi cama. Tendrías que haber vuelto a tu habitación después de… de… —Su voz se apagó.

—¿Después de acunarte entre mis brazos hasta que te quedaste dormida? —Julián bostezó tranquilamente—. Sí, probablemente tendría que haberlo hecho, pero no me parecía correcto después de lo apasionadamente que habíamos hecho el amor. Además, hacía frío, y lo de compartir un poco de calor corporal me pareció una buena idea.

—¿Qué dices de hacer el amor apasionadamente? —exclamó Anne, incorporándose con brusquedad y mirándole con furia.

Julián pareció sinceramente asombrado.

—¿No te acuerdas? Yo estaba ocupado tranquilizándote y tratando de que te durmieras cuando tú de pronto me arrastraste debajo de las sábanas y comenzaste a hacerme el amor de un modo bastante agresivo. Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que hubieras visto al fantasma de Carlota. Quizás te inspiró. Al fin y al cabo, según me contaste, dicha dama era bastante desvergonzada…

No logró llegar más lejos. Anne le arrojó violentamente el almohadón a la cara.

—Ya basta, Julián Aries. Sé muy bien que ayer noche me quedé totalmente dormida. No intentes hacerme creer que sucedió algo.

En aquel momento, les interrumpió el sonido de alguien llamando con los nudillos a la puerta.

—Buenos días, señorita Delton —dijo una voz brillante y cantarina mientras una mujer de mediana edad con unas gafas redondas enormes y unos vaqueros excesivamente ajustados abría la puerta y se quedaba en el umbral—. He visto su coche en la explanada. Soy Prue Gibson. Estoy al cuidado de la mansión de la Loca Creswell. He pensado que tal vez le apetecería una taza de café… Oh, santo Dios. Supongo que tenía que haber traído dos

tazas.

Sus inquisitivos ojos azules se clavaron en Julián, que estaba quitándose el almohadón de la cara. Por un instante se quedaron mirando y luego Julián sonrió con una gracia que sorprendió a Anne. Nunca había tenido ocasión de ver a Julián tratando de ser amable y encantador. Se quedó asombrada de que pudiera hacer gala de un aplomo tal dadas las embarazosas circunstancias.

—Buenos días, Prue. Soy Julián Aries. Y, como ya has adivinado, esta señorita, con cara de perpleja, es Anne Melton, la sobrina de la señorita Creswell y mi prometida. Su tía le ha enviado para que supervise a los cazadores de fantasmas y yo he venido con ella, tomándome unas vacaciones. Y para hacer unas cuantas prácticas de luna de miel.

Julián había usado el apellido supuesto de Anne y la historia que ella y Lucy habían urdido con absoluta naturalidad. La señorita Creswell le había dicho a la guardesa y a Craven que iba a ir una tal «señorita Melton». No les había dicho el nombre de Lucy, así que lo único que tenía que hacer Anne era cambiarse el apellido.

—Bien… —Prue asintió amistosamente—… encantada de conocerles. Y veo que se han instalado estupendamente —añadió con una sonrisa irónica—. Voy a bajar corriendo a preparar otro café. Pueden bajar cuando estén preparados.

Cerró la puerta tras ella con energía.

Anne se dejó caer de nuevo entre las almohadas, con una expresión de disgusto en el rostro.

—¡A freír espárragos el intento de mantener un cierto decoro!

—Menos mal que se nos ocurrió lo del papel de prometido, ¿no? Hubiera sido un poco difícil explicar qué hacías en la cama con el sobrino demente que estaba encerrado en el sótano.

—Ve a ducharte —le ordenó Anne— antes de que me decida a averiguar si hay tiburones en la cala a la que da la ventana.

—¿Me usarías como cebo para tiburones?

—Lo adivinaste.

Él le ofreció una mirada dolida.

—¿Tan molesta estás por lo de anoche?

—¡Anoche no pasó nada! —exclamó Anne, lanzándole la almohada.

Él la esquivó tranquilamente. Para estar en bajas condiciones,

conservaba muy buenos reflejos, pensó Anne.

—Dios me libre de contradecir a una dama —murmuró él. Se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos—. Si quieres fingir que no ocurrió nada…

Acabó las palabras sobre su boca, besándola cálidamente.

El cuerpo de Anne se derritió bajo el dulce calor, y abrió la boca para recibirle. Sintió sus dedos acariciándole la nuca y se dio cuenta de su absoluta vulnerabilidad ante aquel hombre. Pero había algo nuevo en su envolvente caricia, una suavidad que resultaba inusual en Julián. Anne se dio cuenta de que le encantaba aquello.

—¿No sucedió nada? —inquirió él traviesamente, lamiéndole la oreja.

—Julián, recuerdo perfectamente lo que ocurrió anoche —replicó Anne—. Y no quiero oír otra palabra más sobre el tema.

—Hmmm. Qué lástima. Bien… —Se encogió de hombros y la soltó. Se dirigió hacia la puerta de su habitación—… de vez en cuando sé portarme como un caballero —su mano estaba en el pomo—. Ah, una cosa más. Nuestra nueva amiga Prue Gibson, ¿está al corriente de todo?

Anne estaba un poco confusa aún por la forma brusca en que él había interrumpido el beso, pero contestó rápidamente.

—Cree que los cazafantasmas son lo que dicen ser y que yo estoy aquí simplemente para representar a la señorita Creswell en el asunto. Me imagino que piensa que la señorita Creswell está un poco chiflada. ¿Cómo la ha llamado? ¿La Loca Creswell?

—Probablemente piensa que está un poco loca por estar metida en estos asuntos de fantasmas. Muy bien, es todo lo que quería saber. Haré todo lo posible por mantener tu brillante historia de tapadera —dijo Julián finalmente, riéndose entre dientes mientras cerraba la puerta.

El sentido del humor que Julián mostraba aquella mañana resultaba sorprendente. Al igual que nunca había asistido a una muestra de ternura por su parte, tampoco había tenido ocasión de comprobar si tenía el menor sentido del humor. Siempre que habían estado juntos, las circunstancias habían estado demasiado cargadas de tensión y de emoción como para permitir ninguna exploración de los aspectos más suaves de su personalidad.

Pero no era sólo su humor burlón lo que le costaba asimilar

aquella mañana. Estaba también aquella inesperada dulzura que había mostrado para con ella durante las largas y sombrías horas que habían seguido a su pesadilla.

Dijera lo que dijese aquella mañana, ella sabía muy bien que no habían hecho el amor la noche anterior. Julián la había abrazado y la había tranquilizado hasta que ella se había quedado dormida. Luego se había quedado dormido a su lado. No había hecho el menor intento de aprovecharse de su vulnerabilidad emocional la noche anterior.

Y aquello la hacía plantearse una pregunta. ¿Por qué no se había aprovechado de la situación? Se puso en pie y se obligó a considerar la respuesta más evidente. ¡Tal vez había estado demasiado cansado, sólo eso!

Aquello hizo aparecer una sonrisa triste en su rostro mientras se acercaba al armario para coger la ropa. Sólo iba a buscarse problemas si trataba de ver algo más en la actitud de Julián. Por su propio bien, tenía que ser extremadamente cautelosa.

Una vez tomada aquella decisión, abrió la puerta del cuarto de baño y se quedó paralizada en el sitio. Julián estaba afeitándose tranquilamente delante del espejo cubierto de vapor. Y no llevaba siquiera los pantalones deportivos de antes.

—¡Julián!

Él la miró tranquilamente a los ojos a través del espejo empañado y sonrió irónicamente.

—No es exactamente así como lo había planeado. Quería ser yo quien te sorprendiera a ti. Preferiblemente cuando estuvieras metida en un baño de espuma. Ah, ya ves, hasta los planes mejor elaborados…

Comenzó a volverse y Anne salió precipitadamente del cuarto de baño, cerrando con un portazo. Ya era bastante difícil tratar con Julián cuando estaba vestido. Definitivamente había veces en que, para una mujer, la huida discreta era la mejor muestra del valor.

Prue Gibson estaba esperando a los visitantes abajo. Los contempló con desenfadada curiosidad cuando ambos entraron en la espaciosa sala de desayuno e inmediatamente les invitó a acompañarla en el sabroso refrigerio variado que había preparado. Era evidente que ella ya iba por su segundo plato de huevos salteados con patatas. Desde luego, no se trataba de la clásica

guardesa deferente, servil y siempre relegada a la cocina, pensó Anne con humor.

—¿Así que ustedes se van a dedicar a supervisar a esos chiflados que ha encontrado la señorita Creswell? Puede ser divertido, por lo menos. Espero que hagan sesiones de espiritismo y cosas de ésas. Siempre he deseado asistir a una. ¿Cuándo se supone que tienen que llegar los cazafantasmas?

—Esta tarde —dijo Anne calmadamente, sirviéndose unos huevos y pan tostado—. ¿Qué horario tienes, Prue? ¿Estás por aquí todo el día?

—La señorita Creswell me llamó y me pidió que me quedara durante todo el día mientras esto esté lleno de gente. Pero las noches siguen siendo mías. Y si no les importa que lo diga, la verdad es que tengo cosas mejores que hacer que pasarlas aquí.

—¿Te asustan los fantasmas? —le preguntó desenfadadamente Julián mientras se servía una taza de café.

—¿Qué fantasmas? Ese viejo cuento de la pobre Carlota es una estupidez y todo el mundo, excepto las hermanas Creswell, lo sabe —dijo Prue Gibson, riéndose—. No, decía que tenía mejores cosas que hacer y lo decía en serio. Me he casado hace poco.

—Oh, enhorabuena —dijo Anne sinceramente.

—Tendremos que esperar para ver si merece realmente la enhorabuena. Éste es mi tercer matrimonio y el cuarto de Harold. Hoy en día no merece la pena precipitarse a sacar conclusiones acerca de cómo van a marchar las cosas. Pero es un anillo bonito, ¿no les parece? —preguntó haciendo girar el precioso diamante que llevaba en el dedo.

—Es precioso —comentó amablemente Anne.

—Harold tiene una buena posición en el mercado de bolsa. De hecho, dice que quiere que deje mi trabajo. Estoy en una de esas agencias de contrato de servicio temporal a domicilio. Harold dice que deberíamos hacer un crucero alrededor del mundo.

—Pues parece mejor que lo de guardar casas —observó Julián, tomándose el café lentamente.

—Me da la sensación de que lo sería —replicó Prue con una sonrisa irónica—. Pero acepté este encargo cuando la antigua guardesa se retiró, y le prometí a la nueva propietaria que me quedaría hasta que ella se mudara y encontrara a alguien

permanente. Este sitio requiere mucho trabajo diario. No puede quedarse vacío mucho tiempo, de lo contrario, empieza a parecer realmente encantado.

—¿Así que no trabajaba usted para mi otra tía? ¿La antigua actriz de cine? —le preguntó Anne.

Miró desaprobadoramente la taza de café de Julián. No había probado bocado.

—Qué va. Cuando murió, la antigua guardesa, que ya era muy mayor, se retiró. Tengo entendido que la vieja actriz era bastante agradable, si no te importaban las excentricidades. Solía dormir en una habitación diferente cada noche, me dijeron. Ya veo que ustedes han encontrado una de las más interesantes. ¿Cuándo piensan casarse?

—Bueno… esto… aún no hemos fijado la fecha —respondió Anne antes de que Julián pudiera abrir la boca.

Miró, ceñuda, a su falso prometido:

—¿No vas a comer nada?

—No tengo hambre —replicó él.

—Bueno, pues vas a comer —declaró Anne firmemente.

Se levantó y le llenó un plato. No estaba dispuesta a que retrasase su recuperación.

—Te he dicho que no tengo hambre, Anne —había una nota muy familiar de irritación en su suave gruñido.

Anne no le hizo caso y le puso el plato delante.

—Necesitas proteínas. Ahora come y ya chillarás después.

Julián bajó la mirada hacia el plato y luego miró a Prue.

—Tal vez ahora entiendas por qué no hemos fijado aún la fecha de la boda —observó—. Aún tenemos que dejar claras unas cuantas cosas.

—¿Quiere decir que no está seguro de poder manejar a una mujer enérgica? —le espetó Prue con fingida inocencia.

—¿Así es como llaman a las mujeres mandonas y entrometidas hoy en día? ¿Mujeres enérgicas?

—Eso es —declaró Anne, observando con satisfacción cómo empezaba a comer lo que le había puesto—. Soy enérgica. Y además, tengo la impresión de que no soy la única que lo es en esta casa. Estoy segura de que Prue está de mi lado. Cómete la tostada.

—Al parecer me ganáis dos a uno.

—Tres a uno —comentó Anne, sonriendo—. No te olvides de Carlota. Por lo que he leído, ella era también de las enérgicas.

—Es cierto —asintió Prue—. La leyenda dice que tenía ideas propias y el valor de desafiar a su marido. Y aquello no era fácil en aquellos tiempos.

Entonces le tocó sonreír a Julián con fría arrogancia.

—No olvidemos lo que le sucedió finalmente.

Aquel comentario puso fin a la discusión. Julián se acabó el desayuno con la actitud de quien ha conseguido una gran victoria.

Después de desayunar, Julián anunció su intención de explorar la casa.

—Hágalo a su gusto —dijo Prue desenfadadamente—. Voy a quitar un poco el polvo y a comprobar que las habitaciones estén listas para sus cazafantasmas.

Anduvo un par de pasos hacia atrás con las manos llenas de platos y abrió la puerta de la cocina con el codo.

Anne reconoció los gestos y sonrió irónicamente.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando en un restaurante, Prue?

—¿Se nota? —preguntó Prue, sorprendida.

—Cuando te he visto andar de espaldas y abrir la puerta me he acordado de cuando yo trabajé en un restaurante.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo estuviste tú con las mesas?

—Pues trabajé por temporadas durante cuatro años, cuando estaba en la universidad.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas? Quiero decir, cuando no estás haciendo de anfitriona para grupos de chiflados.

Julián intervino antes de que Anne pudiera responder.

—Es ayudante de investigación en una prestigiosa universidad del medio oeste.

A Anne le sorprendió levemente el tono de su voz. Le daba la impresión de que no le gustaba su trabajo.

—No te dejes impresionar, Prue —dijo, sonriendo—. No trabajo en un laboratorio ni llevo a cabo experimentos interesantes. Tengo experiencia como bibliotecaria y trabajo como investigadora de archivos para un profesor de historia que está escribiendo un libro sobre las batallas del siglo diecinueve.

—¿Crees que lo va a leer alguien si llega a escribirlo? —le preguntó Julián suavemente.

—Oh, estoy seguro de que lo tomará como libro de texto para sus clases. Una audiencia pequeña, pero garantizada —dijo Anne con una breve risa—. El problema con la historia no es que la gente no la lea, sino que parece no aprender de ella.

Prue se rió y desapareció en la cocina. Julián siguió sentado, contemplando a Anne.

—¿Realmente te gusta ese trabajo? —le preguntó al cabo de un momento.

De nuevo le sorprendió una leve hostilidad en su tono de voz.

—Es un buen trabajo. Sí, me gusta. Puede que carezca de parte de la excitación y el estímulo que tiene tu trabajo, pero…

—Que tenía mi trabajo.

Ella frunció el ceño.

—Julián, sé que estás disgustado porque no vas a volver a trabajar en tu antigua profesión, pero no esperes que lo sienta. En lo que a mí respecta, cuanto más alejado estés de este trabajo, mejor.

—Me pagaban bien —señaló simplemente.

—¿Y qué?

—Que podría haber ofrecido… —se interrumpió bruscamente y se quedó mirando su taza vacía de café—. Da igual. Los parados a veces nos ponemos de malhumor.

—¿Es cierto eso? —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Qué hacemos ahora? ¿No tendríamos que elaborar algún plan?

Julián se puso de pie.

—Probablemente. Por eso había pensado en explorar la casa. Voy a comprobar qué sistema de seguridad tiene.

—¿Por qué?

—Primero, porque si conozco qué tipo de cerrojos y otros sistemas de seguridad existen, sabré qué esperar si Craven y su grupo regresan para consumar el robo. Y segundo, porque sé un poco sobre seguridad en general. Se supone que era ese tipo de experiencia la que venías buscando cuando llamaste a mi puerta.

Anne alzó la barbilla.

—No tienes por qué decírmelo en ese tono.

Él cerró los ojos.

—No te lo estaba diciendo en ningún tono. Aunque merecerías que te gritara. Por favor, no vuelvas a tratarme como un niño pequeño en la mesa, Anne.

—Tienes que comer —replicó ella obstinadamente.

—Soy muy consciente de mis necesidades. Y estoy capacitado para ir a buscar lo que sea preciso para satisfacerlas.

Tras decir aquello, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Anne suspiró y decidió que lo que necesitaba ella era un largo paseo por la playa. Se fue a la cocina a preguntarle a Prue cuál era la mejor forma de bajar el acantilado.

Veinte minutos más tarde, Julián observaba desde una ventana del piso de arriba cómo Anne descendía por el estrecho sendero que conducía a la cala sobre la que se cernía la casa. Se movía cautelosamente y Julián supuso que el camino era peligroso. Cuando volviera, tendría que oír unas cuantas palabras de advertencia bien escogidas respecto al hecho de bajar sola el acantilado. Aunque sabía que no se las iba a agradecer, pensó Julián sombríamente. No podía ser más testaruda y arrogante. También era suave, dulce y deliciosamente vulnerable en la cama. La combinación resultaba cautivadora.

Recordando que tenía trabajo que hacer, Julián se apartó de la ventana y fue a comprobar el cerrojo de la habitación de Anne. Estaba dispuesto a protegerla a toda costa. En realidad, era el único motivo por el que estaba allí. Si Craven era realmente un criminal, lo prioritario era proteger a aquella enérgica damita que había urdido la absurda situación en la que Julián se encontraba en aquel momento.

No le gustó que la puerta de Anne se pudiera abrir con una llave desde el exterior, así que se pasó unos minutos alterando el mecanismo para que sólo pudiera abrirse desde dentro. Fue un juego de niños para él. Tenía que agradecerle al gobierno que le hubiera proporcionado una formación especializada, y probablemente sin salida en el mercado laboral, pensó sombríamente. Además, a Anne seguro que sólo le interesaban los tipos con carrera.

Cuando Craven y su pequeño equipo llegaron en un coche tres horas más tarde, una de las primeras cosas que notó Anne es que dos de los personajes del trío tenían un aspecto de lo más académico. Por algún motivo, aquello la sorprendió. Ninguno de ellos era como se lo había imaginado.

—Thomas Craven —dijo un hombre elegante y afable mientras

abría la puerta—. Creo que nos esperaban.

Sonrió amablemente y se ajustó las gafas de montura metálica sobre la nariz. Anne sabía que Craven tenía unos cincuenta años, pero no se le había ocurrido pensar que se pudiera parecer tanto al digno profesor de historia para quien trabajaba. Calvo, con unos simpáticos ojos grises y un bigote muy cuidado, Craven no habría desentonado entre el profesorado de ningún campus.

—Por favor, entre, señor Craven. Soy Anne Melton —le dijo Anne afablemente—. ¿Le avisó mi tía de que yo iba a venir?

—Naturalmente, naturalmente. Pobre señorita Creswell. Me da la impresión de que está muy preocupada por el espíritu que mora en la casa. No hay que tener tanto miedo a quienes están en el más allá. Aún no he conocido ningún caso en que un espíritu haya causado ningún daño físico a los habitantes de una casa. Pero ciertamente entiendo que resulta inquietante tener cerca a un ser de otro mundo —se dio la vuelta y señaló a las dos personas que estaban tras él—. Ésta es Sara. Sara es médium.

—¿Médium? —inquirió Anne.

Clavó la mirada en la joven que tenía delante. Sara era una belleza etérea. Su pelo largo y rubio, partido por la mitad y suelto hasta la cintura, enmarcaba un rostro delicado y transparente y un par de ojos verdes y soñadores. Todo en aquella mujer era exquisito como el cristal. Parecía como si fuera a quebrarse si alguien la tocaba con demasiada fuerza. Mientras Anne hacía la pregunta, mantenía la vista fija en Julián, que esperaba a un lado en silencio.

—Sí, tiene la capacidad de entrar en comunicación con los espíritus, señorita Melton —le explicó Craven—. Sara posee un don especial. Será ella quien realmente detecte al espíritu, si existe alguno, y tal vez, si hay mucha suerte, consiga comunicarse con él.

—¿Qué tal estás, Sara? —consiguió decir Anne amablemente.

No se necesitaba ningún don especial para darse cuenta de que Sara no estaba especialmente interesada en las formalidades.

—No he entendido tu apellido.

—No tengo apellido —le dijo la joven con una voz suave—. Soy simplemente Sara.

—Oh.

—Y yo soy Dan Hargraves.

El atractivo joven que se adelantó a Sara y le ofreció la mano era

abierto y natural.

—Soy el ayudante del señor Craven. Llevo a cabo las investigaciones de archivo y tomo las notas. Pero no dejo de ser un secretario, me temo.

—Conozco la sensación —dijo Anne impulsivamente, respondiendo a su naturalidad sin darse cuenta—. Yo también soy ayudante de investigación. Y hay veces en que siento no haber hecho un buen curso de secretaria.

Él sonrió mientras le estrechaba la mano, y sus ojos color avellana brillaron débilmente. Su pelo era castaño claro y lo llevaba un poco largo, pero muy bien cuidado. Iba vestido más informalmente que los otros dos y emanaba un cierto encanto muy atractivo.

Sobre todo si se comparaba con la presencia oscura, casi siniestra de Julián, que seguía esperando en silencio a ser presentado. Anne se apresuró a hacerlo.

—Mi prometido, Julián Aries —dijo rápidamente, señalándole con la barbilla. En su interior se alegró de no haberse trabado con la palabra «prometido»—. Está… eh… pasando un par de días de vacaciones.

—¿Ah, sí? —Thomas Craven le estudió con interés—. ¿Y en qué está trabajando?

—Mi prometida estaba simplemente siendo amable al decir que estoy de vacaciones —replicó Julián secamente, lanzando a Anne una mirada de soslayo—. De hecho, estoy en paro en este momento. ¿Necesitan ayuda con el equipaje?

Salió fuera, sin esperar respuesta. Dan Hargraves fue a ayudarle.

—¿Hay alguien más en la casa, señorita Melton? —preguntó Craven amablemente mientras entraban en el vestíbulo.

—Sólo la guardesa, Prue, que se va a quedar estos días. Pronto la conocerán. Ha salido a hacer la compra. Y, por favor, llámeme Anne —mientras les guiaba hacia las escaleras, siguió hablando con animación—. Los dormitorios son un poco raros, pero bastante interesantes.

—Fascinante —observó Thomas Craven mientras él y Sara seguían a Anne escaleras arriba—. Su tía ha heredado algunas magníficas obras de arte, Anne.

—¿Oh, se refiere a los Ballards y los Renfrews? —dijo Anne con

naturalidad, mirando a las acuarelas que decoraban las paredes de la escalera—. Sí, son muy bonitas si le gusta a usted ese estilo. A mí nunca me han entusiasmado, la verdad.

—De todas formas, valen una auténtica fortuna —murmuró Craven, deteniéndose a examinar una con mayor detalle.

—Ballard y Renfrews eran amigos de mi otra tía. La que compró originalmente esta casa. Creo que fue algo así como una mecenas para ellos cuando eran jóvenes y estaban luchando para salir adelante. Ellos se lo pagaron regalándole varias obras.

—Interesante —dijo Craven, sonriendo.

Sara se mantuvo en silencio. Parecía estar perdida en sus pensamientos mientras subía las escaleras detrás de Craven y Anne. Probablemente estuviera ocupada detectando espíritus, pensó Anne despiadadamente. O decidiendo si valía la pena adquirir falsificaciones para sustituir a los Ballards y Renfrews una vez hubieran sido misteriosamente robados. Anne tomó mentalmente nota para decirle a Julián que Craven ya había demostrado interés por las obras de arte.

Más tarde, después de cenar, Craven se sirvió una copa de la botella de vino y les explicó los procedimientos que iban a emplear para llevar a cabo su tarea. Era un excelente conversador y, a pesar de lo que sabía de él, Anne se sorprendió escuchando con profundo interés lo que contaba. Resultaba difícil creer que aquél era el hombre a quien su hermano había estado intentando atrapar. Por primera vez, Anne comenzó a preguntarse si Michael no podría estar equivocado, pero Lucy había dicho que estaba seguro de que había sido él quien había tratado de matarle.

Algo inquieta, Anne trató de sacar impresiones de los tres cazafantasmas mientras charlaban después de cenar. Cuando finalmente Craven se excusó para irse a la cama, tuvo que reconocerse a sí misma que estaba cada vez más confusa. ¡Aparte de Sara, que era un tanto rara, aquella gente era bastante encantadora!

—Estoy deseando empezar este encargo —le dijo afablemente Dan mientras seguía a Anne a la cocina una vez Craven se hubo retirado.

Prue hacía tiempo que se había ido a casa y Anne iba a fregar las tazas y los platos que habían usado para el café.

—¿Tiene algo especial? —le preguntó Anne amablemente.

Se preguntó de qué estarían hablando Julián y Sara en la sala de estar.

—En principio tiene lugar aquí, en California —dijo él, riéndose—. Siempre había deseado visitar California. ¿Pasabas mucho tiempo aquí de pequeña?

—Eh, no, a mi tía no le gustaban mucho los niños —dijo ella evasivamente.

—Qué lástima. No consigo imaginar nada mejor que pasar los veranos en esta costa. ¿Está el océano justo debajo de nosotros? —preguntó, asomándose a la ventana de la cocina.

—Sí.

—¿Te importa si salgo a la terraza un momento? Me gustaría echarle un vistazo a esa cala que mencionaste.

—No podrás ver mucho ahora —le advirtió Anne—. No hay luna suficiente para… —Su voz se fue apagando mientras Dan abría la puerta de la cocina.

Picada por la curiosidad, le siguió a la amplia terraza de ladrillo. El viento del océano estaba helado, y transportaba el aroma del mar y la promesa de una tormenta. La poca luna que había estaba oscurecida por las nubes.

—Es emocionante, ¿verdad? —murmuró Dan, mientras se apoyaba en la barandilla y contemplaba el sombrío océano—. No me cansaría nunca de contemplar el mar de noche.

—A mí me parece más bien peligroso —dijo Anne, acercándose a él—. Claro que yo nací en el Medio Oeste. Nunca me he sentido a gusto del todo cerca del mar. Supongo que prefiero los lagos.

Dan se rió suavemente, se acercó más a ella.

—La vida es más divertida cuando contiene un elemento de peligro. Tal vez ése es el motivo por el que estoy trabajando para Craven.

—¿Es un trabajo peligroso?

—Oh, no realmente, pero no cabe duda de que se encuentra uno con historias y acontecimientos extraños. Para serte sincero, Anne, nunca había creído en los fantasmas hasta que empecé a trabajar con Thomas Craven. Él y Sara me han convencido realmente de que hay algunas cosas muy extrañas en el mundo. Cosas que no pueden ser fácilmente explicadas por la ciencia moderna.

—Debe de ser fascinante —observó Anne con cautela.

—Lo es. Algún día escribiré un libro sobre ello. Al menos, podré aprovechar nuestras investigaciones.

Anne no pudo evitar sonreír entre las sombras.

—Yo he pensado lo mismo varias veces. Cuando pienso en el esfuerzo y en el tiempo que dedico a investigar para otra persona y en las pocas satisfacciones que…

—Resulta frustrante, ¿verdad?

Durante un largo instante se quedaron mirando en silencio la infinita extensión del mar y luego, con evidente reluctancia, Dan respiró hondo y se separó de la barandilla.

—Será mejor que vaya a acostarme a esa increíble habitación estilo Cleopatra. Ha sido un día muy largo.

Pero no se movió durante un minuto o dos. Sus ojos estudiaron el rostro de Anne bajo la débil luz que emanaba de la cocina.

—Sí —dijo suavemente, casi para sí mismo—. Estoy realmente deseando comenzar este trabajo. Y no sólo por el océano. Buenas noches, Anne.

Anne contempló en silencio cómo Dan volvía a meterse en la casa. Un hombre muy agradable. Y con el que, además, tenía algo en común. La puerta se cerró tras él, y se quedó sola en la terraza. Hacía bastante frío y humedad y decidió meterse ella también en la casa. Estaba a punto de hacerlo cuando la voz de Julián le llegó desde el otro extremo de la terraza.

—Se denomina «divide y vencerás» y, aunque es una estrategia muy antigua, resulta notablemente efectiva.

Sobresaltada, Anne se dio la vuelta y le buscó con la mirada entre las sombras.

—¡Julián! No te había oído. ¿Dónde está Sara?

—Se ha ido a la cama. Decía que estaba cansada.

—Sí, parece necesitar mucho descanso —dijo Anne cáusticamente—. Una chica más bien delicada, ¿no crees?

Julián se encogió de hombros.

—Tal vez se ha encontrado con demasiados fantasmas. No es de eso de lo que quería hablarte, Anne.

—¿De qué quieres hablar? ¿De tu costumbre de espiar a la gente desde las sombras? ¿Cuánto tiempo llevabas ahí, Julián?

—Lo suficiente. No animes a Hargraves, Anne. Se aprovechará.

Anne saltó.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sucede con la dulce Sara? ¿Se aprovechará ella de ti?

—Si la dejo, sí. Como ya te he dicho, se llama «divide y vencerás». Hargraves y Sara son profesionales, ¿recuerdas? Mentirosos, ladrones y posiblemente algo peor, si Michael estaba en lo cierto.

—Pero parecen muy agradables —protestó Anne.

—Hargraves quiere que pienses que es el tipo más agradable que ha existido desde Santa Claus. De esa forma, no se te ocurrirá ni por asomo relacionarle con el robo que va a tener lugar en este sitio en el futuro. Los tres van a hacer todo lo posible por convencernos de que son personas maravillosas. Ya te dije mientras veníamos que vamos a hacer esto a mi manera, Anne, ¿recuerdas? Vas a seguir mis órdenes. Y mi primera orden es que tengas cuidado con Hargraves. Mantenle a distancia. Que no haya más escenitas románticas de noche en la terraza.

Anne sintió que la ira cobraba forma en su interior.

—Estás siendo ridículo.

—No, Anne, sería ridículo si no me asegurara, desde el principio, de que tuvieras muy presente que soy yo quien da las órdenes. Ahora vuelve adentro y acuéstate. Es tarde y hace frío aquí fuera.

Anne parpadeó, un poco asombrada por la frialdad de su voz. Julián no estaba hablando llevado por el disgusto o la irritación. Su actitud era fría y profesional y no admitía réplicas.

Mientras Anne volvía a entrar en la casa con la barbilla muy alta, experimentó un claro sentimiento de aprensión que no tenía nada que ver con fantasmas, sino con la súbita constatación de que Julián Aries en pleno trabajo iba a resultar mucho más difícil de tratar que Julián Aries en proceso de recuperación de sus fiebres y heridas.

Capítulo 7

Fue el viento lo que despertó a Anne varias horas más tarde. Al menos, aquello fue lo que supuso que la había hecho agitarse dentro de los confines del lecho rodeado de velos. Era un viento ululante que arrastraba la lluvia… un viento propicio para las pesadillas. Medio dormida, Anne se preguntó si a Craven y compañía les gustaría aquel toque de ambiente que les ofrecía la tormenta.

Se volvió sobre sí misma para arreglar el almohadón y entonces fue cuando vio a la figura a los pies de su cama. Anne se quedó paralizada, con la vista clavada en la aparición, borrosa por los velos.

—No —susurró—. No, por favor…

—¿Creías que te iba a dejar dormir sola esta noche, después de la escenita con Hargraves en la terraza?

—¡Julián!

—Hoy no vamos a jugar —dijo él desde el otro lado del velo, mientras comenzaba a desabrocharse el cinturón.

—Julián, por favor, no sé qué estás pensando, pero sé que no quiero tenerte aquí esta noche.

Y era la verdad. No quería a aquel hombre hasta que no acudiera a ella con amor. Anne había llegado a aquella conclusión. Pero no estaba segura de ser capaz de rechazarle. Su propio amor por él debilitaba su voluntad.

—Estoy aquí, Anne. Esta vez te prometo que por la mañana no podrás fingir que nada ha ocurrido.

Ya se había quitado los pantalones y estaba apartando el velo.

Instintivamente, Anne se encogió y su pulso comenzó a latir violentamente mientras una mezcla de intensas emociones recorría su cuerpo.

—No tienes hacia donde huir. Esta noche, no. Ni mañana. No tienes la menor oportunidad desde que acudiste estúpidamente a mi puerta. —Julián se agachó sobre la cama y alargó hacia ella los brazos.

—Julián, sabes perfectamente que no se me ha pasado por la cabeza comprometerme de ningún modo con Dan.

Anne permanecía inmóvil. Algo le decía que, si intentaba luchar, no conseguiría más que Julián la apretara más contra la cama.

—Sí que lo sé —convino él—. Y mañana por la mañana tú también lo sabrás. Y también sabrás que no habrá más profesores de inglés ni de historia, ni más terapeutas del departamento de educación física. Después de esta noche, no habrá nadie más que yo.

De pronto, la ira invadió a Anne.

—Estás haciendo esto solamente para poder dominarme, ¿verdad?

—Lo extraño es que durante estos últimos seis meses, no se me pasó por la imaginación que fuera capaz de dominarte así —dijo con voz ronca mientras posaba su fuerte muslo sobre la parte inferior de su cuerpo—. Ni dejaba de decirme que necesitabas a alguien más fuerte… que tendría que esperar a estar totalmente recuperado. Mi orgullo me impedía presentarme ante ti hasta que no estuviera seguro de que no ibas a sentir compasión por mi debilidad.

—Oh, Julián —susurró ella, alzando la mano, para acariciarle la mejilla—. Si hay algo que nunca he sentido por ti es compasión.

—Eso lo sé ahora. Creo que lo supe aquella primera noche, cuando te seduje en la cabaña, ¿recuerdas? Te hice el amor hasta dejarte sin fuerzas. Te rendiste aquella noche, lo sabes muy bien. No era compasión lo que sentías. De hecho, te asustaba un poco darte cuenta de lo completamente que te habías rendido a mí, ¿no es cierto? Por eso negaste todo a la mañana siguiente.

Bajó la cabeza y le acarició la garganta con los labios. Al darse cuenta de que se estremecía, emitió un gruñido de satisfacción.

—¿Tienes idea de cómo me sentí al saber que tenía ese poder

sobre ti? ¿Incluso al borde de un ataque de fiebre?

—Julián, no quiero que las cosas sean así entre nosotros. No quiero que me hagas el amor porque te proporciona un sentimiento de… poder. Debería significar algo diferente… algo más importante.

Él bajó la mirada hacia sus ojos suplicantes y trazó el contorno de sus labios con el pulgar.

—Cariño, no sabes lo importante que es para mí sentir esta sensación de poder sobre ti. No sabes lo bien que me hace sentir saber que puedo hacer que te rindas totalmente. Créeme, después de tantos meses pensando que yo no era el mismo hombre por el que te habías sentido atraída en un principio, me resultó profundamente satisfactorio saber que aún podía hacer que me desearas.

—Eres un maldito arrogante —dijo ella, jadeando.

«Y sabes exactamente cómo desarmarme», añadió silenciosamente. No tenía forma de combatirle aquella noche. Y menos, después de aquella confesión. A Anne le resultaba incomprensible que hubiera podido pensar que ella no se sentiría tan atraída por él como hacía seis meses.

—Y eres demasiado orgulloso —le dijo.

—Pero puedo hacer que te estremezcas entre mis brazos, ¿verdad?

—Sólo porque…

—¿Porque qué?

Anne suspiró, resignada, y se aferró a sus fuertes hombros. No podía decirle que le amaba. Todavía no. Julián Aries no comprendería aquella emoción. Él veía las cosas en términos más simples y fundamentales.

—Sólo porque eres Julián.

Él ya no dudó más.

—¡Anne…!

Ella sintió sus fuertes dedos en los botones de su camisón de franela y dejó escapar un leve grito cuando introdujo su mano por debajo del tejido.

—Eres tan suave —murmuró—. He soñado con tu suavidad… la he anhelado.

Su boca se deslizó ávidamente desde la base de su garganta

hasta la apertura de su camisón.

Anne sintió cómo la aplastaba contra la cama. Casi sin darse cuenta, se vio despojada del camisón y Julián comenzó a explorar sin trabas su cuerpo.

—¿Te gusta que te toque? —le preguntó él provocativamente, deslizando sus dedos por su estómago hasta el oscuro misterio situado entre sus piernas—. ¿Eh, Anne?

—Ya sabes la respuesta. Oh, Julián, por favor.

—Quiero sentir tus manos sobre mí, cariño.

Su lengua se movía casi hipnóticamente sobre su pezón. Le cogió la mano y se la llevó hasta la musculosa cadera.

—Tócame, Anne. Demuéstrame lo mucho que me deseas.

Ella percibía el anhelo de Julián, y sabía que era tan intenso como el suyo. Tal vez él pensara en términos de poder y dominio. Tal vez el hecho de recobrar aquella arrogancia puramente masculina formaba parte de su recuperación. En cualquier caso, era lo único que él podía ofrecer en aquel momento y Anne sabía que ella no iba a rechazarlo.

Lentamente, acarició los duros contornos de su masculinidad, y sintió un estremecimiento de placer ante su evidente respuesta. No cabía duda de que ella también tenía cierto poder sobre él.

Suavemente, le empujó los hombros hasta que él rodó sobre sí mismo y quedó tumbado boca arriba. Entonces, Anne posó los labios sobre la base de su garganta.

Cuando le hizo sentir suavemente los dientes sobre las tetillas, él emitió un gruñido de placer y deslizó las manos hasta posarlas sobre sus redondeados glúteos. Anne sintió deslizarse su mano entre el calor que bullía entre sus piernas.

Ella cerró los dedos delicadamente en torno a su turgente hombría, arrancándole un grito ahogado de placer. Y entonces él hundió más los dedos en su ardiente humedad y la usó para suavizar y lubricar la carne sensible del interior de sus muslos. Anhelando devolverle parte del apasionado ardor que estaba generando en ella, Anne inclinó la cabeza y cerró íntimamente los labios en torno a su masculinidad.

—Dios mío, Anne, me vuelves loco —se dio la vuelta de nuevo, aplastándola otra vez contra las sábanas—… me vuelves loco.

Atrapó uno de sus hinchados pezones entre los dientes y lo

lamió con exquisita suavidad.

Las manos de Julián se posaron sobre su estómago y luego descendieron. Después hizo el mismo camino con su boca y Anne gritó y hundió los dedos entre su cabello.

La noche y la tormenta se desplegaron a su alrededor, dejando afuera todo lo que no fuera los misterios de la pasión. Julián la hizo el amor con una agresividad desinhibida que excitó a Anne más de lo que nunca habría soñado. La convirtió en una criatura que gozaba y exigía. La intensidad de su propio deseo la asombraba, y la respuesta cada vez más apasionada de Julián arrebataba sus sentidos.

Cuando él finalmente se dispuso a cubrir su cuerpo con el suyo, ella le urgió y le atrajo hacia sí. Y un segundo después, él la inundó con su formidable dureza.

—Julián, Julián —jadeó ella mientras él se introducía totalmente en su cuerpo.

Anne estaba aplastada bajo su peso, con las piernas abiertas, sintiéndose absolutamente vulnerable. Se sentía al mismo tiempo violada y violadora… era la poseída y la que poseía. Envolvió a su amante con su cuerpo y le clavó los pequeños dientes en su fuerte hombro mientras él aumentaba la intensidad y la potencia de su ritmo.

Cuando le llegó el momento de la total liberación, Anne se aferró al hombre que se lo había proporcionado, negándose a soltarle hasta que no se uniera a ella en el éxtasis. Tuvo la inmensa satisfacción de oír su nombre en los labios de Julián mientras se arqueaba violentamente contra ella, y luego las espesas sombras les rodearon.

Pasó un largo rato antes de que Julián se moviera y, de mala gana, separara su cuerpo del suyo. Luego la abrazó dulcemente.

—Recuerda esto la próxima vez que Hargraves utilice sus encantos —trazó perezosamente un círculo en torno a su pecho—. Recuerda que ahora me perteneces. Fuiste tú quien viniste a buscarme, cariño. Y vas a tener que tomar lo que has encontrado.

Ella se apoyó en un codo y bajó hacia él la mirada.

—Eso suena muy posesivo —susurró.

—Me siento posesivo.

—¿Estás celoso de Dan?

—Digamos simplemente que estoy tomando medidas para protegerte de él.

—Estás celoso —le acusó suavemente.

Julián dudó, como si estuviera considerando sus palabras.

—Hargraves va a desplegar todos los cebos que yo no puedo ofrecerte.

—¡Eso es ridículo!

—¿Ah, sí? Va a mostrarte lo mucho que tenéis en común, lo similares que son vuestros intereses profesionales, lo encantador y lo considerado que puede llegar a ser.

—Está con la gente que intentó matar a Michael. ¿Cómo iba a sentirme atraída por él?

—Esta noche ya has empezado a dudar de su implicación. Los tres eran tan agradables, dijiste. ¿Recuerdas?

—Bueno, es que lo son. Al menos Craven y Dan. Todavía no sé qué pensar de Sara. ¿No te parece un poco afectado lo de no decir el apellido?

—Va con la imagen.

—Supongo. Julián, no tienes por qué preocuparte de que se me olvide la razón por la que estoy aquí —le dijo Anne con vehemencia —. Al fin y al cabo, soy yo quien ha tramado todo esto. ¡Es mi hermano quién está en el hospital!

—Cariño, no estás acostumbrada a tratar con delincuentes. Cuanto más agradables sean y más encantadores parezcan, más vas a poner en cuestión tus sospechas.

—Así que anoche me asaltaste en un esfuerzo por recordarme que eres tú quien está al mando y que yo no tengo que dejarme embaucar, ¿no es eso? —Le miró airadamente.

Julián la contempló con una expresión entre divertida y especulativa.

—¿Así es como lo has considerado? ¿Como un asalto?

—Me diste un susto de muerte apareciendo de esa forma al pie de mi cama —le acusó ella—. Al principio pensé que era ella…

—¿Ella?

—El fantasma que creí ver la otra noche. El de mi sueño. No podía verte bien a través de este estúpido velo.

—Siento haberte asustado —agachó la cabeza y le rozó la oreja con los labios.

—¿Pero no sientes haberme asaltado? —dijo ella, desafiante.

—No. De hecho, estoy pensando seriamente en volver a hacerlo.

Ella volvió la cabeza, asombrada.

—¿Ah, sí?

—Ummm. Pero antes quiero que reconozcas que recuerdas lo de la primera noche en la cabaña.

—Nunca —declaró ella altivamente.

—Nunca es un plazo de tiempo muy largo. Pero no tan largo como lo que queda de noche —le puso la mano en el estómago—. No tiene sentido que sigas negándolo, cariño. Sé que te arrastré hasta la cama aquella noche. He llegado a ser un experto en distinguir entre realidad e ilusión últimamente.

Anne alzó la vista hacia él.

—Tal vez yo no pueda decir lo mismo.

Y había algo de cierto en aquello. Al fin y al cabo, ¿no se estaba dejando arrastrar por la ilusión cuando soñaba en un futuro de amor junto a Julián Aries?

Entonces, él volvió a acariciarla, y ya dejó de importarle la diferencia entre lo real y lo irreal. Sólo importaban las caricias de Julián.

* * *

Cuando Anne y Julián entraron en la sala del desayuno a la mañana siguiente, encontraron a Thomas Craven enzarzado en una animada conversación con Prue Gibson.

—Buenos días —les saludó alegremente Prue, sirviéndoles sendos cafés—. ¿Qué tal han dormido esta noche? Menuda tormenta hemos tenido, ¿eh? Le estaba precisamente contando a Thomas que la leyenda cuenta que la pequeña Carlota trató de huir de aquí en una noche como ésta.

—Nunca he acabado de comprender por qué los fantasmas y las tormentas van juntos —dijo Thomas afablemente mientras se tomaba el café—. Pero existe una clara relación. En muchos casos que he investigado, los espíritus se sienten más intensamente cuando se produce una fuerte tormenta. Será interesante ver si Sara experimentó alguna emanación ayer noche.

—Yo supongo que si los fantasmas y las tormentas van juntos será porque la imaginación de la gente se hace más vivida durante las tormentas —observó fríamente Julián mientras le tendía una taza de café a Anne.

—Parece escéptico, Julián —dijo Craven, sonriendo—. Pero era de esperar. La mayoría de las personas lo son hasta que ven realmente a un espíritu o asisten a los efectos de alguno. Yo mismo solía reírme de todo esto, pero con mi trabajo, uno se convence rápidamente. Traté de refutar las leyendas y cuentos que había estado recogiendo, pero descubrí que me resultaba imposible negar lo evidente. Sin embargo, sigo manteniendo un planteamiento científico del asunto, y en muchos de los casos que he investigado, he acabado demostrando que no existía ningún espíritu. En otros casos, mis amigos y yo hemos conseguido traer la tranquilidad a hogares en que existían problemas de este tipo.

Julián se encogió de hombros con evidente desinterés.

—Bueno, es el dinero de la señorita Creswell. Si la tía de Anne quiere pagarles por limpiar de fantasmas la casa, es asunto suyo.

—Aun así —observó Dan Hargraves desde el umbral— debe resultarle un poco escandaloso a un hombre que se encuentra actualmente sin empleo ver cómo se gasta tanto dinero en algo tan frívolo. Claro que supongo que será capaz de adoptar una visión más a largo plazo. Al fin y al cabo, va usted a casarse con una de las herederas de la señorita Creswell, ¿no?

El silencio que siguió a aquel provocativo insulto fue roto tan sólo por la tos de Anne al atragantarse con el café. No podía creer que Dan tuviera el valor de desafiar de aquella forma a Julián Aries.

Y lo mismo parecía sucederles a los demás presentes en la habitación. Incluso Prue se quedó momentáneamente silenciosa por el asombro. Craven parecía dolido. Anne estaba tratando de encontrar palabras para suavizar la situación cuando Julián habló.

—Puede ahorrarse sus poco sutiles insultos, Hargraves. Anne y yo nos comprendemos muy bien —sus ojos dorados se dirigieron hacia ella, y Anne sólo vio advertencia en sus profundidades—. Ella sabe, por ejemplo, qué es lo que hace sólida nuestra relación, y no tiene nada que ver con el dinero. ¿No es cierto, cariño?

Anne sintió que la invadía la ira. Se daba cuenta de que Julián estaba imponiéndole públicamente un sello de propiedad. Un sello

que complementaría al muy privado que le había impuesto ya aquella noche. Consiguió con gran esfuerzo resistir el impulso de mandarle al diablo. Comunicándole con la mirada su ira, logró que una forzada sonrisa apareciera en su rostro.

—Oh, sí, Julián y yo nos comprendemos muy bien.

Pero él no la comprendía. En absoluto. Y ella empezaba a preguntarse si alguna vez lo haría.

Fue Sara, al aparecer en el umbral, quien consiguió por fin que desapareciera la tensión del momento. Todo el mundo se volvió hacia ella cuando hizo su entrada. Porque fue una auténtica «entrada», pensó Anne. Pálida, maravillosamente lánguida, cubierta con una túnica de gasa y encaje. Sara tenía algo de fantasmal. Se había peinado cuidadosamente su pelo rubio, que caía como una cortina de seda sobre sus hombros. A Anne se le ocurrió que había tenido que emplear bastante tiempo para conseguir aquel aspecto. Se preguntó si tendría mucho éxito con aquella apariencia de fragilidad.

—Ella está aquí, Thomas —susurró Sara—. He sentido su presencia esta noche. Oh, Thomas, está sufriendo una auténtica agonía. Debemos liberarla —su voz se quebró con aquellas últimas palabras y corrió hacia Craven.

Thomas le dio unas palmaditas con lo que a Anne le pareció más que simple cariño paternal.

—Muy bien, Sara. Muy bien, querida. Cálmate. Todo va a salir bien. Perfectamente.

Sara sonrió delicadamente y una única y cristalina lágrima apareció en su mejilla. Aquella mujer estaba haciendo estupendamente bien su papel, pensó Anne, lanzando una mirada irónica a Julián. Pero la ironía se convirtió en ira cuando se dio cuenta de que Julián estaba mirando a la otra mujer con expresión de fascinada preocupación.

—¿La viste realmente o sólo pudiste detectar su presencia? —preguntó Dan en un tono pragmático.

—Ayer noche sólo pude sentirla. Estaba en mi habitación. Vino a buscarme porque sabe que puedo comunicarme a cierto nivel con ella. Está desesperada. Lleva confinada mucho tiempo, encerrada en esta vieja mansión, construida sobre las ruinas de su hogar. Es una criatura muy triste.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Julián, interesado.

—Tenemos que establecer un contacto más definitivo —le explicó Craven—. Sara sólo puede conseguir eso por medio de un trance provocado.

—¡Una sesión de espiritismo! —exclamo Prue, encantada—. ¡Qué emocionante!

—Bueno, realmente no es tan divertido —le dijo Dan con una leve sonrisa—. Puede ser muy traumático en ocasiones, y siempre deja a Sara agotada durante el resto del día.

—Sin embargo, es la única forma que tenemos de determinar exactamente qué requiere el espíritu para ser liberado —dijo Craven con un suspiro.

Anne recordó la historia que había investigado.

—Según la leyenda, Carlota regresa para buscar algo. ¿Tendremos que encontrarlo para poder liberarla?

—No necesariamente. Normalmente, en casos como éste, el espíritu ha quedado como atrapado en un bucle temporal.

—¿Un bucle temporal? —preguntó Julián—. ¿Algo así como un bucle en el programa de un ordenador?

—No es una mala analogía —dijo Craven, complacido—. En el caso del ordenador, el programa se atasca entre dos puntos A y B, volviendo continuamente de uno a otro sin poder salir. Para corregirlo, hay que introducirse en el programa y encontrar el fallo que ha producido el bucle. Algunos espíritus que murieron de un modo repentino y violento parecen quedar atrapados en una especie de trampa… son incapaces de liberarse de sus vínculos terrenos, pero ya no forman parte del mundo real. Su desesperación es a menudo lo primero que Sara percibe. De alguna forma, tenemos que romper ese bucle cíclico.

—¿Cuándo vamos a celebrar la sesión? —inquirió Prue.

—Creo que esta tarde —anunció Craven, lanzando una mirada a Sara para ver si le parecía bien—. No siempre funciona la primera vez, sin embargo. Puede que sea necesario hacer dos o tres sesiones para conseguir un nivel adecuado de comunicación.

—Ya veo —dijo Anne secamente—. Bueno, Sara, come bien. Tienes aspecto de necesitar energía. Pareces un poco cansada —añadió con excesiva dulzura.

Julián le lanzó a Anne una mirada medio divertida, medio

reprobatoria pero ella se limitó a sonreírle brillantemente.

* * *

La sesión de espiritismo de aquella tarde no fue en absoluto como había esperado Anne. No hubo bolas de cristal ni manteles de terciopelo. La niebla, que había comenzado a levantarse del mar, era el único elemento que contribuía a proporcionar cierta atmósfera misteriosa en el exterior. Craven había decidido que usaran la sala de estar como lugar de operación.

—Podemos encender un fuego en la chimenea —explicó—. Sara suele tener frío cuando entra en trance. El calor puede ayudarla.

Julián no ofreció ninguna opinión sobre el tema. Se puso manos a la obra y en pocos minutos había encendido el fuego. Anne estaba observando que la pierna parecía no importarle tanto a pesar del frío y la niebla, cuando se dio cuenta de que no era la única que le estaba contemplando mientras encendía el fuego. La mirada pálida y obsesiva de Sara estaba también clavada en él. De hecho, pensó Anne, disgustada, Sara le había estado prestando mucha atención desde el principio.

—Gracias, Julián —murmuró la rubia con su suave voz—. Pronto agradeceré mucho ese calor. A veces siento un terrible frío…

—Te vendría bien ponerte un jersey y pantalones en lugar de ese camisón tan ligero —le sugirió Anne.

Sara le lanzó una mirada de reproche. Julián, que estaba detrás de la rubia, la miró con furia. Anne les ignoró a los dos.

—Tengo que sentirme libre cuando trato de comunicarme —le explicó dulcemente Sara—. El llevar ropas sueltas y ligeras me ayuda a sentirme más libre.

—Bueno, ahora creo que ya estamos todos preparados —dijo Craven—. No hagas excesivos esfuerzos, Sara. Llega sólo hasta donde puedas cómodamente. Veamos si conseguimos hacer contacto.

—¿No nos sentamos en círculo cogidos de la mano? —preguntó Prue.

—Me temo que ésa es una vieja técnica de charlatán —dijo Dan, riéndose—. Realmente no es necesario en absoluto. Los falsos

videntes querían que todo el mundo estuviera cogido de la mano para que la gente sentada alrededor de la mesa no pudiera tocar accidentalmente los aparatos trucados.

—¿Podremos ver algo si Sara establece contacto con el espíritu? —inquirió Anne con curiosidad.

—Me temo que no. Sólo una auténtica médium pude ver al espíritu e incluso las médiums tienen que confiar más en las sensaciones que en la vista. De vez en cuando se produce alguna manifestación de ruido, pero no es frecuente.

—¡Qué desilusión! —Gruñó Prue.

—Si Sara consigue hacer contacto, podremos hacer preguntas a través de ella. Puede ser muy interesante —dijo Dan desenfadadamente para consolar a la otra mujer.

Craven pidió silencio mientras todos tomaban asiento cerca del fuego. Sara se sentó en el suelo en la posición del loto de cara a las llamas.

Craven apagó las luces de la habitación y Anne se dio cuenta de pronto de cuánto había espesado la niebla. Parecía como si la casa fuera una extraña nave a la deriva en un océano de niebla. Incluso el familiar ruido del oleaje estaba apagado. Sólo el fuego proporcionaba luz y calor.

Se estremeció mientras el silencio invadía la habitación. Sara tenía cerrados los ojos y todo el mundo estaba pendiente de ella.

Hacía un frío terrible en la habitación, se dio cuenta Anne unos minutos más tarde. Nada había sucedido, pero tenía la extraña impresión de que alguien había dejado abierta una puerta en algún sitio y los jirones de niebla se habían abierto paso hasta el interior de la mansión.

Sara quebró la extraña sensación de irrealidad de Anne con un cántico. Aquellas palabras sin sentido parecían alterar algo en la atmósfera. Anne deseó que se callara. Deseaba escuchar, prestar más atención a las danzantes llamas del hogar. Había un mensaje en aquellas llamas, un significado. No, en las llamas no… delante del fuego. El aire delante de la chimenea parecía vibrar débilmente. Anne deseó desesperadamente que Sara interrumpiera su cántico. Resultaba molesto y estaba perturbando lo que quiera que estuviera ocurriendo ante las llamas. Entonces Sara habló.

—Estamos aquí para ayudarte, Carlota —dijo Sara con voz

monótona—. Sólo queremos ayudarte.

Instantáneamente, lo que quiera que hubiese ante el hogar desapareció. Casi inmediatamente, Anne comenzó a sentir más calor. Sacudió la cabeza para librarse de aquella sensación letárgica y cobró conciencia de la sólida presencia de Julián junto a ella. Le miró de soslayo y vio que estaba contemplando fijamente a Sara.

Craven estaba sentado con los ojos cerrados y las manos dobladas sobre su estómago. Dan estaba también contemplando a Sara, pero parecía totalmente relajado. Prue parecía estar profundamente concentrada en Sara. Ninguno de ellos parecía haber sentido aquel súbito frío en la habitación y ninguno parecía ni siquiera levemente aletargado. Tal vez ella era de ese tipo de personas fácilmente hipnotizables, se dijo Anne a sí misma a modo de explicación. Pero aquello no tenía sentido. Aquella extraña sensación la había invadido antes de que Sara comenzara su cántico. Aunque, pensó sombríamente Anne, tal vez había vuelto a dejarse llevar por su imaginación.

—Ayudarte, Carlota. Ayudarte. Sólo deseamos ayudarte. Dinos…

La voz lenta y monótona de Sara estaba empezando a aburrir a Anne. Estaba pensando en que tenía que haber preparado algo de café antes de empezar la sesión cuando de pronto el tono de la rubia cambió.

—Sí —susurró Sara—. Sí. Puedo sentirte, Carlota. Igual que te sentí anoche.

Craven abrió los ojos y se inclinó hacia adelante, mirando intensamente a su ayudante. Dan Hargraves también adoptó un aire de profunda atención. Prue parecía esperanzada, y la expresión de Julián no cambió en absoluto.

Aquello era una absoluta estupidez, pensó Anne, disgustada. No había ningún espíritu en la habitación. Estaba segura. Pero Sara había iniciado una extraña conversación.

—Sé que necesitas ayuda. ¿Puedes decirme qué podemos hacer?

Silencio. Presumiblemente, pensó Anne, el fantasma de Carlota está respondiendo.

—Sí, Carlota. Sé que buscas algo. Pero, ¿qué?

De nuevo silencio.

—¿Paz, Carlota? ¿Justicia? No entiendo. ¿Qué deseas de nosotros?

Todo el mundo se quedó muy quieto durante la siguiente pausa, y de pronto Sara dejó escapar un grito sobresaltado. Las llamas del hogar se alzaron de pronto con un resplandor verde. El verde fluorescente se convirtió en azul y luego en plateado.

Sara se derrumbó hacia adelante, de forma que su pelo dorado se extendió como una cortina en torno a ella. Dan se puso inmediatamente de pie, la alzó en vilo y la llevó hasta un cercano sofá. Craven parecía preocupado, pero no excesivamente.

—Se pondrá bien —les dijo a los otros—. Dadle un par de minutos. ¿Tienes coñac, Prue?

—Hay allí, en el carrito. Iré a buscarlo.

La guardesa cruzó rápidamente la habitación y regresó con una gran copa llena de coñac y la acercó a los labios de Sara. Un momento más tarde, la rubia abrió los ojos y sonrió débilmente a Prue.

—Gracias —murmuró, tomando unos sorbos de coñac.

—¿Realmente la has visto? —le preguntó Prue con expectación.

—Sí. Es un espíritu muy fuerte. Quiere… quiere ser liberado.

—¿Dijo cómo podía hacerse? —le preguntó Dan en voz baja.

—Ha dicho que debía saberse la verdad. Dijo algo de que la leyenda era una mentira. Una mentira que la tiene atrapada allí. Si la verdad es conocida por nosotros, los vivientes, ella podrá finalmente irse al más allá a reunirse con su amado.

—Esa mujer es de ideas fijas —observó Julián—. Hasta como fantasma no piensa más que en salir corriendo con su amante. No me extraña que su marido la estrangulase.

—¡Julián! —Anne se volvió airadamente hacia él—. No sabes nada del asunto. Estoy segura de que Carlota estaba muy enamorada y se sentía atrapada en aquel matrimonio de conveniencia. Todo lo que quería era ser libre.

—Y al parecer es lo que sigue queriendo —dijo Dan suavemente —. ¿Cuándo sabremos toda la historia, Sara?

—Fue culpa mía que se cortara el contacto —dijo Sara con aire contrito—. No podía resistir toda la fuerza de su presencia durante más tiempo. Ella se dio cuenta y dijo que regresaría cuando hubiera descansado y pudiera llamarla otra vez. Nos contará la verdad y luego quedará libre.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirió Prue, evidentemente

encantada con todo el asunto.

—Muy hermosa. Cabello negro, ojos oscuros. Un aspecto muy aristocrático.

Anne no supo qué la condujo a hacer la siguiente pregunta. Era como si no pudiera evitarlo.

—¿Cómo iba vestida, Sara?

Sara pareció quedarse momentáneamente en blanco. Pero se recuperó rápidamente.

—Un encantador camisón de encaje negro, con una falda de gran vuelo. Y llevaba algún tipo de adorno en el pelo. Una peineta plateada, creo. Lo siento. No he prestado demasiada atención a su ropa.

—No me sorprende. Debe ser toda una experiencia hablar con un fantasma —dijo Anne suavemente.

Y pensó en la mujer que había visto en sueños la primera noche que había dormido en la casa.

La fantasmal mujer era realmente muy hermosa, tenía el cabello y los ojos oscuros. Pero no llevaba ningún camisón de encaje. Iba ataviada con un traje de montar de hombre. Era comprensible que la descripción que Sara había hecho de Carlota fuese tan típica. Podía haber salido de un retrato o de una película.

¿Por qué en su imaginación había visto a Carlota ataviada con un traje de montar?

Capítulo 8

Julián se sentó en el borde de la cama tipo Oeste, se desabotonó lentamente la camisa y se preguntó cómo iba a arreglárselas Anne para decirle que aquella noche no iba a dormir con él.

Estaba preparado para la pequeña confrontación. La había estado viendo venir toda la tarde. En las miradas de soslayo que le había dirigido creyendo que no se daba cuenta, en su nerviosismo cuando se había sentado junto a ella en el sofá y en el aire de desafío que había mostrado cuando él había sugerido que se estaba haciendo tarde.

No había discutido cuando él se había puesto deliberadamente de pie y había esperado a que le precediera en la escalera. Tras dar amablemente las buenas noches a Craven y los suyos, se había dirigido sin oponer resistencia a su habitación, seguida por Julián. Al llegar, había sonreído muy fríamente y le había cerrado la puerta en las narices. Julián se había visto obligado a usar la puerta del pasillo para entrar en su habitación en lugar de la que unía las dos habitaciones.

En aquel instante, la podía oír moviéndose por su habitación. Se preguntó qué haría si sencillamente abría la puerta, entraba y se metía en la cama. Había dejado las cosas claras la noche anterior. Y durante aquel día se había mostrado satisfecho con los resultados. Siempre que Hargraves había tratado de acercarse demasiado a Anne, ella se había escabullido con gran habilidad.

Llegada la hora de la cena, Hargraves había abandonado sus intentos de acercarse a Anne. Parecía haberse dado cuenta de que

ella no estaba dispuesta a animarle. Aquello satisfizo a Julián.

Se dijo a sí mismo que había conseguido lo que se había propuesto la noche anterior cuando había invadido el dormitorio de Anne.

Mientras se quitaba la bota, sintió una dolorosa punzada en la pierna y maldijo en voz alta. ¿Cuánto tiempo más iba a tardar en recuperarse totalmente?

De todas formas, estaba mejorando. Aquel familiar dolor había disminuido aquella mañana. Pero luego la húmeda niebla había envuelto la casa, y con la humedad y el frío, la pierna había empezado a dolerle de nuevo.

Tendría que tomarse una de aquellas aspirinas que Anne había metido en su maleta. Pero, de alguna forma, le parecía un esfuerzo excesivo levantarse, cruzar la habitación y buscar en la maleta. Se dio cuenta de que lo que realmente deseaba era que Anne le diera un masaje en la pierna.

Pero nada más pensar aquello, el ceño ensombreció su rostro. Lo último que le pediría a Anne sería un masaje. Ya había sido testigo de suficientes de sus múltiples debilidades.

Pero, diablos, sería tan maravilloso poder tumbarse y dejar que ella aliviase el dolor de su pierna. Tan maravilloso. Lo único que tendría que hacer sería abrir la puerta y pedírselo. Pero no, él no era tan débil. Se dirigió al cuarto de baño y se lavó los dientes. Por un instante, pensó en darse una ducha para tratar de aliviar con agua caliente el dolor, pero le pareció demasiado esfuerzo. Encontró la aspirina en la maleta y se la tomó, pero no tenía muchas esperanzas de que le aliviara el dolor.

Estaba metiéndose en la cama, cuando alguien llamó suavemente a la puerta. «Ah, sí. La confrontación». Lo que no sabía ella era que, con el dolor de la pierna, no estaba en condiciones precisamente de hacer de amante exigente.

—Hola, Anne —consiguió decir con desenfado cuando abrió la puerta—. ¿Has venido a seducirme?

—Ni soñarlo —replicó ella—. Quería hablar contigo, Julián.

—Siempre estoy dispuesto a hablar con una mujer cuando se me presenta de noche en camisón —murmuró él, abriendo más la puerta y dejándola pasar.

Estaba realmente preciosa, con aquel camisón de franela y el

pelo suelto.

—Julián —empezó a decir, alzando la barbilla en un gesto altivo que a él le hizo gracia—. Quiero dejar algo muy claro entre nosotros.

Aquello ya no le hizo gracia a Julián. Ya resultaba bastante frustrante que no pudiera pedirle que le diera un masaje en la pierna, como para tener que oír encima que no deseaba acostarse con él. Entendía que necesitara reafirmarse un poco, después de lo que había ocurrido la noche anterior, pero no le apetecía escuchar todo el sermón.

—Está bien, Anne, no tienes por qué preocuparte esta noche. Creo que ya dejamos claros los principales puntos ayer noche, ¿no crees?

—No estoy de humor para tu actitud machista. No quiero que pienses que puedes dominarme con el sexo.

—Nunca se me ha ocurrido pensar que pudiera.

—¿Ah, no? Pues hoy te has mostrado horriblemente frío y seguro de ti mismo.

—¿Hay algún motivo por el que no debiera estar seguro de mí mismo?

—Es sólo que… que no quiero que pienses que porque te metas en mi habitación y hagas el amor conmigo tienes algún tipo de derecho sobre mí, Julián. No quiero discutir. Sólo quiero que comprendas que… —se interrumpió y se le quedó mirando irritadamente—. ¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar? Estoy a punto de acostarme y apareces tú para soltarme un sermón sobre ética sexual. Supongo que no me sentiría tan incómodo si no llevaras un camisón, pero ya que has invadido mi dormitorio vestida así, ¿qué quieres que piense?

—Túmbate —le ordenó ella con brusquedad.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

—Voy a darte un masaje en esa pierna —se dirigió a la cama y comenzó a arreglarla para que se tumbara.

—La pierna está bien, gracias. Y ahora, ¿no crees que será mejor que vuelvas a tu habitación antes de que empiece a malinterpretar tus intenciones?

—Mi única intención es darte un masaje en esa pierna. Túmbate,

Julián. ¿Hazme ese favor, quieres? —Le dirigió una sonrisa poco afable.

—Anne, yo no… Oh, diablos. Si eso te va a tranquilizar, adelante —cedió él finalmente, dándose cuenta de que le estaba gruñendo y de que no quería hacerlo—. ¿De dónde has sacado esos instintos maternales?

—Julián, te juro que no me siento nada maternal respecto a ti.

Se sentó junto a él, que se había tumbado boca abajo. Sin más comentarios se puso manos a la obra, empezando en la rodilla y subiendo hacia la cicatriz del muslo.

«¡Qué maravilloso!», pensó Julián, mientras empezaba a relajarse. Anne parecía saber exactamente qué músculos acariciar. Aquello era lo que él había estado deseando toda la noche.

—¿Cuántas lecciones de primera mano recibiste de ese terapeuta físico amigo tuyo?

—De hecho, las lecciones se detuvieron en el cuello y los hombros. Estoy improvisando.

El se entregó a las «improvisaciones» con lo que esperaba que pareciese desdeñosa reluctancia, como si realmente estuviera haciéndole un favor. Pero en su interior, Julián le estaba inmensamente agradecido.

—¿Julián?

—¿Hmmmm? —Su voz sonaba satisfecha y perezosa.

—¿Cómo se produjeron todos esos colores en el fuego esta tarde?

El tuvo que pararse a pensar de qué estaba hablando.

—Ah, sí. Los colores. Eso se puede conseguir con ciertos polvos químicos arrojados al fuego.

—¿Pero cuándo y cómo?

—Sara lo hizo mientras gritaba y se desmayaba.

—Ah.

Hubo una pausa mientras Anne asimilaba aquello. Parecía a punto de decir algo, pero Julián se dio cuenta de que titubeaba y cambiaba de idea.

Pero lo más importante para él en aquel momento eran los maravillosos efectos que estaba produciendo en su pierna el masaje de Anne. ¿Qué estaría pensando ella?, se preguntó. Entonces recordó lo que había experimentado él la noche que la había

acunado y tranquilizado entre sus brazos después de su pesadilla.

Tal vez ella sentía lo mismo en aquel momento; tal vez anhelaba ofrecerle alivio y tranquilidad. Si fuera aquél el caso, si pudiera estar seguro de que no le había perdido el respeto a causa de su enfermedad y su debilidad, tal vez podría arriesgarse a hacerle saber que había estado anhelando su caricia, que la había necesitado, que no estaba simplemente dejándose hacer.

Julián trató de pensar de qué forma podía tantear el terreno antes de lanzarse. Estaba pensando en empezar directamente dándole las gracias cuando el masaje llegó a su fin.

—Buenas noches, Julián. Te veré por la mañana.

Le cubrió con las sábanas, luchó un instante contra el impulso de darle un beso en la mejilla, apagó la luz y salió de la habitación.

En la oscuridad de la habitación, Julián cerró el puño y pensó en las variadas formas de la frustración.

Anne cerró silenciosamente la puerta, y se quedó un momento apoyada contra ella en su habitación. «Oh, Julián», pensó tristemente. «¿No podrías al menos decirme cuándo te duele?».

No, no podía. Aún no, por lo menos. El orgullo de un hombre fuerte era algo difícil de tratar, pensó Anne.

Dominando firmemente sus demasiado vulnerables emociones, acabó de prepararse para la cama, apagó la luz y se metió dentro. El día había sido muy instructivo, en muchos sentidos, reconoció sombríamente.

En primer lugar, había aprendido muy deprisa que no estaba dispuesta a arriesgarse a la ira de Julián en lo referente a Dan Hargraves. Tenía razón, pensó. Le había pedido ayuda a Julián y había estado de acuerdo en aceptar sus decisiones teniendo en cuenta que era un experto en tratar con criminales, así que lo más lógico era que siguiese sus órdenes una vez que la acción había comenzado.

En segundo lugar, había descubierto que era tremendamente propensa a la sugestión. Aún no comprendía cómo se había dejado arrastrar hasta aquel estado casi letárgico por la tarde. Tendría que vigilarse a sí misma. Todas aquellas historias y leyendas de fantasmas estaban calando hondo en ella.

Vivir para aprender, pensó Anne, y se quedó dormida.

* * *

Fue el frío lo que la despertó mucho rato después. El mismo frío que había sentido aquella tarde durante la sesión. Estaba empezando a reconocerlo, pensó Anne distraídamente, mientras se arrebujaba más entre las sábanas. Era producto de su imaginación hiperactiva y como tal tenía que tratarlo.

Pero aquella vez había algo más que acompañaba al frío. Una sensación de peligro y de ira y un claro sentimiento de que algo marchaba mal.

Anne abrió los ojos y vio a la mujer de pelo negro y ojos oscuros ataviada con traje de montar. Aquella vez estaba cerca de la puerta que daba a la habitación de Julián, y la sensación de peligro era palpable en el aire de la habitación.

Anne se la quedó mirando fijamente, sin sentir el miedo que había experimentado la primera vez que la había visto en sueños. El fantasma no dijo nada, pero no había necesidad de comunicación verbal. Anne captó el mensaje de que algo no funcionaba y que ese algo tenía que ver con el hombre que amaba.

Sin ni siquiera pararse a pensar si aquella visión formaba parte de un sueño, Anne apartó las ropas de la cama y se puso de pie.

—¿Carlota? —susurró.

La mujer del traje de montar se estremeció y desapareció, pero Anne sabía que no descansaría tranquila hasta que no hubiera ido a la habitación de Julián. La sensación de peligro no había desaparecido con el espectro.

Silenciosamente, abrió la puerta que daba a la otra habitación y miró al interior. Una rendija de luz rasgaba la oscuridad. Provenía de la otra puerta, la que daba al pasillo.

Recortada contra aquel resplandor, estaba la silueta de Julián. Estaba de pie, sólo con los vaqueros, apoyado en el marco de la puerta mientras recibía a Sara.

—Estoy aquí porque debo estar aquí —dijo Sara con la engañosa simplicidad de un maestro Zen—. No tenía más remedio. La compulsión es fuerte. Demasiado fuerte para resistirla. Existe una afinidad natural entre tú y yo. La percibí desde el momento en que entré en esta casa. Existe una unicidad esencial que debe ser

completada. He venido aquí esta noche para completarla.

—¿Esto forma parte de los rituales de la caza de fantasmas? —preguntó Julián con tranquilo interés.

Sara sacudió la cabeza levemente, lo preciso para que su larga melena dorada acariciase seductoramente sus hombros.

—Esto es sólo entre tú y yo. Estás sólo esta noche, ¿verdad, Julián Aries? Te vi entrar sólo en la habitación. La mujer a la que llamas tu prometida no comparte tu lecho. Yo también estoy sola. Lo he estado casi toda mi vida. ¿Sabes lo que significa ser una vidente en un mundo de locos ciegos que no aceptan lo que yo veo? Yo me agoto en el esfuerzo de comunicarme con los espíritus tal como hice esta tarde, y la mayoría de la gente que lo ve piensa que es un juego de salón. Un truco divertido.

—¿Y no lo es?

—No es un juego, Julián. Créeme, hay momentos en que desearía que lo fuera. Hay momentos en que me gustaría ser una mujer normal con ocupaciones normales. Pero son muy pocos los videntes que pueden hacer auténticos contactos con el otro mundo. Y son muchos los espíritus que hay que liberar. No podría justificar nunca el abandono de mi obligación. Estaría oyendo por siempre los gritos agónicos y las súplicas de aquéllos a los que debería estar ayudando.

—Sí, parece que estás bastante enganchada con el asunto.

—Todos estamos enganchados en algún aspecto de la vida, ¿no te parece? Y reconocerlo no es fácil para todo el mundo. Pero yo puedo y tú también pareces capaz de reconocer las trampas de la vida —le tocó el rostro—. Tenemos muy pocas oportunidades de escapar aunque sea por un breve espacio de tiempo. Sería una lástima no aprovechar las pocas oportunidades. Y esta noche, tú y yo tenemos una de esas oportunidades, Julián Aries —sonrió melancólicamente—. Aries. El signo del zodíaco que promete fuerza y energía. Atrevimiento y fuerza de voluntad. Un hombre nacido bajo ese signo puede ser un peligroso oponente o… —Tomó su rostro entre las manos—… o un amante exigente.

Anne vio cómo la joven rubia se ponía de puntillas para besar a Julián, y decidió que la escena había llegado ya demasiado lejos. Abrió la puerta del todo e irrumpió en la habitación de Julián.

—En realidad, ¿qué se puede deducir de un nombre? —inquirió

y sintió un gran placer al ver cómo Sara daba un salto y soltaba inmediatamente a Julián—. Resulta que Aries es el apellido de Julián y no el signo del zodíaco bajo el que nació. Lo siento por tu error de cálculo, Sara. Errores así son los que pueden echar a perder toda una noche —se acercó a Julián, hasta quedarse a su lado, consciente de que la estaba contemplando con un brillo de humor en la mirada—. Lárgate, cariño, y no te preocupes por esa esencial unicidad con Julián. Estoy segura de que los dos lograréis sobrevivir sin ella. ¿Por qué no vas a charlar un rato con Carlota? Ella necesita más atención que Julián. Como puedes ver, Julián en realidad no necesita aceptar tu generosa oferta. No está solo, al fin y al cabo.

Durante un instante, la expresión melancólica de Sara fue sustituida por la de una mujer airada que ha visto destrozados sus planes. Anne sintió una enorme satisfacción en haber sido la causa del fracaso de los planes eróticos de Sara. La otra mujer se la quedó mirando fijamente durante un instante, y luego se dio la vuelta en dirección a la puerta de su habitación.

—Le di la habitación decorada al estilo de un musical de los años treinta. Ya sabes, la de los escalones blancos y negros que suben a la cama, blanca y negra también. Todo reluciente y superficial. Un poco teatral, pero pensé que le iba muy bien, a pesar de que fuera por ahí con aspecto de *hippie* trasnochada.

Anne se dio la vuelta mientras Julián cerraba la puerta, pero algo le decía que no iba a conseguir llegar a salvo a su habitación. Aun así, hizo un valiente esfuerzo, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

—No tan rápido, señorita —dijo Julián a sus espaldas.

Un segundo más tarde, su mano se cerró firmemente sobre su hombro. Ella suspiró mientras Julián la hacía girar sobre sí misma.

—¿Te importaría decirme de qué iba toda esta escenita?

—¿Escenita? Yo no he montado ninguna escenita. Ha sido la dulce Sara Loquesea quien la ha montado, me parece.

—Ajá. Ya sé a qué ha venido Sara aquí. Lo que quiero saber es qué es lo que te ha traído al rescate.

Anne le miró a los ojos.

—Si te lo dijera, no me ibas a creer. De hecho, ni siquiera estoy muy segura de creerlo yo misma.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Bueno, lo que me ha despertado realmente ha sido lo mismo que me desveló la otra noche. Un sueño en el que se me aparecía el fantasma de Carlota. Sólo que era increíblemente real, Julián. Era como si estuviera intentando decirme algo referente a ti. Sentí un impulso muy intenso de ir a ver cómo estabas. Tenía que asegurarme de que no te pasaba nada.

—¿Y te has asegurado? —dijo él, apartándole un mechón del rostro—. ¿Sabes lo que creo que ha sucedido?

—¿Qué?

—Creo que has oído a Sara llamar a la puerta en sueños y tu subconsciente lo ha interpretado como un aviso.

—¿Crees que he oído cómo llamaba a tu puerta?

—Es posible. Al fin y al cabo está a unos pocos metros de la tuya.

Anne frunció el ceño.

—Quizás.

Recordó el repentino frío que había acompañado a la sensación de peligro. Y luego recordó sus propios recelos respecto a su imaginación demasiado vivida.

—En cualquier caso, has venido corriendo a rescatarme —dijo él —. ¿Estabas celosa, Anne?

—Esa farsante no te ha quitado el ojo en todo el día —dijo Anne, dando un respingo.

—Probablemente porque Dan Hargraves no estaba teniendo suerte contigo —murmuró Julián—. Ha sido un esfuerzo doble desde un principio. Cuando dejaste claro que no ibas a ser un objetivo fácil para Dan, Sara decidió que iba a probar suerte conmigo. Divide y vencerás, ¿recuerdas?

—Tú no parecías estar rechazándola precisamente.

—Sentía curiosidad.

—¡No me digas!

Julián sacudió la cabeza, cada vez más divertido.

—No, en serio. Quería oír su discurso.

—¡No te costaría oír alguno parecido en cualquier esquina!

—Bueno, de lo que estoy seguro es de no haberlo oído nunca de ti.

Anne se puso pálida al oír aquella crueldad que había salido tan naturalmente de los labios de Julián. Se quedó muy quieta y bajó

los párpados.

—No, no creo que lo hayas oído.

Julián gruñó y la atrajo contra su cuerpo.

—Maldita sea, no quería decir eso. Hay veces que te digo cosas que desearía no haberte dicho. No sé qué me pasa contigo, cariño —la hizo alzar la barbilla con el pulgar y sus ojos estudiaron su rostro—. ¿Estabas realmente celosa, Anne?

—Un poco —reconoció ella escuetamente—. ¿Y tú estabas celoso de Dan?

Él dudó un momento.

—Un poco.

Hubo otra pausa y luego Julián aventuró cautamente:

—Pero realmente en ningún momento creí que te fueras a acostar con Hargraves.

Anne logró ofrecer una débil sonrisa.

—Y yo realmente no tenía miedo de que aceptaras la oferta de Sara. Estaba simplemente irritada por el hecho de que la estuviera haciendo y tú la estuvieras escuchando.

—Supongo que eso mismo es lo que sentí yo con Hargraves.

La acarició suavemente la nuca.

—Sólo que yo estaba algo más que irritado. Tenía miedo de que ese farsante te hiciera creer que era un tipo estupendo. Y me ponía furioso que tuviera la desfachatez de insinuarse. Y estaba enfadado contigo porque siquiera le escucharas.

—Pero realmente no pensabas que yo pudiera dejar que las cosas llegaran más lejos —concluyó Anne en voz baja.

—No.

—Y yo no pensé que invitaras a la dulce Sara a meterse en tu cama.

Se quedaron mirando intensamente durante un largo instante. Luego Anne dijo suavemente:

—Eso se llama confianza.

Las inquietas manos de Julián se cerraron súbitamente sobre los hombros de Anne.

—¿Confías en mí, Anne?

—Siempre he confiado en ti. Incluso cuando creía que te odiaba. Nunca me has mentido.

«Excepto cuando me dijiste que vendrías a buscarme. Y ahora

entiendo por qué no lo hiciste», añadió silenciosamente.

—No te daré nunca motivos para perder esa confianza —susurró él con voz ronca—. Te lo juro.

Anne hizo acopio de coraje.

—Yo quiero lo mismo a cambio. Tu confianza.

—Sí.

Fue la sequedad de aquella breve afirmación lo que le hizo darse cuenta a Anne de la poca frecuencia con que él concedía aquel don. Súbitamente, vio muy claro que quizás Julián Aries no había confiado en nada ni en nadie en toda su vida. Una sensación de dulzura casi dolorosa la invadió al comprender lo mucho que le había dado al ofrecerle su confianza.

—Oh, Julián, nunca te traicionaré —susurró con voz quebrada y le rozó la boca con los labios.

Era un juramento y él lo aceptó como tal, estrechándola fieramente contra su pecho. Aquel silencioso vínculo les mantuvo unidos en un extraño estado hipnótico. Anne sintió renacer sus esperanzas en la posibilidad de una relación sólida con Julián, basada en la atracción física y la mutua confianza. El amor de Julián podía tardar tiempo en llegar y aún podía pasar mucho tiempo antes de que él reconociera que la necesitaba en otros aspectos aparte del físico, pero ella sería paciente. Aunque tardase toda la vida.

—Tu pesadilla —murmuró Julián contra su pelo—. ¿Te ha asustado esta noche?

—No —replicó ella distraídamente—. Es extraño, pero esta vez no he sentido la misma sensación de pánico que sentí la otra noche.

—Oh —se quedó en silencio de nuevo.

Parecía vagamente disgustado respecto a algo. Luego prosiguió:

—Es lo mismo. Revisaré tus puertas y ventanas antes de que te acuestes otra vez. Así dormirás más tranquila.

—No me has dicho qué te parecen las medidas de seguridad de esta casa. Dijiste que las ibas a estudiar.

Él asintió.

—Bastante descorazonadoras. Teniendo en cuenta los objetos valiosos que se encierran aquí, me sorprende que la hermana de la señorita Creswell no tomase más precauciones. Esos jarrones de la biblioteca tienen aspecto de valer ellos solos una fortuna. Por no

mencionar los cuadros y la vajilla.

—Realmente valen una fortuna. Por eso Michael pensó que esta casa podía ser el cebo perfecto para Craven y su gente. No tengo ni idea de por qué la hermana de la señorita Creswell no instaló un sistema de seguridad más eficaz. Supongo que no sentiría la necesidad de molestarse. Probablemente nunca tuvo problemas.

—Los tiempos están cambiando. Cuando todo esto haya acabado, alguien debería aconsejar a la nueva propietaria respecto a medidas de protección —dijo Julián pensativamente—. Me pregunto si estaría interesada en contratarme.

Anne contuvo el aliento. Era la primera vez que Julián mencionaba algún tipo de trabajo.

—¿Eres realmente experto en estas cosas? ¿Perros, cerrojos y cosas de ésas?

Él sonrió irónicamente.

—Y dispositivos electrónicos. Sí, supongo que podría decirse que soy un experto. Fue algo de lo que aprendí durante mi… uh… anterior carrera. Pero nunca pensé que pudiera trabajar en ello.

—¿Estás bromeando? La gente paga mucho actualmente por todo tipo de asesoramiento en sistemas de seguridad. Es una especialidad muy solicitada tanto por la industria como por las personas privadas. La señorita Creswell te contrataría en el acto.

—¿Tú crees?

—Estoy totalmente segura.

—Hmmm. Bueno, es algo para pensárselo. Mis opciones profesionales han quedado más bien reducidas últimamente —gruñó. Luego sus ojos se entrecerraron—. ¿Estás segura de que la pesadilla no te ha inquietado esta noche?

—¿Estás preocupado de que aún pueda tener un ataque de histeria?

—No, es que la última vez te produjo mucha impresión.

De pronto, algo se iluminó en la mente de Anne y trató de controlar una sonrisilla.

—Si, ¿verdad? Quizás el único motivo por el que no he perdido la chaveta esta vez era porque estaba demasiado ocupada defendiendo tu virtud.

Julián no pareció verle la gracia a la situación. Daba la impresión de estar buscando las palabras adecuadas para decir algo.

—Ahora que me has salvado de un destino peor que la muerte, me pregunto si no tendrás problemas para, conseguir dormir otra vez. Cuando te vuelvas a encontrar sola en esa cama, tal vez empieces a recordar lo real que había sido la pesadilla.

—Pues sí que me ha parecido muy real.

—Quizás podría ayudarte a dormir el que yo te frotase un rato la espalda —se ofreció Julián con aparente naturalidad.

No era una oferta con doble intención, se dio cuenta Anne. Realmente solo quería frotarle la espalda. Estaba, a su modo, tratando de devolverle parte del alivio y la tranquilidad que ella le había proporcionado más temprano aquella misma noche.

Y aunque ella no lo necesitara por los efectos de la pesadilla, sí lo anhelaba por otras razones.

Era otro pequeño paso adelante, pensó mientras asentía con la cabeza y le conducía hacia la puerta que comunicaba con su habitación. Tal vez Julián no supiera lo que era pedir ternura, pero si estaba aprendiendo a ofrecerla él, se trataba de un gran avance.

—Gracias, Julián —le dijo mientras se tumbaba boca abajo en la cama—. No tienes ni idea de lo real que me ha parecido esta noche la visión de Carlota.

Y la habitación se puso muy fría. Fue muy extraño. ¿Sabes que creí sentir su presencia esta tarde en la sala de estar durante la sesión?

Julián se puso a masajearle los hombros con sus poderosas manos. Anne comenzó a experimentar los efectos relajantes.

—Creo que todo esto te está afectando —declaró él seriamente —. Si no estuviéramos tan metidos en esto y no hubiéramos expuesto ya la casa de la señorita Creswell a la rapiña de Craven, consideraría seriamente la posibilidad de suspenderlo todo.

—Es demasiado tarde para eso. Además, seguro que acabará pronto. Sara nos someterá a una o dos sesiones más en las que nos enteraremos de la supuesta verdad respecto a Carlota. Luego declarará «liberada» a la pobre mujer y Craven y los suyos se irán con viento fresco. La primera fase habrá llegado a su fin. ¿Qué sucederá luego, Julián? ¿Mantendrás este lugar vigilado personalmente o contratarás a alguien para que lo haga?

—Es imposible que una persona sola lleva a cabo una labor de vigilancia de veinticuatro horas. Conseguiré ayuda. Tengo algunos

contactos —dijo lentamente—. Personas a las que no les vendría mal el trabajo.

—¿Otros parados de tu antigua profesión? —preguntó ella.

—Supongo que se podrían llamar así. Mi antigua profesión tiende a acarrear todo tipo de accidentes laborales. Muchas personas se ven obligadas a retirarse prematuramente —musitó Julián.

A Anne no le gustó la nota de rudeza que había aparecido en su voz. Sus dedos parecieron tensarse sobre sus hombros.

—¿Julián?

—¿Sí?

—¿Es Aries algo más que tu apellido? ¿Es el signo bajo el que naciste?

Sus manos se quedaron quietas un momento sobre la espalda.

—¿Quieres decir que no estás segura? ¿Después del discurso que le has soltado a Sara?

—Ni siquiera sé cuándo es tu cumpleaños. Pero de alguna forma he pensado que podías ser un Aries.

—¿Por qué?

Ella se dio la vuelta perezosamente y le miró a los ojos.

—Bueno, sospecho que Sara tenía razón al decir que podías ser un oponente peligroso.

Un brillo de deseo comenzó a sustituir a la sincera preocupación que había mostrado hasta entonces la mirada de Julián.

—¿Tú crees?

—Sí, creo que sí. Y ya sé que estaba muy en lo cierto respecto a lo otro. Eres un amante muy exigente.

Alzó hacia él las manos y oyó el gruñido de masculino placer que salió de su pecho.

Él se tumbó sobre ella. Le separó las piernas con las manos para hacerse un lugar en lo más íntimo de su cuerpo. Su peso la aplastó profundamente contra las sábanas, haciendo desaparecer el mundo exterior. Ella experimentó la aspereza del vello que cubría su torso contra sus turgentes pezones y gozó del impacto de sus caderas mientras alzaba la parte inferior del cuerpo para recibirle.

Luego, cuando pensaba que estaba a punto de introducirse en ella, descubrió el torturante y delicioso placer de sentirle en el umbral mismo de su anhelante femineidad. Con exquisita

deliberación, él penetraba fraccionalmente para retirarse luego casi al instante. Una y otra vez repitió aquella tortura salvajemente sensual hasta que los dedos de Anne se clavaron en la piel de sus hombros y sus piernas se convirtieron en una tenaza en torno a su cuerpo. Con voz exigente, suplicante, desesperada, le rogó que la poseyera totalmente.

Y cuando lo hizo, Anne gritó su nombre en una letanía de excitación sin trabas.

Perdida en el abrumador asalto de sus sentidos, Anne no se dio cuenta sino hasta mucho más tarde de que aún no sabía si Julián era realmente un Aries o no.

Capítulo 9

Anne no durmió bien aquella noche y aquello la sorprendió. Teniendo en cuenta las apasionadas exigencias de Julián, tenía que haber estado agradablemente agotada.

Su forma de hacer el amor había sido diferente aquella vez. No habría sabido decir muy bien en qué había estribado la diferencia, quizás en un menor sentido de la desesperación. Era como si a Julián le hubiera impresionado profundamente el hecho de que hubiera sido ella quien hubiese tomado la iniciativa, y hubiera tratado de responder a su dulce atrevimiento con una mayor dosis de ternura.

Para ser completamente sincera, pensó Anne, no era él el único sorprendido con su iniciativa. Ella misma se había quedado algo perpleja. Había tenido la intención de dormir sola aquella noche. Pero la escena de la habitación de Julián había hecho cambiar sus intenciones.

Entonces, ¿por qué no podía dormir en aquel momento? Julián estaba tranquilamente dormido junto a ella. A la pálida luz de la luna, podía ver la cicatriz que atravesaba su espalda.

Anne se preguntó si le diría alguna vez lo que le había ocurrido durante aquella última misión. Tal vez nunca. Lo mejor que se podía hacer con una pesadilla era olvidarla para siempre.

Miró hacia la ventana y se dio cuenta de que parte de la niebla se había despejado. Pero probablemente se formaría de nuevo por la mañana.

La niebla se había despejado, se repitió a sí misma. Quizás lo

suficiente como para intentar bajar hasta la playa. No sería fácil, desde luego. El acantilado era peligroso incluso de día. Pero con cuidado y con la ayuda de una linterna…

¡Santo cielo! Anne cerró los ojos en una reacción de momentánea incredulidad. Era absolutamente incomprensible que estuviera siquiera planteándose una cosa así. ¡Sólo una loca pensaría en bajar hasta la playa en plena noche!

Carlota.

Anne contuvo el aliento. Carlota había bajado a la playa en una noche como aquélla.

Miró a su alrededor con aprensión y se alegró de no ver la trémula silueta de su mujer fantasma. Julián tenía razón. Su imaginación estaba empezando a jugarle malas pasadas.

Anne suspiró y trató de relajarse. Pero aquella vaga inquietud no desapareció y aún estaba medio despierta cuando la pálida luz de la mañana se abrió paso entre una niebla de nuevo espesa.

Julián abrió los ojos y vio que Anne estaba despierta. La contempló en silencio durante un momento, dándose cuenta de que su atención estaba fija en la ventana. Se sentía mejor que en muchos meses, observó Julián con satisfacción. Había descansado bien, no tenía dolor ni malestar e incluso sentía apetito.

Y su apetito no se refería solamente al desayuno. Alargó perezosamente una mano para acariciarle la garganta a Anne. Los recuerdos de la noche anterior acudieron a su imaginación.

Pero en el momento en que sus dedos le rozaron la piel, ella se agitó y se volvió hacia él demasiado rápidamente. Había en ella una tensión que Julián no acababa de entender.

—¿Anne? —murmuró mientras se inclinaba para besarla tiernamente en la boca—. ¿Qué tal has dormido? —le preguntó sonriendo.

—Muy bien.

Julián parpadeó, dándose cuenta de que no era cierto y preguntándose por qué iba a mentir en algo tan carente de importancia.

—¿Seguro?

—¿Qué hora es? Parece tarde —se giró para mirar el reloj.

—No es tarde. Prue no vendrá hasta dentro de una o dos horas. Tranquila. Tenemos mucho tiempo. —Julián deslizó suavemente la

mano por debajo de su camisón de franela—. ¿Tienes apetito?

—No.

Julián ocultó su disgusto. Tal vez no había entendido la insinuación.

—¿Ni siquiera de esto? —dejó que sus dedos se deslizaran sobre su cálido pecho.

—Julián… yo no… es decir, no…

Él podía sentir cómo su pezón comenzaba a endurecerse bajo su caricia. ¡No iría a mentirle y decirle que no le deseaba! Pero había algo que no marchaba aquella mañana. La tensión que notaba en ella era muy real.

—¿Estás lamentando lo de anoche? —le preguntó él con voz ronca.

—Julián, creo… creo que tal vez nos estemos precipitando.

—Es un poco tarde para preocuparse por eso, ¿no crees? —observó él fríamente.

—No sé si es demasiado tarde o no. Sólo sé que no tenía derecho a ir a buscarte a Colorado. Tenía que haberte dejado todo el tiempo que quisieras para ti. Tenías derecho a haberte tomado tu tiempo…

—Anne, estamos hablando de la posibilidad de hacer el amor por la mañana temprano, no de mi pasado ni de mi futuro.

—Lo siento, Julián. Es que me siento un poco rara esta mañana. Un poco nerviosa o algo así. Tengo ganas de que todo esto acabe de una vez.

A Julián no le agradó la absoluta convicción con que hizo aquella declaración. Parecía como si quisiera librarse de él.

—¿Crees que voy a dejar que desaparezcas otra vez de mi vida cuando acabe todo este asunto de Craven?

Ella pareció hacer acopio de valor.

—Los dos necesitamos tiempo, Julián.

La ira había remplazado a la perezosa pasión que había experimentado al despertar. Y debía notarse en sus ojos, porque Anne le estaba mirando con recelo.

—Estoy dispuesto a darte tiempo, pero no voy a dejar que juegues conmigo al ratón y el gato. Nunca hubiera imaginado que eras de las que usan el sexo para provocar y confundir a los hombres. Pero, si lo eres, será mejor que te des cuenta de que yo no soy de los que se dejan llevar por ese juego.

—Oh, Julián, en ningún momento he pretendido jugar contigo —protestó ella.

—¿Entonces a qué viene ésta mojigatería?

—¡No estoy siendo mojigata! Ya te lo he dicho, estoy inquieta. Un poco nerviosa. No estoy segura de que estemos llevando esta relación de un modo sensato. De hecho, estoy bastante segura de que hemos tratado el asunto equivocadamente.

—Como ya te he dicho, es demasiado tarde para que cambies de idea. Mira, Anne, no soy ningún monstruo. Antes de que llegaras a mi cabaña de Colorado, llevaba seis meses sin una mujer…

Nada más decirlo, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Había querido explicarle que no era nada del otro mundo querer hacer el amor al despertarse por la mañana. Pero ella reaccionó como si la hubiera abofeteado.

—¿Eso es lo que has estado haciendo estas dos últimas noches? ¿Poniéndote al día después de seis meses de abstinencia? —dijo ella entre dientes.

—¡Anne, por lo que más quieras! ¡Sabes que no era eso lo que quería decir! ¿Qué te pasa esta mañana? Anoche…

Pero ella no estaba dispuesta a quedarse a escuchar sus análisis sobre la pasada noche. La puerta del cuarto de baño se cerró ruidosamente tras ella. Julián se dejó caer de nuevo sobre la cama, maldiciéndose por idiota.

Cuando Anne acabó su aseo matutino, Julián ya había abandonado la habitación. Sintió una mezcla de alivio y de frustración al darse cuenta de que estaba sola.

Se puso una camisa y unos pantalones de estilo vagamente militar. Aquel atuendo, complementado con un cinturón amplio de cuero y unas botas bajas, aparte de resultar muy elegante, le proporcionaba una cierta sensación de fortaleza interior. Y la iba a necesitar aquel día, pensó mientras bajaba las escaleras. La tensión no había desaparecido y seguía sintiendo aquella extraña inquietud.

Un paseo después de desayunar le vendría bien, pensó mientras entraba en la sala.

—Buenos días, Anne. ¿Cómo ha dormido?

—Muy bien —no tenía sentido entrar en más detalles—. Ese café huele muy bien.

—Sí —respondió Prue con entusiasmo—. Me tomé uno antes de

salir de casa, pero, después de conducir a través de la niebla, he decidido tomarme otro al llegar aquí.

—No tenías que haber corrido el riesgo de conducir —la reprendió Anne, frunciendo el ceño—. No me hubiera costado nada cocinar para todo el mundo durante un par de días.

—Bueno, si mañana la niebla sigue igual, tal vez acepte su oferta. Estas nieblas se producen algunas veces durante el año, y entonces se dispara el número de accidentes de coche.

—Pues no se hable más. Suponiendo que puedas volver a casa esta noche, no se te ocurra venir mañana a menos que despeje.

—Gracias. —Prue sonrió—. Mi marido estaba un poco preocupado. Le dije que usted me necesitaba porque tenía a toda esta gente en casa.

Le dio otro sorbo a su café.

—Ha sido un poco frustrante, ¿verdad?

—¿El qué? —Anne estaba pensando otra vez en el paseo por la playa.

—Este asunto de los fantasmas. Quiero decir que la sesión de ayer fue más bien floja. Yo esperaba mucha más emoción.

—Lo sé —dijo Anne pensativamente—. Yo también.

Y se dio cuenta de que era cierto. Según las notas de su hermano, la gente de Craven solía montar unos espectáculos bastante emocionantes. Pero hasta el momento el fantasma Creswell no había recibido excesiva atención. Ella había imaginado que unos farsantes de marca mayor, tal como se suponía que eran Craven y los suyos, recurrirían a efectos más teatrales. Por otra parte, tal vez, su actitud tranquila convenciera a la gente de que eran sinceros en sus esfuerzos. Entonces su mente volvió a centrarse en el paseo en la playa.

¿Sería posible abrirse paso entre aquella niebla hasta la cala? Por la noche habría sido más fácil. Al menos entonces habría tenido la pálida luz de la luna. Aquella mañana no podría ver a más de un metro por delante de sus narices.

Anne desechó la idea mientras Sara entraba en la habitación seguida por Dan Hargraves. Los dos saludaron a Prue y a Anne amablemente e hicieron comentarios triviales sobre el tiempo. Sara actuaba como si nada hubiera ocurrido aquella noche.

—¿Ayuda este tiempo siniestro a hacer contacto con los

fantasmas? —preguntó Prue con interés mientras preparaba más tostadas.

—Aunque parezca sorprendente, sí —dijo Dan con naturalidad —. Los efectos atmosféricos liberan energía, y ésta puede ser aprovechada por los espíritus para facilitar el contacto. Probablemente éste sea el motivo por el que en la mayoría de cuentos y leyendas de fantasmas aparecen noches sombrías y tormentosas —concluyó con una sonrisa irónica.

—Quizás es que los médiums son capaces de sintonizar más fácilmente cuando el tiempo está revuelto —sugirió Sara vagamente —. ¿Dónde está Thomas?

—Le he visto en la biblioteca con Julián —dijo Dan—. Parecían inmersos en una animada conversación. No he querido interrumpir.

—Una conversación de lo más interesante —dijo Craven mientras entraba en la habitación seguido por Julián—. El señor Aries me estaba contando que la señorita Creswell tiene intenciones de modernizar el más bien anticuado sistema de seguridad de esta vieja mansión. Yo también lo haría, si me perteneciera. Hay algunos artículos extremadamente valiosos entre estas paredes.

Si entre los tres cazafantasmas se produjo algún tipo de comunicación silenciosa, Anne ciertamente no fue capaz de detectarla.

—¿Y cuándo tiene pensado hacerlo? —preguntó distraídamente Sara.

—Dentro de un par de semanas —dijo Julián como si no le interesara mucho el tema—. O al menos eso dijo. ¿No fue ésa la fecha en que tu tía dijo que vendría el experto a instalar el sistema electrónico, Anne?

—Sí, me parece que sí —consiguió decir ella amablemente.

Y se preguntó si aquel plan tenía la menor posibilidad de funcionar. Tal vez Michael se había equivocado respecto a Craven y su gente. Tal vez eran honrados investigadores después de todo.

—¿Cuándo va a tener lugar la siguiente sesión? —preguntó Prue.

Craven sonrió y señaló a Sara.

—Depende de ella. ¿Como sientes las vibraciones, Sara?

—Débiles, pero existen. Creo que merece la pena intentarlo hoy.

—¿Esta mañana? —la apremió Dan.

—Sí, de acuerdo —aceptó Sara.

La segunda sesión se celebró después de desayunar y se desarrolló de forma muy similar a la primera. Sara le pidió a Julián que encendiera un fuego y él lo hizo. El pequeño grupo se sentó de nuevo en el salón alrededor de Sara y escucharon en silencio sus letanías.

Pero aquella vez Anne experimentó una extraña sensación de nerviosismo. La urgencia de salir a dar un paseo por la playa parecía ahogar cualquier otro interés. Julián, más silencioso de lo normal, estaba sentado a su lado. Parecía ser consciente de su nerviosismo y sentirse molesto por ello. Anne trató de ignorarle y centrarse en el pequeño espectáculo de Sara.

—Carlota, hemos venido para escuchar la verdad. Cuéntanos tu historia para que puedas liberarte. Te creeremos.

Sara siguió llamando una y otra vez al fantasma. Anne sentía crecer su impaciencia. Aquello era ridículo. Carlota no estaba en aquella habitación. Un paseo por la playa resultaría más revelador que estar escuchando la aburrida actuación de Sara. Estaba considerando seriamente la posibilidad de escabullirse del grupo cuando el cuerpo de Sara se puso súbitamente tenso.

—Sí —dijo jadeando levemente—. Estamos aquí. Puedo sentirte, Carlota. Cuéntanos…

El silencio descendió sobre el expectante grupo.

Dan estaba grabando la sesión, Craven estaba inclinado hacia adelante, profundamente concentrado. Prue tenía los ojos abiertos como platos. Y Julián parecía aburrido.

Anne miró por la ventana, y se preguntó si se habría levantado algo la niebla. Si pudiera escabullirse, llegaría abajo antes de que nadie se diera cuenta de que se había ido.

No, Julián se daría cuenta inmediatamente. Disgustada, Anne siguió sentada, escuchando cómo Sara intercambiaba mensajes con el inexistente fantasma.

—Comprendemos, Carlota. Se lo diré a los otros. Creerán.

La tensión se había apoderado del ambiente y Anne tuvo que reconocer a Sara cierto mérito. Prue no se sentiría decepcionada con la sesión.

Y luego, de pronto, todo acabó. Sara sollozó, respiró con agitación y luego se desmayó artísticamente. Dan se levantó para

cogerla. Un instante después, Sara sonreía débilmente después de que le hubieran acercado a los labios una copa de coñac.

—Una historia bastante simple —explicó cuando Prue le pidió detalles—. Carlota dice que no pensaba huir con su amante la noche que su marido la descubrió y la mató. Dice que ella y Diego, que así se llamaba su amante, habían llegado a la conclusión de que no podían satisfacer su amor sin traer la desgracia y el deshonor a sus respectivas familias. Dice que había bajado a verse con Diego por última vez, y que fue entonces cuando les descubrió su marido. No quiso atender a razones. Ella le gritó a Diego que se fuera, que ella le explicaría todo a su marido. Diego huyó, pero Carlota no logró hacer entrar en razón al enfurecido marido, que creía haberla descubierto en una situación completamente comprometedora.

—¿Así que el marido la estranguló en lugar de escuchar la verdad, eh? —inquirió Prue, sonriendo con satisfacción.

—Murió sabiendo que el mundo la consideraría una mujer infiel. El último pensamiento consciente que tuvo fue desear justicia —dijo Sara con expresión conmiserativa—. Deseaba que el mundo supiera la verdad… que, a pesar de la tentación, se había mantenido fiel.

—Aquel intenso, agonizante, deseo de justicia, unido a la violencia de su muerte, debieron ser los factores que la mantuvieron encadenada a esta casa —observó Craven—. ¿Y ahora? ¿Crees que ha sido liberada?

—Thomas, estoy demasiado exhausta para sentir su presencia, aunque estuviera aquí. Todas estas noches he sido muy consciente de su presencia en la casa. Si sigue atrapada aquí, lo notaré de nuevo esta noche. Si está libre, sabré que se ha ido.

Craven asintió.

—Y si es así, podremos marcharnos por la mañana. No sería justo cobrarle a la señorita Creswell más del tiempo absolutamente necesario, ¿verdad? —Palmeó suavemente a Sara—. ¿Has grabado la sesión, Dan?

—Sí, pero, como de costumbre, quiero hablar con Sara antes de que pueda olvidar alguna información interesante. ¿Qué tal, Sara? ¿Crees que podrás?

—Sí, creo que sí —asintió la rubia—. Pero se está desvaneciendo rápidamente, Dan. Será mejor que te des prisa con las preguntas.

Dan miró a los otros.

—¿Les importa si hacemos esto en privado? A Sara le resulta difícil reconstruirlo todo si tiene público.

—Claro que no —dijo Anne rápidamente, emprendiendo la salida de la habitación—. Tómense su tiempo.

Los otros también salieron, pero Anne no se quedó a hablar de los acontecimientos. Se dirigió directamente escaleras arriba hasta su habitación y cerró la puerta tras ella. Luego fue a buscar su cazadora al armario. Tenía que salir de aquella casa antes de perder la cabeza.

Cuando salió de la habitación varios minutos más tarde, pudo oír las voces de Craven y Julián hablando al pie de las escaleras. Como no le apetecía pararse a dar explicaciones, decidió bajar por las escaleras traseras, que daban a la cocina y, desde allí, al exterior. Unos minutos después, Anne se zambullía en la niebla espesa y gris.

Iba a tener que tomarse su tiempo, pero el descenso no era tan peligroso como había imaginado. Podía ver varios metros por delante, y aquello le bastaba para andar con seguridad. El sonido de las olas al pie del acantilado la guiaba en la dirección correcta.

Cautelosamente, resbalando de vez en cuando sobre las húmedas rocas, Anne fue descendiendo por el acantilado hacia el mar. Una vez abajo, se dirigiría hacia el norte. Estaba muy segura de la dirección que tenía que tomar.

Cuando llegó abajo, se dio cuenta de que la marea estaba baja. No tendría problema en llegar hasta el prominente extremo norte de la pared que formaba la cala. No sabía mucho sobre el ritmo de las mareas, pero se imaginaba que habría momentos en que el mar cubriría totalmente el fondo de la cala, tal como lo indicaban los pequeños charcos que había entre las rocas.

La espesa niebla la rodeó mientras emprendía la marcha hacia el extremo norte de la cala. Por alguna extraña razón, el impulso de explorar aquella zona le resultaba irresistible. Era la única forma de aliviar aquella inquietud que se había apoderado de ella.

—¡Anne!

Se detuvo bruscamente al oír la voz de Julián a través de la niebla.

—¿Anne, dónde estás?

Sintió irritación, pero al mismo tiempo supo que no tenía más remedio que responder.

—¡Julián! —exclamó—. Sólo estoy dando una vuelta. No te preocupes por mí.

No hubo respuesta, pero ella notó que Julián estaba empezando a bajar el pequeño acantilado. De pronto, otro pensamiento acudió a su mente, haciéndola olvidarse de su decisión de explorar el extremo norte de la cala.

No tenía sentido que Julián se expusiera a aquella niebla húmeda y helada. Tenía que mantenerse bien caliente en la casa. No lo sabía con seguridad, pero aquel aire frío podría provocarle un nuevo ataque de su violenta fiebre.

—¿Julián?

Frunciendo el ceño, trató de determinar por dónde estaba bajando por el sonido. Se movía mucho más silenciosamente de lo que había imaginado. Sería otra de sus habilidades aprendidas durante su antiguo trabajo.

—Aquí —gruñó él, emergiendo bruscamente de entre la niebla.

Su expresión era de tensa furia.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—¿Que qué estoy haciendo? —replicó ella, contemplando la gastada cazadora de cuero y los vaqueros de Julián—. A ti es a quien habría que preguntárselo. Sólo estoy dando una vuelta. ¡Pero no tiene sentido que tú andes por ahí en un día como éste! ¿No tienes sentido común? ¿Acaso estás intentando deliberadamente sufrir otro ataque de fiebre?

Él avanzó hacia ella, con las manos metidas en los bolsillos de la vieja cazadora.

—Sólo a una estúpida se le puede ocurrir salir a dar una vuelta un día como éste.

—Me apetecía. No hay ningún peligro para mí. Tú eres quien estaría mejor en la casa. Vuelve allí, Julián. No quiero que vuelvas a ponerte enfermo.

Se dio la vuelta, con la intención de proseguir su marcha, pero se vio interrumpida por los férreos dedos de Julián en torno a su brazo.

Inmediatamente se dio cuenta de que estaba furioso.

—Lo siento si el que yo esté enfermo es una carga para ti —

empezó a decir él salvajemente.

—Oh, Julián, yo no quería…

—Pero ten siempre presente que yo no te pedí que me cuidaras cuando tuve aquel maldito ataque. Fuiste tú quien apareció en medio de la noche. Eres tú la que ha insistido en jugar a la enfermera. Si lo encuentras aburrido, no es culpa mía.

—Julián, sabes muy bien que yo nunca…

—Querías mi ayuda, dijiste. Mi protección. Bueno, pues la tienes. Pero uno de los tratos que hicimos fue que yo daba las órdenes, ¿recuerdas? Y en este instante te digo que no quiero que salgas a dar paseos solitarios por la niebla. Esta región es traicionera. No sabes nada de mareas ni del terreno. Además, ya que parte de mi trabajo consiste en no quitarte el ojo de encima, lo último que voy a dejar que hagas es deambular sola por ahí.

—Sólo quería dar una vuelta, Julián. Me sentía muy nerviosa, ahí encerrada en la casa.

—Te has estado portando de forma muy rara todo el día —replicó él—. Desde esta mañana, cuando saliste disparada hacia el cuarto de baño, hecha una furia.

—Bueno, ¿qué esperabas, después de decirme que estabas tratando de recuperar todo el tiempo que llevabas sin una mujer? —saltó ella.

—Tendrás que perdonarme mis apetencias sexuales aparte de mi tendencia a ponerme enfermo en los momentos más inoportunos. Pero ten bien presente que a veces se consigue en la vida lo que se anda buscando. Y tú me andabas buscando a mí y me has conseguido. Si no respondo a tus expectativas, es una lástima. En este momento estás atada a mí. Y ahora enfila tu precioso trasero cuesta arriba antes de que tenga que arrastrarte.

Anne tragó saliva, pues sabía que no tenía nada que hacer. Julián era muy capaz de hacer exactamente lo que decía. Lanzándole una mirada irritada, emprendió la subida.

Ninguno de los dos dijo nada mientras ascendían hacia la casa. Anne sentía crecer su ira por momentos. Cuando llegaron, Julián dijo secamente:

—En cuanto al asunto de mis apetencias sexuales…

—¿Qué pasa con ellas?

Él respiró hondo.

—Me malinterpretaste esta mañana.

—¿Ah, sí?

—¡Nunca quise decir que, si estaba contigo, era a causa de haber pasado seis meses de abstinencia!

—¿Ah, no? —inquirió ella sarcásticamente.

—Anne, quería hacer el amor contigo esta mañana porque… porque te deseaba —dijo tensamente—. Siempre te he deseado, desde el momento en que te conocí, de hecho. Y tú lo sabes.

Anne cerró los puños dentro de los bolsillos de su cazadora roja.

—¿Ah, sí?

—¡Sí, maldita sea, sí que lo sabes! Porque tú también me deseaste desde el primer momento.

Anne se encogió, incapaz de pensar en una respuesta rápida a aquello. Porque era cierto.

—¿Estás intentando por casualidad, con tu inimitable estilo, disculparte por tu comentario más bien torpe de esta mañana?

—No me estoy disculpando, estoy explicándotelo —le soltó él.

Anne sonrió.

—Ah, sí, pero para ti, Julián, creo que eso constituye una disculpa. Probablemente la única que podré saborear.

Él la miró con recelo.

—¿Eso quiere decir que vas a dejar de actuar de esa forma tan rara?

—¿Realmente me he estado portando de una forma tan extraña?

—Bueno, has estado… distante. Como si tuvieras algo continuamente en la cabeza. Estás de malhumor y no has mostrado el menor interés por la actuación de nuestros investigadores.

—Ya te he dicho esta mañana que me sentía tensa. Inquieta. No puedo explicarlo, Julián. Supongo que todo este asunto me está afectando. Me alegraré cuando haya terminado.

—¿Es el asunto de los fantasmas lo que te inquieta o se trata de nosotros? —preguntó él bruscamente—. Esta mañana dijiste algo de que querías tiempo.

—Creo que sería una buena idea —murmuró ella suavemente—. Supongo que estarás de acuerdo en que las cosas se nos han escapado de las manos esta última semana.

—¿Porque nos acostamos? ¿Eso es lo que tú llamas escapársenos de las manos?

—¿Entonces tú, por lo que veo, no lo entiendes de la misma forma? —le preguntó ella secamente.

Él se encogió de hombros.

—No. Mientras tú y yo estemos cerca, el sexo es inevitable.

Anne volvió a sentir ira.

—¡Bueno, si la proximidad es lo único que afecta a tu vida amorosa, esta noche puedes dormir sólo en tu habitación, Julián!

Capítulo 10

El sexo no era lo único inevitable, fue la conclusión a la que llegó Anne mucho más tarde aquella noche mientras se metía sola en la cama. Si seguía cerca de Julián Aries, se iba a sentir cada vez más atada a él. Claro que tal vez su amor por él había sido inevitable desde un principio.

Anne se volvió hacia la ventana. Seguía la niebla. Pero estaba segura de que, con una linterna, podría bajar fácilmente el acantilado.

Carlota lo había hecho una noche de niebla como aquélla. Pero no llevaba un camisón de encaje negro. Iba ataviada con un traje de montar de hombre que se había hecho confeccionar en secreto.

Anne se incorporó bruscamente, sobresaltada por la absoluta certeza que sentía respecto a los hechos que acababan de acudir a su mente. Sabía, de una forma que no podía explicar, que Carlota había bajado a la cala de noche y que allí había dejado algo… algo muy importante.

Disgustada consigo misma, Anne trató de detener el curso de sus pensamientos. ¡Como si no tuviera otras cosas sobre las que especular! Julián, por ejemplo.

Julián no le había dicho prácticamente nada desde la cena. De hecho había dicho muy poco desde que la había obligado a subir el acantilado a marchas forzadas. Pero había asomado la cabeza por la puerta antes de acostarse para recordarle que echara el cerrojo.

—¿Te preocupa algo? —le había preguntado ella.

—Craven y sus amigos se marchan por la mañana. No quiero

que intenten llevar a cabo alguna idea de último minuto —fue lo único que dijo antes de encerrarse en su habitación.

Su irritación y su impaciencia habían sido palpables. Anne sabía que ella no se estaba comportando con su habitual ecuanimidad, pero se sentía incapaz de explicar su tensión nerviosa. Se volvió a tumbar y deseó que Julián no la hubiera descubierto antes de que hubiera tenido tiempo de explorar el extremo norte de la cala.

Allí abajo había una respuesta, se dijo a sí misma Anne, mirando más allá de la ventana.

El impulso de bajar se hizo abrumador. El aire parecía estar vibrando entre la cama de Anne y la ventana. Esperó tensamente a que se materializase la figura ataviada con ropa de montar, pero no sucedió nada.

«Dios mío» pensó confusamente. «Debo de haberme vuelto loca».

Anne sacudió la cabeza, tratando de despejarse. Pero la urgencia de bajar no hizo sino aumentar. Nada podía obligarla a bajar a la cala, aquello lo sabía con absoluta certidumbre. Pero había una súplica en aquella compulsión… una súplica que la conmovía. Deseaba responder a aquella súplica… brindar consuelo a quienquiera que la emitiese. El espíritu de Carlota apelaba a ella porque sentía que Anne comprendía las exigencias innegables del amor.

Tomando una súbita decisión, Anne apartó las sábanas y fue a buscar su ropa. Se vistió rápidamente y salió al pasillo, cerrando la puerta tras ella con sumo cuidado. No se oía ningún ruido en la casa y Anne bajó las escaleras muy despacio.

Igual que había hecho Carlota aquella fatídica noche.

De nuevo, la veracidad de aquel hecho se iluminó como un relámpago en su mente. Carlota había tomado un farolillo para llegar al borde del barranco. Anne fue a buscar una linterna a la cocina.

No encendió la luz hasta que estuvo afuera, e incluso entonces, sólo consiguió abrir una débil brecha luminosa en la espesa niebla. Tal como había hecho aquella tarde, se dejó guiar por el ruido del oleaje.

Anne estaba casi al borde del barranco, buscando el senderillo de gravilla que conducía hasta el fondo de la cala, cuando una sensación cosquilleante la hizo volverse.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz tensa, apuntando hacia la oscura niebla con la linterna. Iluminó una cortina de cabello pálido—. Sara, ¿qué diablos…?

Entonces vio la pistola que la joven sostenía firmemente en la mano.

Anne se quedó muy quieta.

—Sara, tengo que decirte que pierdes ese dulce atractivo de mujer inocente cuando sostienes una pistola.

—Ya que ese atractivo no funcionó con tu amante, no tiene sentido seguir actuando, ¿no te parece? —observó Sara, y su voz ya no sonaba dulce y melancólica, sino fría y metálica.

—¿Te importa decirme a qué viene la pistola?

Sin saber qué otra cosa hacer, Anne mantenía el haz de luz sobre la joven.

—Es bastante sencillo. Porque tu nombre no es Anne Melton, sino Anne Silver.

Anne cerró los ojos.

—¿Desde hace cuánto que lo sabéis?

—Desde el principio.

—¿Dónde está Craven? ¿Y Dan?

Era absurdo, pero a Anne no se le ocurría otra cosa que preguntar. Era evidente que no tenía sentido negar su identidad.

—Craven y Dan están vigilando al señor Aries —le aseguró Sara —. Todos hemos pensado que yo podría encargarme de ti sin necesidad de ayuda. Y creo que estábamos en lo cierto, ¿no te parece?

—Me da la impresión de que estás disfrutando con esto.

—Así es —reconoció Sara tranquilamente—. Resulta bastante satisfactorio. ¿Qué esperaba conseguir, señorita Silver? ¿Creía que nos iba a engañar con tanta facilidad? Su hermano lo creyó, evidentemente. Tal vez la estupidez sea una característica familiar.

—Intentasteis matarle, ¿verdad?

—La próxima vez nos aseguraremos de tener éxito. Tanto éxito como el que vamos a tener esta noche contigo y con Aries. ¡Qué estúpidos habéis sido!

—¿Cómo habéis llegado a enteraros de todo?

Anne sabía que iba a tener que empezar a pensar con claridad, pero en aquel momento lo único que conseguía hacer era mantener

la linterna a una altura razonable y seguir haciendo preguntas. ¿Qué le estaba ocurriendo a Julián?

—¿Sobre ti? Oh, ha sido bastante sencillo. Cuando la señorita Creswell nos contrató y nos informó de que su sobrina iba a encargarse de todo, tomamos la precaución de averiguar quién era la «sobrina». Al parecer no hay ninguna. Sólo un sobrino que vive en Europa. Normalmente no nos habríamos tomado la molestia de comprobarlo, pero últimamente, entre una cosa y otra, nos hemos visto obligados a tomar más precauciones. Estoy segura de que puedes comprenderlo.

—¿Y esta noche estáis planeando más accidentes? —inquirió Anne, jadeante.

—Una desgraciada caída por el acantilado. Pero no aquí, cerca del sendero. El barranco no es lo bastante alto como para que parezca creíble. No, creo que va a tener que ser en el extremo más alejado de la cala. Así que más vale que nos movamos. Adelante, señorita Silver.

Anne consideró sus posibilidades y las encontró extremadamente limitadas.

—No te atreverás a dispararme. Si me encuentran con una bala en el cuerpo, va a ser un poco difícil que las autoridades emitan un veredicto de «muerte accidental».

—Hemos planeado esto muy bien —dijo Sara, riéndose entre dientes—. Te dispararé si no tengo más remedio. En ese caso, lo haremos parecer una riña de amantes. Haremos que parezca que Aries apretó el gatillo y luego disparó contra sí mismo. Elige, el mar o una bala.

—Tal vez pueda sobrevivir en el mar —señaló Anne calmadamente.

A una indicación de Sara con la punta de la pistola, se puso en marcha. El agua al pie de los acantilados no era particularmente violenta aquella noche. Y un poco más adelante había una poza profunda donde las olas subían y bajaban más bien perezosamente. Si saltaba en el momento en que las olas estuvieran altas, habría suficiente profundidad para absorber el impacto. Un poco más arriba, sin embargo, el oleaje podría destrozar fácilmente a una persona contra las rocas.

—Estarás inconsciente cuando llegues al agua, me temo —le

explicó amablemente Sara—. Tú y Julián. No hay muchas posibilidades de sobrevivir en el océano si antes se recibe un golpe, ¿verdad?

Anne no dijo nada. Iba siguiendo el camino con el haz de la linterna y, de vez en cuando, lo dirigía hacia las aguas. Unos pocos metros más adelante llegaría a la parte del acantilado que se cernía sobre la poza. Sara la seguía a una distancia segura, pero no podía arriesgarse a perder a Anne en la niebla.

Anne observó que, cuando la niebla se hacía más espesa, Sara se acercaba más a ella. Mientras siguiera sosteniendo la linterna, seguiría siendo un blanco para la pistola de la rubia.

—¿Cómo sabías que había salido de la casa esta noche, Sara?

—Habíamos planeado actuar esta noche. Estaba a punto de ir a tu habitación cuando tú, muy amablemente, abriste la puerta, y saliste escaleras abajo. Así que me limité a seguirte mientras Thomas y Dan iban a arreglar el asunto con tu amante. ¿Sabes?, sentí bastante que mi pequeña actuación con Julián no funcionara la otra noche. Resulta bastante interesante en algunos aspectos. A pesar de su cojera y de la cicatriz de la cara, hay en él algo fascinante. ¡Lástima que esté en paro y enamorado de ti! De todas formas, yo prefiero a mis hombres ricos y entregados por entero a mí —dijo, riendo.

—¿Como Thomas Craven? —aventuró Anne.

—Sí, Thomas es bastante rico y está muy enamorado de mí. No sabe que hice esa pequeña excursión nocturna para ver a Julián. Me temo que no le haría mucha gracia.

—¿Y qué hay de Dan?

—Oh, Dan y yo somos simples socios. Hacemos un buen equipo. Nuestra sociedad resulta bastante lucrativa.

—Sara… —Anne dudó, pero le pudo la curiosidad—. ¿Eres realmente médium o es todo fingido?

—Todo fingido. Me temo que creo tan poco como tú en los fantasmas. Lástima que no hayáis podido asistir a uno de nuestros espectáculos completos. No pensamos que valiera la pena. Al fin y al cabo, no ibais a vivir lo suficiente para apreciarlo. Normalmente montamos todo el espectáculo. Incluso conseguimos una «manifestación» de la presencia. Lo hacemos todo con una sofisticada tramoya que solemos llevar con nosotros. A nuestros

clientes suele encantarles.

—Entiendo. ¿Entonces no viste ni sentiste nada durante aquella primera sesión?

—Nunca veo ni siento nada durante las sesiones, aparte de la ingenuidad de mi público —murmuró Sara—. No vayas tan rápido. No querrás que te pierda ahora, ¿verdad? ¡Maldita niebla! ¡Tenía que haber cogido mi linterna!

En aquel momento, el viento helado proveniente del mar despejó lo suficiente la niebla como para que Anne comprobara que habían llegado a las proximidades de la poza. Casi inmediatamente, la niebla volvió a cerrarse, envolviéndola totalmente. Anne se dio cuenta de que no iba a tener mejor oportunidad. También se dio cuenta de que, durante unos segundos, la luz de la linterna era el único punto de referencia visual que Sara podía tener hasta que aquel jirón de niebla volviera a clarear.

Anne lanzó la linterna lejos, sin preocuparse de la dirección, y se arrojó al suelo.

—¡Maldita sea! —chilló Sara, furiosa.

Un segundo más tarde rugió su pistola. Antes de que el eco se hubiera desvanecido en la noche, la rubia se lanzó frenéticamente hacia adelante y tropezó con el cuerpo tumbado de Anne.

—¡Perra! —exclamó Sara entre dientes mientras se desplomaba.

Anne trató de recuperar el aliento que había perdido con el impacto del cuerpo de Sara. E inmediatamente trató frenéticamente de agarrarla por un brazo, una pierna o un mechón de aquel pelo rubio.

Las dos mujeres se enzarzaron en un primitivo combate. Anne olvidó todo lo que había aprendido alguna vez sobre comportamiento femenino. Luchó como pudo con brazos, piernas y dientes mientras la niebla volvía a espesarse en torno a sus cuerpos entrelazados.

Agarrando un largo mechón de su pelo rubio, Anne tiró violentamente mientras Sara trataba de llegarle a los ojos. Ambas rodaron hacia un lado sin soltarse.

Y entonces el mundo pareció abrirse bajo sus cuerpos. Anne sintió aire donde debía haber habido roca y, horrorizada, se dio cuenta de que ella y Sara habían rodado sobre el borde del acantilado. No había donde agarrarse.

Anne oyó el escalofriante chillido de Sara y las dos mujeres cayeron. Una décima de segundo después, el agua helada pareció subir hacia ellas para atraparlas en el aire. Anne consiguió respirar antes de hundirse. Y luego no hubo nada sino frío y silencio mientras una enorme ola la engullía entre sus fauces.

* * *

Julian se despertó con una sensación de peligro que creía haber olvidado durante aquellos últimos meses. Se mantuvo perfectamente inmóvil, tumbado boca abajo en la cama, y trató de identificar lo que le había despertado.

El silencio reinaba en la casa.

Pero no era un silencio normal. Instintivamente, estaba seguro de aquello, y hacía tiempo que había aprendido a confiar en sus instintos. Alguien estaba tratando deliberadamente de no hacer ruido. Alguien estaba entrando en su habitación. Alguien que tenía una llave de la antigua puerta. Había atrancado el cerrojo de Anne para que no se pudiera abrir desde el exterior, pero no había hecho lo mismo con el suyo. En parte por curiosidad, supuso. Se podía conseguir mucha información sobre alguien besándose en la simple observación de si atravesaba o no una determinada puerta.

¿Sería Hargraves o Craven?, se preguntó. ¿Y por qué aquella noche? Estaba claro que el absurdo plan de Anne no había salido bien. Si hubiera tenido tiempo unos días antes, podría haber tomado unas cuantas precauciones más. Pero Anne no le había dado tiempo. Se había empeñado en llevarlo a cabo según el programa previsto. «Cuando todo esto acabe», pensó Julián. «Voy a hablar muy seriamente con ella».

Al menos nadie podría entrar desde fuera en la habitación de Anne.

Tenía que ser Hargraves. Craven no podría moverse tan bien. El problema real en aquel instante, pensó Julián, era ver lo bien que era capaz de moverse él.

No había entrado nada de luz al abrirse la puerta, lo cual quería decir que Hargraves había apagado la del pasillo antes de entrar. Así que iban a tener que actuar a oscuras.

Otra vieja sensación familiar invadió sus sentidos. La tensión de la caza. La energía vibraba en su cuerpo mientras la espera se prolongaba. ¿Sentiría Hargraves lo mismo?

El silencioso ataque, cuando se produjo, no fue tan profesional como Julián había temido. Hargraves era bueno, pero no fantástico. Julián sintió el impulso del ataque nada más iniciarse.

Se retorció hacia un lado, arrojándose sobre el borde de la cama mientras algo sólido y muy pesado aterrizaba sobre donde debía haber estado su cabeza. Julián pudo ver el cuerpo de su atacante y se dio cuenta de que Hargraves había perdido el equilibrio. En aquel instante, supo que la ventaja era suya.

Se levantó de la alfombra con un coordinado movimiento en espiral que le lanzó contra el estómago de Hargraves. Ambos se desplomaron pesadamente al suelo.

Julián no perdió ni un segundo. Su habilidad residía en sus manos y las usó eficazmente. Hargraves se recuperó con sorprendente rapidez, tratando de librarse del peso de Julián.

Ambos hombres rodaron sobre la alfombra hasta chocar contra la pared. Hargraves lanzó un puñetazo que Julián logró evitar a duras penas. Aquello le dio la oportunidad que esperaba. Golpeó con todas sus fuerzas a Hargraves en la garganta con el canto de la mano. Hargraves gruñó y se quedó totalmente inmóvil.

Julián, jadeante, maldijo la debilidad de su cuerpo, al que no había puesto a prueba en muchos meses. Dios, qué bajo de forma estaba. Se puso torpemente en pie, sintiendo el dolor de los golpes que le había logrado propinar Hargraves. Agachándose otra vez, le puso tres dedos a Hargraves en el cuello para comprobar su pulso. El tipo viviría, pero estaría un buen rato inconsciente.

Miró a su alrededor en la habitación y recordó el lazo que colgaba de adorno en una de las paredes. Ahogando un gemido de dolor mientras su pierna mala protestaba por la inesperada actividad, fue a buscar el lazo enrollado y regresó para atar a su víctima. Trabajó rápidamente, pensando en su siguiente paso mientras comprobaba los nudos. Podría sacar a Anne de la casa utilizando la salida del balcón. Las llaves del coche que habían alquilado en Los Ángeles seguían en su bolsillo. Una vez se hubieran alejado de la mansión Creswell, haría unas cuantas llamadas y dejaría todo arreglado.

Y entonces le diría cuatro cosas a Anne Silver.

Pero, en realidad, Julián sabía lo que le irritaba era su propia estupidez por haber permitido que ella siguiera adelante con la farsa.

Una vez hubo acabado de atar a Hargraves, se puso en pie y, tratando de ignorar el dolor que atenazaba su pierna, se vistió rápidamente. Luego, cogiendo una estatuilla de bronce de encima de la mesa, abrió la puerta que daba a la habitación de Anne.

—¿Anne? —susurró, alargando la mano hacia el interruptor.

—No está aquí, me temo —anunció alegremente Thomas Craven mientras la luz revelaba su corpulenta figura en el otro extremo de la habitación—. Por alguna razón enteramente incomprensible, la señorita Silver ha considerado conveniente salir a dar una vuelta nocturna por los acantilados. No hay problema. De todas formas, era la dirección que le teníamos asignada. Sara ha ido tras ella, no fuera que la señorita llegara a sufrir algún accidente no programado.

—¿Prefieren ustedes los programados?

Julián se había quedado totalmente inmóvil al ver el arma en la mano de Craven.

—Son siempre mucho más eficaces —dijo Craven, asintiendo amablemente.

—Excepto cuando las cosas no salen bien, como en el caso de Mike Silver.

—Sí, me temo que hubo un pequeño error en aquel caso. O los reflejos del señor Silver eran mejores de lo que Dan esperaba o Dan fracasó en su trabajo. Parece que le está sucediendo esto últimamente —prosiguió Craven, mientras indicaba significativamente el interior de la oscura habitación de Julián—. Deduzco que tampoco respondió a las expectativas allí dentro, ¿me equivoco?

—Está fuera de circulación.

Craven sacudió la cabeza.

—Es difícil conseguir buenos ayudantes hoy en día. Hargraves no consiguió siquiera llevar a cabo la simple tarea de seducir a la señorita Silver.

—Ésa no hubiera sido una tarea tan simple —gruñó Julián, sintiendo que un nuevo tipo de ira invadía sus sentidos.

Trató de ahogarla deliberadamente. Las reacciones emocionales estaban condenadas al desastre en situaciones como aquélla. Lo sabía por experiencia.

—Me temo que hubiera sido una tarea absolutamente imposible.

—Debe haberle producido usted una gran impresión a la señorita Silver en un corto periodo de tiempo, entonces. Porque, según nuestras investigaciones, ciertamente no está comprometida con usted ni con ninguna otra persona.

—¿Y por eso pensaron que Hargraves podría tener éxito en su seducción?

—Valía la pena intentarlo. ¿Quién es usted, Julián Aries? ¿Dónde encaja usted en todo esto? ¿Dónde le encontró la señorita Silver?

—Me siguió la pista hasta mi guarida. Al menos, creo que así es como lo ve ella —dijo Julián en voz baja—. En cuanto a quién soy, es fácil. Soy exactamente quien dije que era: el hombre que se va a casar con ella. Por eso es por lo que la seducción de Sara hubiera funcionado conmigo tan poco como la de Hargraves con Anne.

Por primera vez desde que había conocido a aquel hombre, Julián observó algo parecido a una emoción auténtica en su rostro. La emoción era furia.

—¿Qué intento de seducción? ¡Sara no estaba encargada de seducirle, Aries!

—¿Entonces qué hacía en mi puerta la otra noche? —inquirió Julián sardónicamente, dándose cuenta de que había puesto el dedo en la llaga. Ya era hora—. ¿Vendiendo pastelillos de girl-*scout*? La verdad es que no he visto muchas girl-*scouts* vestidas con camisones transparentes…

—¡Está mintiendo! Sara es mía, ella no se atrevería…

Pero Julián no esperó a oír más. No iba a conseguir que Craven perdiera más el dominio de sus emociones que en aquel instante. La rabia del otro hombre era la rendija que Julián necesitaba. Apagó la luz con una mano y, cuando la habitación quedó sumida en la oscuridad, lanzó la estatuilla de bronce con todas sus fuerzas en la dirección en que estaba Craven.

La pistola se disparó, ya fuera intencionadamente o debido a una acción refleja de Craven. En cualquier caso, el disparo no alcanzó su objetivo y, una décima de segundo después, un golpe sordo y un

gruñido indicaron que la estatuilla arrojada por Julián sí lo había conseguido. Julián encendió otra vez la luz, atravesó la habitación de un salto y se arrojó sobre Craven para acabar el trabajo. Pero no hizo falta. Craven estaba inconsciente.

Miró a su alrededor, buscando con qué atar a su víctima y sus ojos se posaron en el velo que rodeaba la cama. Lo arrancó de un tirón y, unos minutos después, había atado firmemente a Craven.

Una intensa sensación de urgencia hizo latir la sangre de Julián. Anne estaba ahí afuera en los acantilados, con Sara pisándole los talones.

Estaba a punto de salir cuando recordó las linternas que había en el cajón de la cocina. Cogió la primera que encontró, sin molestarse en encender la luz. Era una voluminosa linterna recubierta de goma. Seguramente era de las sumergibles, pensó fugazmente. Tal vez incluso flotara.

Abrió la puerta y trató de distinguir algo entre la espesa niebla. De pronto, vislumbró a lo lejos un rayo de luz que se movía en el aire. De pronto se quedó inmóvil y envió un débil resplandor hacia la casa. Otra linterna, pensó Julián.

El punto de luz le sirvió de guía mientras se abría paso a través de la niebla hacia el acantilado. La absoluta inmovilidad de la otra luz le preocupaba. Parecía que se hubiera caído al suelo. No quiso encender su linterna por temor a ofrecer un blanco perfecto. Había muchas posibilidades de que la dulce Sara estuviera armada, y no le cabía la menor duda de que era peligrosa.

Se acercó más al punto de luz y entonces se dio cuenta de que podía oír los ruidos de una lucha por encima del rugido del oleaje. Estaba a punto de encender su linterna cuando un súbito chillido rasgó el aire.

—¡Oh, Dios mío, Anne! —gritó mientras la luz de su linterna iluminaba a las dos mujeres despeñándose por el acantilado—. ¡Anne!

Se lanzó hacia el borde del acantilado y barrió las olas con el potente haz de luz. Nunca en su vida había experimentado una emoción tan terrible, ni siquiera cuando había pensado que nunca saldría vivo de aquella jungla.

—¡Anne! —chilló, impotente, mientras el rayo de luz no revelaba nada en las agitadas aguas—. ¡Anne, no me hagas esto!

Y entonces vio una melena rubia flotando sobre una ola. Sara. Si Sara sobrevivía y Anne no, probablemente mataría a la rubia. No le cabía la menor duda.

Pero un segundo más tarde, otro rostro apareció junto al flotante pelo rubio. Era Anne. Y la única razón por la que estaba flotando junto a ella el pelo rubio de Sara era porque Anne estaba intentando mantener a flote a la otra mujer.

—Anne, déjala. Mantente tú a flote. No gastes energía en ella —le chilló Julián mientras se quitaba las botas—. Voy a por ti.

Agarrando la linterna sumergible fuertemente con una mano, Julián se zambulló procurando no llegar muy al fondo. El impacto del agua bastó para que se le escapara de la mano la linterna. Pero cuando salió a la superficie un momento más tarde, la sintió chocar contra su hombro, arrastrada por una ola.

—¡Julián! ¡Aquí!

Él se retorció en el agua, buscando a Anne, mientras sus dedos se cerraban de nuevo sobre la linterna. Las olas eran fuertes, pero no irresistibles. Podría hacerles frente si no perdía la cabeza.

La luz iluminó el rostro de Anne, y Julián comenzó a nadar en su dirección.

Capítulo 11

Anne se sintió como si se hubiera tragado medio océano cuando salió a la superficie y descubrió a Sara flotando, inerte, junto a ella. Instintivamente, había empujado a la otra mujer, tratando de poner distancia entre ella. Entonces se había dado cuenta de que la rubia estaba inconsciente. No supo muy bien qué le había hecho agarrarla e intentar mantener su barbilla por encima de la superficie.

Tosiendo y escupiendo mientras se adaptaba al ritmo de las olas, Anne miró hacia arriba y vio un rayo de luz sobre ella. Un instante después, oyó su nombre.

Sintió simultáneamente alivio y pánico. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de decidirse por alguna reacción, Julián ya se había zambullido procurando sincronizarse con el momento más alto del oleaje. Emergió cerca de ella.

—Escoges unos momentos muy inoportunos para ir a dar vueltas por la playa —dijo él entre dientes mientras nadaba hacia ella.

—Y tú eliges unas ocasiones muy extrañas para ir a nadar —trató de replicar, pero el inmenso alivio que sentía de tenerle junto a ella eliminó todo sarcasmo de su voz—. Oh, Julián, me alegro tanto de verte. ¿Cómo sabías que…?

—Luego —su poderosa mano la agarró, ofreciéndole el necesario apoyo—. ¿Por qué la mantienes a flote? —le preguntó indicando a la inconsciente Sara, que empezaba a agitarse y toser.

—No sé. No me parecía bien dejarla.

—Ya la sujetaré yo, si eres tan blanda de corazón que no quieres dejarla detrás. Pero nos va a costar llegar hasta la orilla. No

podemos escalar esa pared de piedra que tenemos delante, y puede ser peligroso internarse más en la cala en pleno reflujo de la marea. Tendremos que intentar otra dirección.

—Julián, allí, en el extremo de la cala —dijo Anne, y comenzó a nadar decididamente en aquella dirección, como guiada por una súbita revelación.

—¡Anne, espera!

Pero Anne sabía que Julián la estaba siguiendo, sin soltar a la casi inconsciente Sara. Anne se dirigía hacia la prominente roca. Las olas rompían con violencia contra sus costados, pero llegar a la misma punta resultaba comparativamente simple. El desgastado frente de la roca funcionaba como la proa de un barco, dividiendo en dos el agua. Anne procuró situarse en la franja donde el agua estaba más tranquila y en poco tiempo consiguió hacer pie.

—Aquí, Julián.

Le vio luchando contra el agua detrás de ella, arrastrando a Sara sin excesivos miramientos.

Se puso de pie cuando llegó a su altura e iluminó con la linterna la oscura grieta en el frente de la roca.

—¿Qué diablos…? Es una cueva. ¿Cómo sabías que existía, Anne?

—Ya te lo explicaré luego —dijo ella, encaramándose hacia la negra abertura—. Dame la linterna y te ayudaré a subir a Sara.

—Sería una locura quedar atrapados en esa cueva, Anne. La marea está subiendo. El agua entrará por esa abertura en pocos minutos.

—No, es segura. Se abre a la playa por el otro lado de la cala.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

No iba a explicarle por qué estaba tan segura, se dijo Anne. Los hombres podían llegar a ser muy testarudos a veces y aquél no era momento para discusiones.

—Si estás segura de que esta cueva tiene otra salida… —empezó a decir Julián con evidente mala gana.

—Lo estoy. Y eso nos ahorrará tener que hacer un largo trayecto nadando hasta la playa. Vamos, Julián. El agua está fría.

A Anne le preocupaba que Julián pudiera sufrir otro ataque de fiebre. Tenía que llevarle adonde tuviera calor y seguridad. Ella

misma estaba agotada y no sabía de dónde podía sacar Julián su energía.

Sin más discusión, Julián alzó en vilo a Sara hacia la cueva y luego se encaramó él.

—Anne, este lugar podría ser una trampa si te hubieras equivocado respecto a la otra abertura.

—Por aquí —dijo ella, tratando de arrastrar a Sara. La rubia gruñó y se retorció débilmente.

—Muy bien —dijo Julián, volviendo su atención hacia Sara—. Ponte de pie, Sara, o te dejaremos aquí mismo.

—No, yo… —balbuceó Sara, escupiendo agua.

Sin embargo su respiración era razonablemente normal. Parecía mareada. Se puso en pie, tambaleante, apoyándose en las húmedas paredes de la cueva. Entonces pareció darse cuenta de la presencia de Julián.

—Ayúdame —susurró con su voz más teatral—. Ha sido una pesadilla. No sabes lo que es tener que trabajar para ese hombre. Me ha obligado a hacer las cosas más horribles.

—Creo que tenías razón, Julián —la interrumpió Anne, asqueada—. Vamos a dejarla aquí mismo.

—No podéis hacer eso. Os he oído decir que el agua va a llegar hasta aquí —protestó Sara.

—Entonces, andando. Estoy harto de arrastrarte —le dijo Julián —. Vámonos, Anne.

Empujó a Sara detrás de Anne y luego le tendió la linterna a Anne.

—Al parecer tú eres la guía aquí. Más vale que sepas lo que haces, cariño, o me parece que voy a estar de muy mal humor cuando todo esto acabe.

—No me digas.

Anne tomó la linterna y comenzó a avanzar hacia el interior de la cueva con paso seguro. No le gustaban las cuevas… odiaba la sensación de claustrofobia que le producían. Carlota también las había odiado. Pero sabía que la salida estaba arriba y que se abría a la playa.

Carlota había atravesado apresuradamente aquel túnel, aprovechando la marea baja. En el otro extremo, estaría esperándola su amante. Y harían apasionadamente el amor sobre la

suave arena junto a la salida de la cueva antes de que regresara la marea. Era la marea la que les imponía siempre los límites. Carlota tenía que estar de vuelta antes de que el agua entrara por la parte inferior de la cueva.

—¿Anne?

—Sí, Julián, ya casi estamos fuera. Sólo unos metros más.

Siguiendo las vueltas, revueltas y giros del antiguo túnel que bordeaba la roca, Anne había perdido el sentido de la orientación. No le extrañaban las dudas de Julián. Pero iban a salir. Lo sabía.

Entonces tropezó con un objeto pesado tirado en el suelo de la cueva y cayó al suelo.

—Cariño, ¿estás bien? Apártate, Sara. —Julián avanzó para recuperar la linterna y ayudar a Anne a levantarse.

—Sí, sí, estoy bien, Julián. Déjame la linterna. Deprisa —susurró mientras una sensación de frenética excitación invadía su cuerpo. La respuesta y el final estaban allí en la cueva—. ¡Julián, mira!

Julián bajó la mirada hacia la caja con la que había tropezado Anne. No era un objeto muy grande y estaba medio enterrado entre la suciedad y los deshechos. Aquella parte de la cueva estaba sorprendentemente seca, lo cual indicaba el hecho de que el agua no solía llegar hasta allí.

—Es sólo una vieja caja que alguien dejó aquí.

—Carlota la dejó —dijo Anne sombríamente mientras se arrodillaba para desenterrar la caja.

—¡Carlota! ¿Estás loca? —inquirió Sara, apoyándose en Julián —. Tenemos que salir de esta horrible cueva. Podemos estar internándonos en un callejón sin salida. ¡Quedaremos atrapados aquí dentro!

—Cállate —dijo Julián. Se separó de ella y enfocó la linterna hacia Anne, que estaba tratando de desenterrar la caja—. Anne, tenemos que salir de aquí. Deja eso ahora. Podemos volver en otro momento.

—Ya casi lo tengo —dijo ella, estirando del pequeño cofre.

Cuando logró quitar la capa de suciedad de un siglo, Anne sintió la satisfacción y la gratitud que de pronto inundaron la cueva. Se puso en pie, anonadada por la inmensa emoción de Carlota.

—Julián, está libre. Carlota está libre. Se está yendo ahora, puedo sentirlo.

El rostro de Julián, iluminado por la débil luz que le llegaba de la linterna, expresaba preocupación.

—Vamos, cariño. Vámonos. Todo está bien, pero tenemos que salir de aquí.

—Oh, deja de hablarme como si me hubiera vuelto loca —gruñó ella, agarrando el cofre y emprendiendo la marcha hacia el otro extremo de la cueva—. Ya te lo explicaré todo más tarde.

Julián se volvió para agarrar con firmeza a Sara mientras Anne aceleraba el paso.

—Allí, ¿no sientes el viento? Ya estamos casi en la playa.

Anne salió por la boca de la cueva un momento más tarde. Sobre su cabeza, las estrellas brillaban. La niebla se había despejado casi totalmente.

—Tengo mucho frío —se quejó Sara.

Todos tenían frío. El temor de Anne por la salud de Julián volvió a intensificarse.

—Julián, no podemos volver a la casa. Craven y Dan estarán allí.

—Sí, pero no nos van a causar ningún problema, los dejé bien atados en nuestras habitaciones. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar el camino de vuelta —miró a su alrededor, barriendo la playa con el haz de luz—. Hemos salido más lejos de lo que pensaba.

—Te vas a quedar helado hasta los huesos —dijo Anne, preocupada.

—Tú también. Vamos a movernos —gruñó él.

—Pero la fiebre…

Él le lanzó una mirada feroz y ella se calló inmediatamente.

Sara se había quedado muda nada más oír que Craven y Hargraves estaban neutralizados. Siguió avanzando sombríamente, agarrada con firmeza por Julián.

Llegaron a la silenciosa casa poco tiempo después y Julián envió a Anne arriba a buscar ropas secas y mantas. Cuando regresó con ello, Anne descubrió que Julián había encendido un fuego.

—Julián —dijo muy cautelosamente—. Craven está tumbado en el suelo de mi habitación, gimiendo.

—Vivirá.

Ante aquella muestra de fría profesionalidad, Anne no supo qué decir. Ella y Sara se desnudaron mientras Julián les daba la espalda

y hacía lo mismo sin el menor reparo. Una vez se hubieron vestido otra vez, Julián cogió el cinturón de cuero que Anne estaba a punto de ponerse y se dispuso a atarle las muñecas a Sara.

Anne contempló incómodamente cómo Julián le ataba a Sara las manos a la espalda metódica y más bien brutalmente. Luego, la lanzó sin ningún miramiento sobre el sofá y la cubrió con una manta. La otra mujer le miró, furiosa, pero no dijo nada.

—Julián, no va a hacer ningún daño ya.

Ella lanzó una mirada de soslayo y Anne contuvo el aliento al ver el brillo despiadado de sus ojos dorados. Entonces recordó lo que había dicho Sara respecto a que un Aries podía ser un peligroso oponente.

—Trató de matarte. No esperes que la trate como a una princesa. La dulce Sara tiene suerte de seguir viva y creo que lo sabe. Ve a buscar algo caliente para beber, Anne. Yo tengo que hacer un par de llamadas telefónicas.

Anne miró una vez más la expresión fría, despiadada, de su rostro y recordó haber pensado que probablemente Julián no debía ser una persona muy agradable mientras estaba trabajando. Sacudiendo la cabeza se dirigió a la cocina, mientras Julián cogía el teléfono.

Anne regresó un rato después con una bandeja con tazas y una cafetera. Se sentía mejor, pero aún notaba el frío en el cuerpo. Volvió a preocuparse por la salud de Julián, pero una mirada a su rostro mientras acababa de hablar por teléfono le bastó para convencerse de no sacar el tema.

—No te preocupes. Los tres hablarán. Yo me encargaré. Tú preocúpate sólo de dejar las cosas arregladas con la policía local. Yo me encargo del resto. Lo sé, lo sé —se detuvo a escuchar impacientemente—. Steve, ¿no te he dejado las cosas siempre bien resueltas? Bueno, pues esta vez no es diferente —otra pausa—. Muy bien, esperaré. Y gracias, Steve —colgó el teléfono y se volvió hacia Anne—. Muy bien. Café. Lo estaba necesitando.

Anne le tendió una taza y estaba a punto de tenderle otra a Sara cuando se dio cuenta de que la otra mujer difícilmente podría tomarla con las manos atadas.

—Olvídala. Sobrevivirá sin una taza de café —dijo Julián.

Sara le miró furiosamente, pero había miedo también en su

mirada. Anne se dio cuenta de que la otra mujer ya no se sentía muy tranquila respecto a Julián. Sin hacer caso del comentario de Julián, Anne le acercó la taza a Sara a los labios y dejó que bebiera un poco.

Julián sacudió la cabeza.

—Eres demasiado blanda, Anne.

Se recostó en el sillón, mirando pensativamente el fuego.

—Los polis estarán aquí pronto.

—¿Los has llamado?

—Sí. Y también he llamado a un tipo con el que trabajaba. Está encargado de la coordinación de ciertas actividades de refuerzo a la policía federal en esta parte de California. Va a hacerse al cargo de la situación y estoy seguro de que Sara y sus amigos de arriba le van a contar todo a los polis, ¿no es cierto, Sara?

—Hijo de perra —dijo Sara, retorciéndose en el sofá con evidente incomodidad.

—Sí. Ya me lo han dicho en anteriores ocasiones.

Dejó la taza de café y se puso en pie, pasándose una mano por el pelo todavía húmedo.

—Creo que será mejor que suba arriba a asegurarme de que Craven y Hargraves comprenden lo hijo de perra que puedo llegar a ser cuando la situación lo requiere.

—¿Julián? —Anne alzó la cabeza ansiosamente.

—Quédate aquí y mantén vigilada a nuestra médium.

Julián se dio la vuelta y se dirigió hacia la escalera con una sonrisa de fría determinación que lo decía todo. Anne sabía que la pierna le estaba doliendo y sabía también que nunca lo reconocería.

—¿Quién diablos es él? —inquirió furiosamente Sara entre dientes mientras Anne le acercaba otra vez el café.

—El hombre al que amo.

Cuando un coche entró en la calzada circular un momento más tarde, Anne se puso en pie, diciéndose que tenía que ser la ley. Habían venido rápidamente, teniendo en cuenta lo aislada que estaba la casa, pensó mientras abría la puerta.

—¡Prue! ¡Santo Dios! ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche?

Prue alzó la mano derecha y dejó ver una pequeña pistola de siniestro aspecto. Suspiró con tristeza.

—Me temía mucho que Craven y los otros dos pudieran estropear hasta un plan tan simple como el que había preparado para esta noche. Y como eres tú la que abre la puerta, no puedo sino suponer que tenía razón —indicó a Anne con un gesto de que volviera a entrar en el vestíbulo—. ¿Dónde está Julián?

—Ocupado —le espetó Anne desafiantemente, tratando de adaptarse al último giro de los acontecimientos.

—Entiendo. Entonces tendremos que esperarle, ¿no te parece?

—Prue —exclamó Sara con voz ronca desde la sala de estar cuando oyó la voz de la otra mujer—. ¡Aquí!

—Cállate, idiota —le dijo Prue Gibson mientras hacía entrar a Anne delante de ella en la sala de estar.

Entonces miró las manos atadas de la rubia.

—Querida mía, eres una espléndida actriz, pero tienes tus limitaciones en otros campos, ¿no? ¿Dónde están Thomas y Dan?

—Arriba. Aries les está amenazando o algo así.

—¡Julián! Es Prue. Tiene una pistola —chilló Anne y luego trató de tirarse hacia un lado cuando Prue intentó golpearla en la cabeza con el cañón de la pistola.

La pistola rozó a Anne, quien tropezó contra la mesa de café. Alargó la mano instintivamente para agarrarse y golpeó el sucio cofre que habían recogido del suelo de la gruta. Fue volando al suelo y el antiguo cerrojo enmohecido se partió fácilmente. El cofre se abrió, dejando escapar un collar.

—Cógelo, perra —le ordenó Prue, sin apartar la mirada del pesado y adornado objeto que sobresalía por el borde de la caja—. ¡Cógelo!

Anne dudó un instante antes de obedecer. No se oía ningún ruido en el piso de arriba y se preguntó por qué Prue no estaba prestando atención a aquel silencio; la otra mujer sabía que Julián estaba allí arriba. ¿Por qué estaba mirando el collar como si estuviera hipnotizada?, se preguntó.

Y Prue no era la única fascinada por la joya. Desde el sofá, Sara la contemplaba también ávidamente, como en trance.

—Una fortuna —jadeó Prue—. Debe valer una absoluta fortuna. ¿De dónde ha salido?

—De la cueva. Tropezó con el cofre cuando salíamos de una cueva en la playa —dijo Sara, inclinándose hacia adelante, para

estudiar más de cerca el collar.

Era un collar interesante, Anne tenía que reconocerlo, pero no acababa de entender qué tenía para fascinar tanto a Sara y Prue. De todas formas, no estaba dispuesta a preguntarles los motivos de su fascinación. Cautelosamente, se movió hacia el cofre caído, buscando una salida.

Vio moverse una sombra con el rabillo del ojo y Anne contuvo el aliento. Julián estaba en el umbral de la puerta. Tal vez había usado las escaleras de atrás, pensó Anne vagamente.

Prue ni siquiera se preocupaba de apuntarla con la pistola, tan hipnotizada como estaba por el brillo del collar.

—Dios mío, eso son esmeraldas —susurró Prue.

—Y la montura es de oro. Mucho oro —dijo Sara.

Anne se preguntó cómo podían saber qué joyas o qué metal se ocultaba bajo la suciedad de un siglo de antigüedad. Anne se movió obedeciendo las órdenes de Prue. Confiaba en que Julián supiera cuándo y cómo entrar en acción.

—Rápido —dijo Prue con brusquedad—. Recógelo y dámelo.

Los dedos de Anne se cerraron en torno al collar de Carlota y en aquel preciso instante supo que se lo había dado a ella. El pasarle aquel collar a otra mujer enamorada había sido la llave de Carlota hacia la libertad.

—No puedes quedártelo —dijo Anne tranquilamente, incorporándose con el collar en la mano. Por encima del hombro de Prue, podía ver a Julián moviéndose silenciosamente—. Ahora me pertenece.

—Quítaselo —dijo Sara, y en sus ojos brillaba una extraña avidez—. Quítaselo, Prue, y luego desátame.

—Dame el collar —le ordenó Prue alargando la mano, y apuntándola peligrosamente con la pistola.

Anne retrocedió, casi chocando con la chimenea. El calor de las llamas la rodeó mientras se agarraba a la repisa, pero no soltó el collar.

La voz de Julián puso fin a la tensión. En un gesto casi natural, alargó un brazo y le arrancó la pistola a Prue de la mano.

—Ya está bien, Prue. Empezaba a preguntarme cuándo aparecerías.

Su voz sombría y tranquila pareció arrancar a Prue y a Sara de

su estado de fascinación. Claramente sobresaltada, Prue giró sobre sus talones.

—¡Aries!

—Julián, ha dicho algo de que había sido ella quien había planeado todo lo de esta noche —le dijo Anne, apartándose rápidamente del fuego. Seguía manteniendo el collar firmemente sujeto.

—Estaba bastante seguro de que tenía que estar implicada. Nadie parecía preocupado por librarse de la «guardesa». Teniendo en cuenta que ella habría sido la primera que habría podido relacionar a estos tres con nuestro misterioso «accidente» resultaba todo muy extraño. No hay ningún marido en Santa Bárbara, ¿verdad, Prue? ¿Cuánto tiempo llevas al frente de este pequeño espectáculo?

—Años —dijo bruscamente Prue—. Y todo fue perfectamente hasta que ese maldito Michael Silver empezó a meter las narices y a hacer demasiadas preguntas.

—Ummm. ¿Siempre preparabas el terreno haciéndote contratar entre el servicio doméstico de las casas en las que pensabais actuar?

—No tengo por qué contarte nada. Conozco mis derechos.

—¿Derechos? —Julián adoptó una actitud de amable curiosidad —. Alguien que ha organizado el asesinato de la mujer a la que amo no merece mucho respeto hacia sus derechos por mi parte. Estoy dispuesto a dejar que la ley se encargue de ti si es posible. Si no es posible… —Alzó un hombro como si el resto fuera evidente—… entonces tendré que encargarme del asunto a mi modo.

Algo en la forma en que lo dijo pareció afectar profundamente a Prue y a Sara. Se le quedaron mirando fijamente, leyendo la amenaza en las sombrías profundidades de sus ojos leonados. Seguían mirándole, aún extrañamente silenciosas, cuando el coche del *sheriff* hizo su entrada en el patio delantero de la mansión.

* * *

Pasó mucho tiempo antes de que Anne pudiera finalmente tomar la ducha caliente que había estado deseando desde su zambullida en el océano. El profundo frío no había desaparecido totalmente

aunque no había sido muy consciente del mismo durante la escena con los policías. Julián se había conducido con una tranquilidad y un frío profesionalismo que Anne encontró al mismo tiempo tranquilizador e inquietante. Se daba cuenta de que en esos momentos resultaba mucho más distante e inalcanzable que nunca.

Julián había usado la ducha de la habitación contigua a la de Anne, la que había utilizado Sara. Anne sabía que no se había invitado a sí mismo a compartir con ella su ducha porque no quería que se diera cuenta de lo mucho que le dolía la pierna. O tal vez no quería que supiera lo agotado que estaba.

Ella estaba totalmente exhausta. Bostezó mientras se ponía el camisón de franela y luego se quedó un momento dudando qué puerta abrir, si la suya o la de la habitación de Julián.

Era una decisión difícil. Pero aquella noche había otro factor a considerar. Julián podía necesitarla o no, pero ella le necesitaba a él sin la menor duda. Una vez tomada la decisión, abrió la puerta de la habitación estilo Oeste de Julián y la encontró vacía.

Anne tardó un par de segundos en darse cuenta que tal vez él hubiera ido a esperarla a su habitación. Quizás la necesitaba tanto como ella a él. Por alguna razón, aquel pensamiento le produjo una emoción mucho más intensa que cualquiera de los anteriores acontecimientos de la noche. Cautelosamente, Anne volvió al cuarto de baño y abrió la puerta de su habitación. Julián estaba tumbado en la cama, con las manos en la nuca. Sus ojos se dirigieron hacia la silueta de Anne en el umbral.

—Pareces cansada, cariño. Ven a la cama —dijo con voz ronca. Ella dudó y luego se acercó a la cama redonda.

—Estoy muy cansada —reconoció Anne—. Ha sido todo tan extraño, Julián. No había pasado nunca en mi vida por una experiencia semejante.

—Afortunadamente para ti —dijo él con una leve risa, alargando hacia ella una mano—. No estás hecha para este tipo de cosas, cariño… Quiero tu palabra de honor de que no volverás a meternos en ninguna situación como ésta.

—Debería llamar a Lucy y decirle que todo se ha acabado.

—Por la mañana. Aquí es tarde, y en Boston es tres horas más tarde aún. Lucy podrá esperar hasta mañana —le acarició el brazo y el hombro.

Con un suave suspiro, Anne se entregó gustosa a la tranquilizadora caricia y sus propios dedos no encontraron resistencia cuando comenzó a acariciarle delicadamente la pierna herida. Durante un largo rato, permanecieron en silencio, confortándose mutuamente. Julián la rodeó con el brazo y la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Ella apoyó la cabeza en su hombro, sin dejar de acariciarle la pierna herida.

—¿Julián? —dijo Anne al fin.

—¿Hmmm?

—No sería capaz de decírselo nunca a ninguna otra persona y estoy segura de que te reirás de mí cuando te lo diga, pero tengo que hablar de ello aunque sólo sea una vez en mi vida.

—¿De qué, Anne?

—Julián, no sabía que existía la cueva hasta que me encontré nadando hacia ella. No tenía forma ninguna de saber que existía una abertura en el otro extremo. Me acerqué al acantilado la primera vez esta noche porque tenía que buscar algo. Era por el bien de Carlota. Julián, creo que he visto su fantasma un par de veces desde que estamos aquí. Ba… bajé a la playa porque ella quería que lo hiciera. Quería que encontrara ese collar para quedar libre. Y… y llevaba ropas de montar, y no un camisón de encaje, porque pensaba huir con su amante aquella noche. El collar era suyo. Se lo había dado su madre. Fue lo único que se llevó la noche que decidió huir. Pensaba ayudarse con él a financiar la huida con su amante, supongo. Los dos sabían que sus familias los repudiarían.

—Anne, cariño…

Anne se removió, nerviosa.

—Por favor, déjame acabar, Julián. En cualquier caso, tampoco hay mucho más que decir. El marido de Carlota la siguió aquella última noche y la descubrió en la cueva con su amante. En su furia, la atacó, y el hombre del que Carlota estaba enamorada huyó como un cobarde. El cofre con el collar quedó abandonado atrás, y nadie lo echó en falta. Pero, de alguna forma, el espíritu de Carlota quedó ligado a ese collar. No podía quedar libre hasta que el collar no fuera recuperado. Necesitaba alguien que la entendiera y la compadeciera. Alguien que la siguiera a la cueva y encontrara el collar.

Julián se quedó silencioso. Anne cambió de postura nerviosamente.

—Lo siento —prosiguió, azorada—. Sé que suena absurdo y sé que probablemente lo consideras un producto de mi imaginación. Te lo juro, no volveré a hablar de ello nunca. Pero tenía que decírselo a alguien alguna vez.

—Anne, cariño, ¿cómo voy a reírme de tu historia de fantasmas cuando yo tengo la mía que contar?

Anne contuvo el aliento, consciente de que una barrera se estaba derrumbando… una barrera que se había erguido sólidamente durante todos aquellos meses desde que había conocido a Julián Aries. Temiendo quebrar el hechizo del momento si se movía, Anne se mantuvo como paralizada.

—Tuve muchas visitas de una mujer fantasma —comenzó a decir Julián lentamente—. Tú eras mi fantasma, Anne, y había momentos en que pensaba que aquel fantasma era lo único que había tenido de ti. Aquello y algunos recuerdos de ti gritándome por haber puesto en peligro la vida de Michael.

—Oh, Julián —dijo ella, suspirando.

—Regresé a la isla después de llevar a Michael. Tenía que regresar. Tenía un trabajo que acabar, Anne. Era demasiada la gente que dependía de mí. Las veinticuatro horas que empleé en llevarte a Mike y volver a la isla era el único tiempo de que disponía. No tenía siquiera que haber empleado tanto tiempo. Pero no podía enviarle sólo a casa. Sabía que ibas a odiarme, pero tenía que verte. —Julián cambió de postura y prosiguió—. En cualquier caso, regresé para finalizar mi misión y me dije, tal como te había dicho a ti, que cuando todo hubiera acabado, volvería para aclarar las cosas entre tú y yo. Había decidido que sería mi último trabajo para el departamento. Quería dejarlo. Había otras cosas en la vida que, de pronto, habían cobrado mucha más importancia.

—¿Pensabas realmente regresar para buscarme? —preguntó Anne con tristeza.

—Oh, sí, de eso estaba seguro. Lo que me asustaba terriblemente era la constatación de que no tenía nada que ofrecerte. Nuestros mundos eran muy diferentes en muchos sentidos. No sabía cómo iba a conseguir que me concedieras una oportunidad. Entonces todo lo referente a la misión en la que estaba trabajando se fue al garete.

Hubo una filtración. Para resumir la larga historia, el caso es que fui capturado por miembros del grupo al que se suponía que estaba investigando.

—¡Capturado!

—No te extrañes tanto. Probablemente tenía que sucederme indefectiblemente tarde o temprano. Llevaba mucho tiempo jugando con fuego. Supongo que era inevitable que se me acabara la suerte.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Anne con los ojos dilatados por el dolor.

—Me hirieron cuando conseguí escapar. Tenían planes para mí, me habían dicho. Querían información y querían hacer de mí un ejemplo. En cualquier caso, no iba a salir vivo, así que me arriesgué a internarme en la jungla una mañana cuando el guardián me sacó de la jaula.

—¿Te tenían encerrado en una jaula?

—Utilicé el cristal roto de una botella que había encontrado para cortar las cuerdas de mis manos y pies. Cuando me vino a buscar el guardián no esperaba que tuviera tanta movilidad. Le cogí desprevenido. Luego salí corriendo directamente hacia la jungla. Pero el guardián disparó varias veces contra mí y me alcanzó en la pierna. A pesar de todo, conseguí llegar a la seguridad de la jungla, pero me topé con otro miembro del grupo que regresaba. En el proceso de librarme de él, salí con algunos cortes.

Julián se acarició distraídamente la cicatriz de la mandíbula.

Anne contuvo el aliento pero no dijo nada. Sin embargo, una ira primitiva estaba cobrando vida en ella. Ira contra quienes habían podido hacerle aquello al hombre que amaba. En aquel momento, si le hubieran ofrecido la más leve oportunidad se hubiera vengado gustosamente.

—Cuando la pierna dejó de sangrarme y tuve tiempo de darme cuenta de que estaba completamente perdido en medio de la selva, no estaba precisamente del mejor humor ni en la mejor forma —prosiguió Julián—. Las heridas se me infectaron durante los dos días siguientes y la fiebre se apoderó de mí. Aunque creía estar siguiendo la dirección del sol poniente, en los momentos de lucidez me daba cuenta de que no estaba sino vagando sin rumbo por la selva. El follaje era tan espeso que a veces ni se veía el sol. Y en

medio de aquel infierno tú te me aparecías de vez en cuando. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba realmente en peligro.

—¿Me odiaste mucho entonces? —le preguntó Anne tristemente.

Julián sacudió la cabeza.

—Nunca te he odiado, Anne. Pero durante los momentos de lucidez, me daba cuenta de que tú estabas a miles de kilómetros de distancia. Me di cuenta de que, cuando te veía, quería decir que estaba delirando. Finalmente, conseguí mantener la lucidez lo suficiente como para abrirme paso a través de la jungla hasta el océano, y, desde allí, siguiendo la playa llegué a la civilización. Tres días después de regresar a los Estados Unidos tuve mi primer ataque de fiebre.

—Y te dedicaste de lleno a tu recuperación —dijo Anne suavemente, acariciándole la mejilla.

—Los médicos no sabían muy bien qué podía ser al principio y me diagnosticaron malaria. Esperaban que los ataques se fueran haciendo menos frecuentes y menos graves con el tiempo, pero no supieron decirme cuántos más tendría. Me di cuenta de que no podría volver a trabajar en mucho tiempo, y de que tampoco podía ir a buscarte.

—Lo entiendo, Julián. Yo pensé que no habías regresado por mera arrogancia y machismo, pero ahora entiendo tu decisión.

—Cariño, quería volver a ti tan fuerte y saludable como cuando te había dejado. Tenía miedo de que la única reacción que obtuviese de ti en mi actual estado fuera de compasión, y también pensaba que estarías furiosa conmigo por lo que le había ocurrido a Mike.

—Julián, te grité de aquella forma en el hospital porque no quería que volvieras a aquella horrible isla y sabía que nada de lo que yo dijera podría hacerte cambiar de idea.

Él bajó hacia ella la mirada.

—¿Era realmente por eso por lo que estabas tan furiosa conmigo aquella noche?

—Sí.

Julián gruñó y la estrechó contra su pecho.

—Han sido seis meses muy largos, Anne.

—Lo sé —replicó ella.

—Y ahora tengo aún menos que ofrecerte que hace seis meses. Diablos, ni siquiera tengo trabajo.

Ella sonrió y se le humedecieron los ojos.

—Julián, ¿no sabes que tienes mucho más que ofrecerme ahora que entonces?

Él quiso preguntarle qué quería decir, pero las suaves yemas de sus dedos le estaban acariciando la frente y tenía la pierna entre sus muslos. A Julián comenzó a darle vueltas de deseo la cabeza. Y de pronto, se dio cuenta de que ya no se sentía tan cansado como un rato antes. Incluso la pierna no le dolía tanto.

—¿Anne?

—¿Sí, Julián?

—¿Se ha ido tu mujer fantasma?

—Para siempre. Creía que se había ido mientras estábamos en la cueva, pero no era así. No completamente. Había aún algo de su espíritu en aquel collar cuando se salió de la caja. Algo que consiguió hipnotizar a Prue y a Sara el tiempo suficiente para que pudieras desarmar a Prue. Al menos aquélla fue la impresión que me dio. Pero ahora Carlota se ha ido realmente.

—Y mi mujer fantasma ha resultado ser de lo más real.

Julián la besó con infinita dulzura.

La dulce comprensión que había nacido entre ellos se metamorfoseó en el deseo que siempre había estado presente. El resultado fue una infinita pasión que los arrastró. Se movieron libremente, tocándose, acariciándose, exigiéndose mutuamente respuestas. Sus cuerpos se entrelazaron y fluyeron, la dureza contra la suavidad, la humedad contra el calor, la fuerza contra la dulzura.

Cuando él trazó con una mano un erótico diseño entre sus muslos, Anne contuvo el aliento y arqueó el abdomen contra él. Luego, ella le devolvió la caricia, atrapando su rígida dureza. Él respondió hundiéndose más profundamente en su dulce presa.

Una y otra vez, Anne se encontró en el borde de la excitación más incandescente, retardada siempre por las torturantes caricias de Julián. Cada vez que creía que iba a zambullirse en la caída final, él la apartaba suavemente.

Con desesperación, buscó arrastrarle con ella, deslizando la lengua sobre la superficie de su pecho y hundiendo cuidadosamente las uñas en el extremo de su hombría.

—No puedo contenerme mucho más tiempo si sigues jugando con fuego de esa manera —le advirtió él con voz ronca mientras avanzaba para cubrirla finalmente.

—Quiero que llegues conmigo esta vez —boqueó ella mientras él la penetraba.

Y a continuación se zambulleron juntos a través de un remolino de luz y oscuridad, unidos por la pasión de forma similar a como habían estado unidos en el peligro. Un vínculo reforzaba el otro. Y finalmente Anne no pudo imaginar siquiera la posibilidad de librarse, ni de desear librarse nunca de aquel hombre.

Capítulo 12

La llamada telefónica a Lucy y Mike acabó en gritos. Michael se puso furioso al descubrir que su hermana y su prometida habían decidido llevar a cabo su plan original sin decírselo.

—¿Cómo íbamos a decírtelo, Michael? —exclamó Anne finalmente, exasperada—. Tú ya tenías bastante con recuperarte. No queríamos preocuparte.

—¡No queríais preocuparme! —explotó Mike en su cama de hospital—. No puedo creerlo. ¿Os metisteis en todo eso sin decirme nada porque no queríais preocuparme? ¿No os dabais cuenta de que el hecho de que hubieran intentado atropellarme cambiaba las cosas radicalmente? Pero vosotras dos decidisteis seguir adelante como si nada hubiera sucedido. Como si todo fuera de lo más normal. Cuando pienso en que estabas allí en la mansión Creswell rodeada de esos lobos…

—No estaba sola, Michael —le soltó Anne.

Vagamente, se dio cuenta de que debía estar agradecida de que su hermano se encontrara lo bastante bien como para enzarzarse en una discusión así. Por otra parte, no envidiaba nada a la pobre Lucy, que iba a ser el objeto más cercano de su cólera.

—¿No estabas sola? —inquirió él burlonamente—. ¿Quién diablos estaba contigo? ¿El fantasma?

—Bueno, ella también me ayudó —replicó Anne con cierto humor—. Pero quien salvó realmente la situación fue Julián.

Se produjo un instante de silencio al otro extremo de la línea. Por fin, Michael dijo lentamente:

—¿Julián Aries? Creía que estaba enclaustrado en algún lugar de Colorado.

—Así era —sonrió Anne, mirando al otro lado de la mesa, donde se encontraba el hombre en cuestión desayunando—. Fui a buscarle, le saqué a rastras y le puse a trabajar.

—¿Quieres decir que Aries estaba contigo durante toda esa farsa? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no me has dado muchas oportunidades de hacerlo. Mira, te voy a poner con él, porque estoy harta de que me grites.

Anne le tendió el teléfono a Julián.

—Qué tal, Mike. ¿Cómo estás? —Hubo una pausa durante la cual Julián miró a Anne con expresión sardónica—. Bien, me alegro de que te alivie saber que estaba yo con ella. Francamente, yo mismo he tenido varios momentos de grandes dudas. Pero cuando me di cuenta de que no podía retenerla, me pareció que la única alternativa era seguirla y mantenerla vigilada —otra pausa—. Sí, ya está todo arreglado. Prue Gibson era el auténtico cerebro del asunto. Craven era el experto en arte que determinaba el valor de los objetos que iban a robar luego, Sara hacía de médium y el tipo llamado Hargraves era el matón. Y también el experto en cerraduras y sistemas de seguridad. Se encargaba de estudiar la mejor forma de entrar en la casa.

Julián se sirvió otra tostada mientras el hermano de Anne hablaba unos minutos. Luego dijo:

—Lo sé. En este caso hubiera sido un juego de niños descerrajar esas antiguas cerraduras —respiró hondo—. Estaba pensando en preguntarle a la señorita Creswell si no le gustaría poner un moderno sistema de seguridad. Tiene muchos objetos valiosos que proteger.

Esperó un poco tensamente mientras Michael decía algo. Luego sonrió con expresión de aliviada satisfacción.

—¿Ah, sí? Pues entonces tal vez la llame. Muy bien, muy bien la llamaré. Gracias, Mike. Sí. Algo así como una crisis profesional. Aunque Anne me dice que es mejor así.

Habló durante unos minutos más y luego colgó el teléfono. Julián lanzó a Anne una mirada seria y firme.

—Tu hermano piensa que la señorita Creswell estará encantada con la posibilidad de que un auténtico experto revise su casa y

ponga al día el sistema de seguridad.

—Claro que sí —se apresuró a decir Anne—. Al igual que mucha otra gente que tiene objetos valiosos que proteger. Tu historial, por muy poco recomendable que a mí me parezca, le dará a la gente absoluta confianza respecto a tu experiencia.

—Pasará mucho tiempo antes de que eso pueda convertirse en una carrera estable —le advirtió él, sin dejar de mirarla intensamente.

—Un año más o menos, supongo —especuló alegremente Anne, mientras mordisqueaba una tostada.

—Pasará por lo menos ese tiempo antes de que pueda ofrecerte nada, Anne. Si consiguiera abrirme camino en ese nuevo campo de aquí a un año, ¿considerarías la posibilidad de casarte conmigo?

Anne sonrió, sintiendo que se le aceleraba el pulso de felicidad y excitación.

—No.

El rostro de Julián se puso muy tenso y sus ojos se clavaron en los de ella.

—¿No? —repitió cuidadosamente.

Una extraña mezcla de emociones parecía estar atravesando aquellos ojos dorados. Anne pudo observar dolor, miedo, cólera…

—No —dijo con firmeza—. No quiero esperar todo un año para casarme contigo. Supongo que podríamos parar en Las Vegas de camino hacia el este para ver a mi hermano. Estaríamos casados ya cuando llegáramos a Boston —se sirvió más café mientras Julián se la quedaba mirando fijamente.

—¿Te casarías conmigo ahora mismo?

—Julián —dijo ella con fingida gravedad—. Tenías que habérmelo propuesto hace seis meses. Ya he esperado bastante para conseguir una oferta de matrimonio de ti. No pienso esperar otro año.

—¿Anne, estás segura? No tengo nada que ofrecerte…

—Estás equivocado, ¿sabes? Ahora puedes ofrecerte a ti mismo. Hace seis meses eras tan duro y contenido como un bloque de granito. —Anne hizo una pausa para lanzarle una mirada pícara—. Endiabladamente *sexy*, eso sí, pero no del todo humano.

—¿Piensas que ahora soy más humano? —Gruñó él.

—Ummm —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Sigues siendo

arrogante y orgulloso, y capaz de hacerme perder los estribos, pero eres muy, muy humano. Y también eres todo lo que una mujer podría desear en un marido: fuerte, protector y apasionado.

Una extraña sonrisa curvó su boca.

—Eso tiene gracia. Yo iba a decir algo parecido de ti. Eres todo lo que un hombre podría desear en una mujer: fuerte, protectora y apasionada. Y sabes cocinar.

—No limpio las ventanas —le advirtió ella.

—Anne, te amo.

Anne se atragantó con el café. Creía que no había oído bien. Tosiendo y escupiendo, consiguió decir finalmente con voz aguda:

—¿Qué?

Él frunció el ceño.

—Ya me has oído.

—¿Desde… desde cuándo lo sabes?

—No lo sé. Tal vez me di cuenta cuando deliraba contigo allí en la selva. Supongo que lo supe con seguridad después de aquellos tres días en la cabaña. Hasta entonces sabía que te deseaba, pero después me di cuenta de que… —se interrumpió bastante bruscamente con un estornudo.

Anne se le quedó mirando.

—¿Julián?

Él estornudó de nuevo.

—Oh, diantre.

Anne se puso de pie y se acercó a él.

—¿Te encuentras bien?

—La verdad es que no —parecía furioso.

—Pues el caso es que yo tampoco me siento muy bien esta mañana. Tengo la garganta un poco tomada —reconoció. Le puso la mano en la frente a Julián—. Hmmm.

—Anne, si es esa fiebre de nuevo, te juro que… —El silencio se convirtió en frustración con un nuevo estornudo.

—No es la fiebre —le dijo Anne tranquilamente.

Él alzó la mirada por encima de la servilleta con la que se estaba sonando.

—¿Tú crees? —Había en sus ojos un brillo de desesperada ilusión.

—Julián, tengo la sensación de que tú y yo estamos a punto de

experimentar una singular manifestación de «unicidad». Vamos a tener que compartir un anticuado resfriado. Vamos a encender un fuego. Haré una cacerola entera de té con limón, y podremos sentarnos delante de la chimenea para reconfortarnos mutuamente.

—Seguramente es por la zambullida de anoche —sugirió Julián, que parecía mucho más contento que un momento antes.

—Seguramente. O a lo mejor nos lo ha pegado alguno de esos cuatro farsantes. La tal Sara siempre me pareció un poco enfermiza.

Una hora más tarde, estaban sentados cada uno en un extremo del sofá, tocándose los pies debajo de una gran manta. Habían encendido un buen fuego y estaban tomándose cada uno un té caliente.

—¡Qué bien estoy! —dijo ella—. Julián, no has acabado de decirme lo que me estabas contando.

—¿Sobre cuándo me di cuenta de que te amaba? Supongo que me di cuenta al mismo tiempo que reconocía que te necesitaba —se puso serio—. Nunca había necesitado a nadie antes, Anne. Era una sensación muy extraña. Y realmente nunca había deseado que nadie me necesitara. Así, la vida era más sencilla.

—¿Y ahora? —inquirió ella cautelosamente.

—Y ahora me doy cuenta de lo mucho que deseo que me necesites —la miró—. Me amas, ¿verdad?

Ella no dudó.

—Sí.

Él asintió con tranquila satisfacción.

—Después de haber llegado a la conclusión de que no tenías lástima de mí, me di cuenta de que lo que sentías abarca mucho más que la simple atracción física. Seis meses antes había creído que era lo único que existía entre nosotros… y aquél era otro motivo por el que no quería que me vieras antes de que me recuperase.

—No tenías que haberte preocupado —le dijo Anne—. ¡Hasta herido y febril fuiste bastante capaz de volverme loca de pasión!

Él sonrió al oír aquello, con una sonrisa llena de masculina arrogancia.

—Llevarte a la cama fue la cosa más terapéutica que he hecho en seis meses. Y tú querías negar que hubiera siquiera sucedido —la acusó.

—Yo también tengo mi orgullo, ¿sabes? —le recordó ella suavemente.

—Los dos lo tenemos. Pero no se va a interponer entre nosotros, ¿verdad? —le preguntó seriamente.

—No, Julián —susurró ella, llena de felicidad—. Te amo mucho. Te amo y te necesito y te deseo.

—No más de lo que yo te amo, te necesito y te deseo —dejó a un lado la taza de té, le quitó a ella la suya y la atrajo hacia sus brazos —. Cuidaré de ti, Anne.

—Y yo cuidaré de ti. Todo forma parte del amor.

—¿No más fantasmas? —le preguntó él, revolviéndole el pelo con la mano.

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco quiero saber nada de fantasmas.

—Sin embargo, tengo una pregunta —dijo ella intencionadamente.

—¿Cuál?

—No me has dicho aún exactamente cuándo es tu cumpleaños. ¿Eres un Aries?

—Te lo contaré en nuestra noche de bodas —le prometió.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.